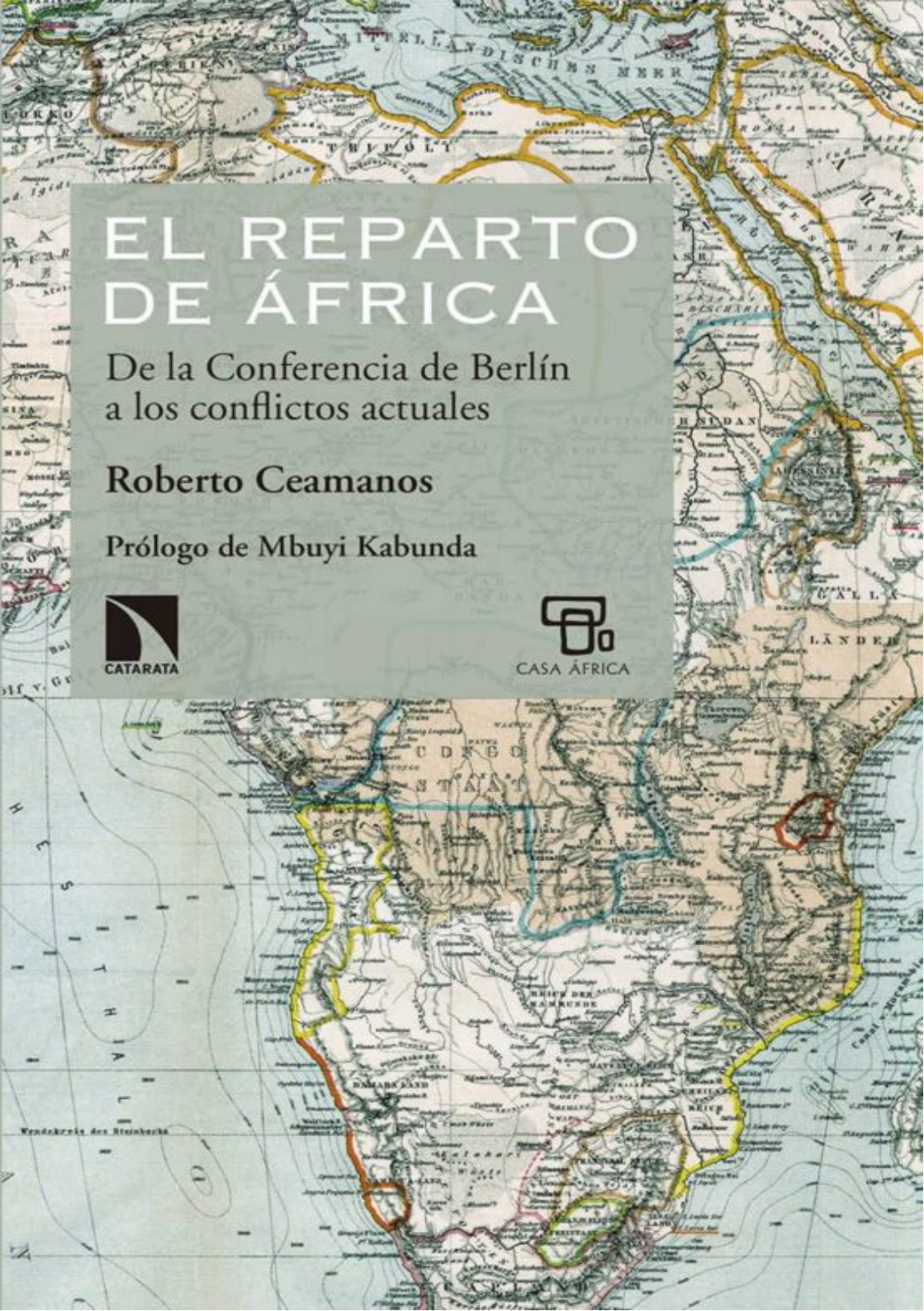

EL REPARTO
DE ÁFRICA
De la Conferencia de Berlín
a los conflictos actuales
Roberto Ceamanos
Prólogo de Mbuyi Kabunda
CATARATA
CASA ÁFRICA

Roberto Ceamanos

El reparto de África: de la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales

CATARATA

CASA ÁFRICA

LA EDICIÓN DE ESTE LIBRO HA SIDO PATROCINADA POR

CASA ÁFRICA

CC BY NC ND

PRIMERA EDICIÓN: SEPTIEMBRE 2016
SEGUNDA EDICIÓN: ENERO 2017

DISEÑO DE COLECCIÓN: ESTUDIO PÉREZ-ENCISO
DISEÑO DE CUBIERTA: JACOBO PÉREZ-ENCISO

© ROBERTO CEAMANOS, 2016

© CASA ÁFRICA, 2016

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2016
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

EL REPARTO DE ÁFRICA: DE LA CONFERENCIA DE BERLÍN
A LOS CONFLICTOS ACTUALES

ISBN: 978-84-9097-211-3
DEPÓSITO LEGAL: M-32.013-2016
IBIC: HBJH

ÍNDICE

PRÓLOGO. DE LA CONFERENCIA DE BERLÍN AL ACAPARAMIENTO DE LAS TIERRAS. O DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA COLONIZACIÓN DE ÁFRICA 7

INTRODUCCIÓN 19

CAPÍTULO 1. LA CONFERENCIA DE BERLÍN 23
La presencia europea previa a Berlín 23
Las razones de la carrera por África 32
La Conferencia de Berlín 43

CAPÍTULO 2. EL REPARTO DE ÁFRICA 57
De Fachoda al Rif 57
Una carrera entre franceses y británicos 66
El saqueo del Congo 73
Los pobladores europeos 85

CAPÍTULO 3. ÁFRICA INDEPENDIENTE 100
Del partido único a la Primavera Árabe 100
Viejas y nuevas fronteras 111

Las guerras del agua y el drama de los refugiados 119
El fin de la hegemonía blanca 131

CONCLUSIONES 145

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES 155

PRÓLOGO

DE LA CONFERENCIA DE BERLÍN AL ACAPARAMIENTO DE LAS TIERRAS. O DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA COLONIZACIÓN DE ÁFRICA

La Conferencia de Berlín, celebrada del 15 de noviembre de 1884 al 26 de febrero de 1885, que reunió a 13 países europeos y a Estados Unidos, convocados por el canciller alemán Bismarck, marcó un hito en el continente considerado, en aquel entonces, como una *terra incognita* y *terra nullus* a conquistar. Nunca un acontecimiento histórico, que inauguró la colonización oficial de África, había suscitado tantos análisis y debates apasionados y tantas controversias y polémicas. Cada uno, a partir de sus construcciones teóricas y argumentos, pretendía tener el monopolio de la verdad sobre el tema.

Según el profesor Elikia M'Bokolo, que ahonda en el mismo sentido, dos son las cuestiones que suelen suscitar debates apasionados entre los especialistas de África: por una parte, el debate sobre la responsabilidad de la colonización en la evolución de África, y por otra el debate sobre los efectos de la dominación europea en las sociedades africanas.

Para unos, adheridos a la tesis del *afrovictimismo* por ser África el continente que más agresiones externas ha conocido (la esclavitud, la colonización, el imperialismo y el neocolonialismo), dicha Conferencia es el punto de partida de

todos los problemas africanos; es decir, una corriente de pensamiento que insiste en el origen exógeno de las dificultades del continente y que se inspira en la corriente estructuralista. Para otros, adheridos ampliamente a la tesis del *afropesimismo*, la Conferencia de Berlín es la excusa perfecta para encubrir las responsabilidades africanas o la incapacidad de sus clases gobernantes para definir modelos alternativos y viables de democracia y de desarrollo. Dicho de otra manera, se insiste en las dinámicas internas en dichos fracasos, a imagen del discurso de Nicolas Sarkozy del 26 de julio de 2007 en Dakar, en el que el entonces mandatario galo manifestó que "los africanos no habían entrado lo suficientemente en la historia" y les responsabilizó de sus problemas atribuidos, según él, de manera equivocada a la colonización y a los factores exógenos, discurso que suscitó una inmediata respuesta de los africanistas franceses y africanos para restablecer la verdad histórica tergiversada.

Volviendo al tema central de la presente obra, Roberto Ceamanos tiene el mérito de retomar el debate sobre la Conferencia de Berlín o la conquista de África con un enfoque estructuralista, demostrando hasta dónde llega la verdad y dónde empieza la intoxicación en las lecturas sobre dicho acontecimiento. Analiza sus causas y efectos o consecuencias en el África postcolonial, consiguiendo de este modo instaurar el hilo roto entre el pasado, el presente y el futuro de África. Es un excelente análisis basado en la demostración y en la teorización vinculada con la praxis.

La primera verdad que restablece la obra es la que contradice el mito todavía vigente, según el cual la Conferencia de Berlín procedió al reparto de África. Dicho reparto se inició unos años antes de la Conferencia y se prolongó unas décadas después, hasta la Primera Guerra Mundial. Es en este periodo cuando empezó el verdadero *scramble for Africa* (la carrera y las competencias para la conquista de África)

mediante las rivalidades, los conflictos y los acuerdos entre las grandes potencias, por una parte, y la firma de los acuerdos con los jefes tradicionales, por otra.

La Conferencia de Berlín fue convocada para las negociaciones destinadas al reconocimiento de las áreas de influencia de las potencias europeas y los acuerdos de libre comercio en las cuencas de los ríos Congo y Níger, siendo el objetivo evitar los conflictos entre ellas, máxime cuando cada una de dichas potencias quiso instaurar la unidad territorial de su imperio colonial: Gran Bretaña tuvo como principal meta vincular El Cairo al Cabo; Francia quiso hacer lo mismo con Senegal en el Atlántico y Yibuti en el Cuerno de África, generando el enfrentamiento de Fachoda (en el centro de Sudán en 1898) con las tropas británicas; Portugal quiso vincular territorialmente a Angola con Mozambique, y Alemania el suroeste africano con Tanganyika, etc. Dicho de otra manera, el 70% de las fronteras en África fueron trazadas después, entre 1885 y 1909. Expresan las relaciones de fuerza y los acuerdos entre los colonizadores y entre estos y algunos jefes tradicionales y jeques locales.

Se suele tachar las fronteras africanas de "artificiales y arbitrarias". Esta tesis ha de matizarse. Es una evidencia que las fronteras no son generalmente naturales; son productos de la acción humana y de los acuerdos entre dos o varios protagonistas. Léopold Sédar Senghor manifestaba que "todas las fronteras son artificiales, incluso en Europa". Sin embargo, el caso africano presenta la especificidad de que, según el profesor Roland Pourtier, la definición del territorio no había precedido a la creación del Estado, sino que lo ha seguido. O dicho con otras palabras, el Estado como fenómeno jurídico precedió a la nación como fenómeno sociológico.

El verdadero problema de las fronteras en África es que han sido definidas por las potencias extraafricanas o

extranjeras, sin consultar a las entidades políticas y a los pueblos africanos, y peor trazaron estas fronteras en el desconocimiento de las realidades humanas, socioculturales y medioambientales o geográficas locales. En Berlín, donde África fue por primera vez el tema de una conferencia internacional, sorprende la ausencia de los africanos en dicho acontecimiento histórico. Esta injusticia e insensatez viene denunciada de una manera acertada en la obra.

Las realidades siguientes sobre las fronteras africanas heredadas de la colonización llaman mucho la atención: han sido ampliamente mantenidas desde la descolonización; muy pocas han sido cuestionadas en el periodo poscolonial; los conflictos nacidos de las fronteras son escasos y estas no constituyen la principal causa de los conflictos en África.

El principio de intangibilidad de las fronteras heredadas de la colonización o del *uti possidetis iuris* —adoptado por la Organización de la Unidad Africana (OUA) en la declaración de El Cairo del 21 de julio de 1964 y mantenido por su sucesora, la Unión Africana (UA)— ha sido globalmente respetado salvo en el caso de la independencia de Eritrea y de la secesión de Sudán del Sur, que fueron inicialmente territorios con fronteras coloniales y que después fueron incorporados en otras entidades: en Etiopía en el primer caso y en Sudán del Norte en el segundo.

E incluso después del desmembramiento del bloque soviético, en 1989, que condujo a la creación de nuevos estados en Europa, África ha sido curiosamente apartada del "proceso de fragmentación". La realidad es que "las fronteras de África se han convertido en fronteras africanas". Es llamativo el carácter casi inamovible del mapa político en este continente.

En definitiva, la no coincidencia del mapa de las naciones precoloniales (etnias) y el mapa de los estados actuales, de origen colonial, convierte el África postcolonial en una

zona de recurrente inestabilidad política, pues se crearon en este continente *protoestados* y *protonaciones*. Se dividió a los que deberían estar juntos y se agrupó a los que nunca deberían estar juntos. Este antecedente explica la falta de consciencia nacional o el fracaso del Estado nación, la recurrente inestabilidad política, la difícil instauración de la democracia y el estallido de atroces guerras civiles. Es lo que denuncia acertadamente el profesor Crawford Young al manifestar que las dificultades actuales del Estado poscolonial se explican, fundamentalmente, por mantener las instituciones inicialmente concebidas para la dominación extranjera. Es decir, en el mismo sentido que el argumento central del libro de Roberto Ceamanos.

En fin, el principal beneficiario de la Conferencia de Berlín fue el rey Leopoldo II, que consiguió adueñarse de un amplio territorio (Estado Independiente del Congo) en el corazón de África, como propiedad individual o privada, y donde impuso un régimen de terror con un balance escalofriante durante los 20 años de la Administración leopoldiana (1885-1908): el 30% de la población de la cuenca del río Congo diezmado por los trabajos forzados para la cosecha del "caucho de sangre", la construcción de infraestructuras, en particular del ferrocarril Congo-Océano, y la represión, junto a la eliminación casi total de la población de elefantes por el marfil, son aspectos denunciados por las organizaciones humanitarias de la época, que tildaron las prácticas y las agresiones de los agentes de Leopoldo II en el Congo de "crímenes de genocidio". Esta situación insólita, en las relaciones internacionales, del Congo como colonia privada, seguirá marcando los acontecimientos políticos y económicos de este país.

Es preciso destacar que el aspecto más relevante del libro es que cuestiona el *afropesimismo*, basado en unas ideas recibidas, hechas de verdades a medias, y abre pistas a otras

nuevas dinámicas, postcoloniales, re-visitando un cierto número de conceptos clásicos, al margen de sus significados ortodoxos, y las realidades africanas actuales, nacidas directa o indirectamente de la Conferencia de Berlín y culminadas con la liberación del África meridional de la dominación de las minorías blancas. Retomamos rápidamente algunas a continuación.

El autor nos describe un África de territorios conquistados por los exploradores, sometida por los administradores coloniales y dividida en sus áreas de influencia por las potencias europeas y, en la actualidad, convertida en la reserva de materias primas y de enormes tierras cultivables para el resto del mundo, dando paso a una nueva colonización de África, tras la clásica. La obra tiene también la especificidad de analizar los temas africanos ilustrándolos con las referencias a las novelas, películas y documentales, dando al conjunto de la obra un carácter didáctico y de lectura fácil. Un análisis que huye de las simplificaciones y de las ideas recibidas o de los clichés, distinguiendo en todo momento los efectos de las causas tanto en los problemas del desarrollo como en los conflictos en el continente.

La colonización europea que solo duró unos 80 años o un siglo tuvo un importante impacto en el destino del continente, en particular, la ruptura entre el África de los estados, con su racionalidad y legitimidad externa heredadas de la colonización, y el África de los pueblos, con su legitimidad interna basada en los valores y las culturas tradicionales. En este continente sigue la perpetuación de la lógica del *Bula Matari* y del *Serkali*, que impide a los africanos pensarse de nuevo.

Raras son las guerras interestatales o nacidas del trazado de las fronteras coloniales, pero sí las guerras internas que han proliferado y que se suelen atribuir, de una manera equivocada, a los "odios ancestrales" o étnicos, cuando en realidad obedecen a la modernidad y a la globalización.

Las guerras civiles en África nacen de la instrumentalización de la etnicidad y de las luchas de poder y el abuso de este para el control de los recursos naturales. Los "diamantes de sangre", el oro o el coltán en las zonas controladas por los movimientos rebeldes ilustran la conversión de la guerra en un negocio por los señores de la guerra, los altos cargos políticos y militares de los países vecinos, tal y como demostró el informe de expertos de la ONU en 2002 sobre la explotación ilegal de los recursos naturales de la RD Congo.

Los casos de Angola, Liberia, Sierra Leona, Sudán, Nigeria y la República Democrática del Congo han puesto de manifiesto que los recursos naturales en África (diamantes, oro, petróleo, coltán...) están en el origen de los conflictos armados o, mejor, los alimentan.

Ello no debe conducirnos a afirmar que el saqueo o el control de los recursos naturales es la principal explicación de los conflictos africanos. Varios países, sin importantes recursos naturales, han conocido y siguen conociendo atroces guerras civiles (Etiopía, Somalia, Ruanda, Burundi...). Más que causas de los conflictos, los recursos naturales, convertidos en verdaderas "maldiciones", son combustibles o carburantes.

La religión empieza a ser una de las principales características de los conflictos africanos. Ayer fue el principal factor de las reivindicaciones de algunas comunidades en Sudán, Chad, Nigeria, Costa de Marfil y Casamance. Hoy, está tomando una forma de expresión violenta mediante el desarrollo del radicalismo islámico salafista sunita o yihadista en el Sahel-Sahara (o la franja sahelo-sudanesa), desde Malí con AQMI pasando por Boko Haram en el norte de Nigeria hasta el Cuerno de África o Somalia con Al Shabaab, desde 1998 hasta la actualidad y agravado por la desestabilización de Libia con la caída del régimen de Gadafi.

Es decir, un espacio de vacío controlado por los grupos armados, espacio convertido en el centro de actividades

ilícitas y delictivas de toda índole: tráficos de armas, de drogas, de personas y de flujos migratorios...

Los conflictos africanos tienen también esta peculiaridad de generar un importante número de refugiados. Segundo continente después de Asia en cuanto al número de refugiados (5 a 10 millones de refugiados y desplazados internos), África tiene esta especificidad en la incapacidad de los estados a hacer frente a este fenómeno, que sirve de detonador de conflictos, como ocurre en la región de los Grandes Lagos con su instrumentalización por los poderes establecidos para desestabilizar a los vecinos. Se trata de víctimas de las violencias guerreras y sociales.

El agua es otro factor de conflicto en el continente. En África, el agua encarna esta paradoja de escasear en unas regiones (Sahel, África del Norte, Cuerno de África) y sobrar en otras (cuenca del río Congo). Es el caso del Nilo, de las tensiones entre los países río arriba (Tanzania, Uganda, Kenia, Etiopía) y los países río abajo (Sudán y Egipto), temiendo estos que la construcción de presas o el uso del agua con fines agrícolas les pueda privar de este recurso fundamental para su supervivencia. El mismo problema se plantea con la cuenca del río Níger, compartida por nueve países, con las aguas del Okavango entre Namibia y Botsuana, o del altercado que mantienen Tanzania y Malaui sobre el lago Nyasa. Por suerte, en muchos de estos casos se están encontrando soluciones en torno al reparto equilibrado del agua.

En cuanto al problema del acaparamiento de las tierras, se estima que unos 134 millones de hectáreas han sido vendidas o alquiladas a las empresas del norte o las multinacionales norteamericanas y europeas, a los países emergentes asiáticos o medio-orientales, caracterizados por una importante penuria de tierras cultivables, sobre todo, a raíz del aumento del precio de los alimentos y de la demanda de los

biocarburantes o del etanol y de las flores —para la exportación en países como Etiopía o Kenia—, junto a la crisis alimentaria y financiera de 2008. El objetivo es asegurar sus necesidades alimentarias y en biocarburantes.

Se trata de países como Etiopía, Madagascar, Mozambique, Malí, Nigeria, Sierra Leona, Liberia, Ghana, Senegal, República Democrática del Congo, Sudán, Zambia... Se parte del principio, equivocado, según el cual muchas tierras cultivables en el África Subsahariana son vacantes o no rentabilizadas y, por lo tanto, desaprovechadas, difundiendo una vez más la idea de los africanos vagos, según denuncia con acierto Georges Courade. Es preciso venderlas o alquilarlas para tener divisas. El resultado inmediato es que esta "nueva forma de colonización" fomenta el éxodo rural de los pequeños campesinos, las hambrunas, ya existentes, mediante la exportación de alimentos y de biocarburantes, además de consecuencias medioambientales nefastas por la prioridad dada a los cultivos comerciales. Se procede a la expropiación de las tierras étnicas.

África debe abandonar la lógica de economías rentistas o extractivas que ayer justificaron la colonización y hoy el acaparamiento de sus tierras para empezar a producir para África y para los africanos, el "*made in* Africa y el *made for* Africa", según la fórmula de Sylvie Brunel.

Es preciso, por lo tanto, acabar con la visión mimética del desarrollo. Es la única manera de resolver lo que Eboussi Boulaga calificó de la "crisis del Muntú" o del africano, que ha perdido las referencias por la destrucción de sus valores tradicionales y por la imposible apropiación de la modernidad, confundida con la occidentalización y la globalización neoliberal o de la ideología violenta del desarrollo, impuesta a los estados importados.

La historia de África es la de una serie de agresiones y de desplazamientos de poblaciones, que van desde los 13 siglos

de trata negrera oriental a 4 siglos de esclavitud transatlántica y de 80 a 100 años de colonización. Estamos ante una "historia de sumisión a los demás". Estas prácticas de subyugación han introducido en el continente la cultura de la desigualdad, de la violencia, además de bloquear las actividades de desarrollo y de expansión de los grandes imperios medievales. En muchas partes prevalece el odio y la difícil coexistencia entre las distintas comunidades. En pocas palabras, aquellas acciones del pasado están en la base de muchos de los conflictos actuales o las violencias sociales, mantenidas y reproducidas por los "nuevos colonos negros".

El lector echará de menos el análisis del proceso de democratización en el África Subsahariana, proceso limitado en el estudio del África del Norte con la llamada Primavera Árabe. Este movimiento ya se produjo en el África Subsahariana a finales de la década de los ochenta y comienzos de los noventa y no alcanzó el norte del continente, donde occidente apoyó a las dictaduras establecidas para evitar el acceso al poder por las urnas de los movimientos islamistas.

Este viento procedente del este, que algunos tacharon de "segunda descolonización de África", o "la marcha hacia la segunda independencia" contra el colonialismo interno y los regímenes dictatoriales, esta vez contra las dictaduras monopartidistas, condujo a la adopción de nuevas constituciones y dio lugar a una nueva clase gobernante democráticamente elegida.

El balance, que hoy se puede hacer, es muy controvertido: el proceso presenta importantes aspectos de fragilidad por la instauración de "democraduras" (democracias formales y dictaduras encubiertas), de "dictablandas", de "monarquías republicanas" en algunos países y de golpes de Estado constitucionales e institucionales y la sustitución de partidos únicos por los partidos dominantes, o según Ali Mazrui por

factores históricos y actuales interrelacionados: las fronteras artificiales creadas por la colonización, los ejércitos heredados del poder colonial y la falta de continuidad entre las nuevas instituciones políticas y las antiguas realidades culturales africanas. Es un problema complejo, objeto de otra publicación o análisis.

MBUYI KABUNDA BADI

INTRODUCCIÓN

En la segunda mitad del siglo XIX, las potencias europeas pugnaban por imponer su poder en todo el mundo. Presentes en América y en Asia desde finales del siglo XV, su penetración en África estaba aún limitada a determinadas regiones costeras, si exceptuamos la ocupación francesa de Argelia y la expansión holandesa y luego británica en el extremo más meridional del continente. Se trataba de enclaves para asegurar las rutas marítimas y comerciar, principalmente a través de las vías fluviales, con el interior del continente. Esta situación cambió a partir de los años ochenta, cuando diversas circunstancias aumentaron el interés de los europeos por África. Las potencias iniciaron entonces una carrera por ocupar el continente.

Fue un reparto conflictivo que se resolvió en las cancillerías europeas. La Conferencia de Berlín fue el principal encuentro entre las potencias. En ella resolvieron los litigios planteados hasta entonces y establecieron las normas básicas a aplicar en el reparto de África, si bien la ocupación efectiva del territorio se realizó en las décadas siguientes atendiendo también a otros criterios como la estrategia y la

presión del más poderoso. El continente se convirtió para los gobiernos europeos en una pieza más del tablero en el que decidían el futuro del mundo. En un periodo relativamente breve, se dispuso quién se apropiaba de los territorios africanos. Salvo Etiopía y Liberia, toda África fue ocupada y, en 1914, el reparto colonial de África se podía dar por concluido. Solo el resultado de la Primera Guerra Mundial lo variará cuando los vencedores se dividan las colonias del derrotado Imperio alemán.

Las fronteras forjadas por las potencias coloniales fueron arbitrarias y no tuvieron en cuenta la realidad africana. Sin embargo, llegada la independencia y para evitar males mayores, se aplicó el principio de intangibilidad de las fronteras. Esta decisión supuso mantener, en la mayoría de los casos, las fronteras coloniales, que fueron heredadas por los jóvenes estados africanos. Al heredar sus límites, también heredaron sus litigios.

Este libro se interesa por las razones que motivaron la carrera por África y por cómo se produjo su reparto colonial para, con este bagaje, conocer sus consecuencias hasta el presente. Su punto de partida es la situación previa a la Conferencia de Berlín para, a continuación, y tras analizar qué supuso este encuentro internacional, abordar la división, conquista y colonización del continente africano. Finalmente, el último capítulo trata sobre cómo han afectado las fronteras a los estados africanos. Estas han sido, y continúan siéndolo, fuente de conflictos, muchos de los cuales abordamos en este libro para conocer y comprender esta problemática. Las diferencias políticas, étnicas y religiosas en unos países con fronteras artificiales aparecen como las causas más aparentes de los enfrentamientos, pero detrás de ellas se encuentra, frecuentemente, la lucha por el control de los recursos naturales que ha caracterizado al neocolonialismo. Las fronteras, un pesado lastre para el desarrollo de

los estados africanos, muestran cómo la herencia colonial sigue presente en África.

Este libro es deudor de los conocimientos aportados por la bibliografía existente. Dada su amplitud, nuestro apartado de fuentes y bibliografía no es sino una mera relación de obras que, en absoluto, agota la extensa producción sobre la historia contemporánea del continente africano. Se ha seleccionado una serie de textos que permiten al lector profundizar en los temas abordados en el libro. Junto a las obras clásicas, contemporáneas a los acontecimientos, la historia sobre nuestro periodo se nutrió, en un primer momento, de las investigaciones de los historiadores de las antiguas metrópolis y, más tarde, de las de los propios historiadores africanos. Ha sido un largo recorrido que abarca desde los tiempos de la descolonización, caracterizados por una historiografía muy crítica con el colonialismo, pasando por la historiografía postcolonial, que superó las interpretaciones eurocéntricas y reivindicó la cultura, producción y resistencias africanas. Esta bibliografía se ha multiplicado en los últimos años gracias a la labor realizada desde centros de investigación donde, a la interdisciplinariedad, se une el trabajo común entre historiadores europeos y africanos. Es el caso, entre otros muchos, del Institut des mondes africains (http://imaf.cnrs.fr/spip.php?article2&lang=fr). El último capítulo de este libro, mucho más dinámico, se nutre, además de la bibliografía citada, de informes de organizaciones internacionales como ACNUR, UNICEF y la UA.

En la actualidad, se asiste a un repunte de los estudios sobre la cuestión colonial impulsados por los debates sobre las llamadas guerras de memorias entre los herederos de quienes protagonizaron estos episodios del pasado. La opinión pública, y por ello los políticos, se interesan por la colonización y por sus consecuencias, que se han convertido en cuestiones estrechamente relacionadas con la integración

en Europa de la población de origen africano. Los usos públicos de la historia han llevado a un repunte del interés por estos temas, favorecido, en el caso francés, por los debates surgidos de la aprobación de leyes como la Ley Taubira (2001), que condenó la esclavitud como un crimen contra la humanidad, y la ley sobre el reconocimiento del papel positivo de la presencia francesa en ultramar, especialmente en África del Norte (2005).

Esta bibliografía se complementa con otras fuentes. Algunas son las obras literarias contemporáneas a los acontecimientos y, por tanto, entendidas como fuentes primarias que nos permiten aproximarnos a la realidad de la colonización. Otras son obras literarias actuales, ensayos que abordan algunas de las cuestiones aquí tratadas. A ellas se suman obras cinematográficas, que reflejan tanto el espíritu colonial del cine épico como la visión descolonizadora de los realizadores africanos. Literatura y cine reflejan la profunda huella que han dejado en África el colonialismo y el neocolonialismo. Por último, este libro viene acompañado de una serie de mapas e imágenes. Los primeros ayudan a seguir mejor las explicaciones sobre el reparto colonial y los conflictos originados por las fronteras actuales. Entre las imágenes, queremos destacar el trabajo de Alice Seeley, quien documentó la extrema violencia sufrida por la población del Congo.

París, 12 de agosto de 2016

CAPÍTULO 1

LA CONFERENCIA DE BERLÍN

LA PRESENCIA EUROPEA PREVIA A BERLÍN

Hacia 1880, la penetración europea estaba limitada a la costa africana. Los primeros en establecer enclaves costeros habían sido los portugueses, y los españoles a partir del siglo XV. A ellos se sumaron holandeses, daneses, franceses y británicos. Estos europeos se lucraron con el comercio de esclavos, un negocio muy rentable también para los árabes y sus intermediarios africanos. Al tráfico de esclavos dirigido hacia el norte, a través de las rutas transaharianas, y hacia el océano Índico se sumó el que, promovido por los europeos, transportó a millones de africanos a América entre el siglo XV y la supresión de la esclavitud en el XIX. Pero la abolición de la esclavitud no supuso el fin inmediato del tráfico con seres humanos. La trata se mantuvo, tanto en dirección a América como en el interior del continente africano. De esta forma, y aunque las nuevas potencias coloniales lucharon contra el comercio clandestino e incluso pusieron a las ciudades que fundaron nombres que recordaban la recuperada libertad de los africanos —fundadas por esclavos liberados,

los británicos llamaron Freetown a la capital de Sierra Leona y los franceses Libreville a la de Gabón—, la esclavitud constituyó un lucrativo negocio hasta bien avanzado el siglo XIX. Además, fue sustituida por el trabajo forzado de la población africana en unas condiciones tan terribles como las de la propia esclavitud.

Junto al tráfico de seres humanos, los europeos participaron en el comercio de marfil, oro, cacao, cacahuete, aceite de palma, alcohol y armas. Todo ello hacía rentable sus puestos comerciales, que también eran importantes puntos estratégicos para las rutas hacia los puertos asiáticos. Estos eran sus principales objetivos: entablar un comercio ventajoso con los pueblos africanos y abastecer a sus buques en tránsito hacia sus imperios mundiales.

En el norte, exceptuando Marruecos, donde reinaba la dinastía alauita, la costa mediterránea formaba parte de un debilitado Imperio otomano que mantenía una dominación prácticamente nominal. La autoridad residía en la Regencia de Argel, en el bey de Túnez, en un debilitado Gobierno turco en Libia y en el jedive de Egipto. Uno tras otro estos territorios cayeron en manos europeas. En 1830, Francia inició la ocupación de Argelia. La excusa fue el propósito francés de terminar con la piratería berberisca y el *casus belli* un conflicto por deudas que derivó en una afrenta al cónsul francés. Pero los verdaderos motivos de la invasión residían en el deseo de expandirse al otro lado del Mediterráneo. Argelia fue el comienzo del segundo imperio colonial francés, el mayor del mundo después del británico. Su conquista concluyó en los años cincuenta, después de vencer a Abd el Kader, símbolo de la resistencia argelina. El control sobre el Sahara fue más tardío.

Francia quería convertir a Argelia en una colonia de poblamiento para, una vez contara con una notable presencia francesa y con el apoyo de los musulmanes asimilados,

integrarla como un departamento más. Para lograrlo, y a causa de su insuficiente potencial demográfico, las autoridades francesas permitieron la llegada de italianos, malteses y, sobre todo, españoles del sudeste de la península Ibérica. Presentes en las novelas de Albert Camus —hijo de una argelina de procedencia menorquina—, estos últimos fueron mayoritarios en el Oranesado. Con ellos, así como con la comunidad judía, Francia fue generosa y favoreció la obtención de la nacionalidad. De esta forma, con independencia de su procedencia, y tras el paso por instituciones nacionalizadoras como la escuela y el ejército, todos los colonos europeos terminaron siendo franceses.

Habrá que esperar a la década de los años ochenta para que la creciente influencia económica europea se concrete en la ocupación del resto del norte de África. Ante la impotencia otomana, Túnez, Egipto y Libia serán ocupadas por franceses, ingleses e italianos, respectivamente. Finalmente, con el establecimiento de un doble protectorado, español y francés, sobre Marruecos, todo el norte de África quedará en manos europeas. Este proceso se explica, inicialmente, dentro del contexto de la "cuestión de Oriente". Se trataba de decidir qué hacer con los Balcanes ante el declive del Imperio otomano. El objetivo de la diplomacia europea era mantener un equilibrio entre todas las potencias y, con este objetivo, se celebró el Congreso de Berlín (1878). Los británicos temían la expansión austro-húngara y rusa a costa de la debilidad otomana y rivalizaban con los franceses por la influencia sobre Egipto, mientras que estos últimos pugnaban con los italianos por dominar Túnez. Los destinos del norte de África se dirimían en el corazón de Europa.

Gran Bretaña salió favorecida de este encuentro. Ocupó Chipre y logró que los rusos permanecieran alejados del Bósforo, mejorando así sus buenas relaciones con el Imperio otomano. Para compensar a Francia se le otorgó vía libre en

Túnez. En 1881, una expedición militar francesa obligaba al bey tunecino a firmar el Tratado de Bardo, que dejaba en manos de un ministro residente, apoyado por la presencia del ejército francés, las cuestiones económicas, diplomáticas y militares tunecinas. Un año más tarde, Túnez pasaba a ser un protectorado francés. Francia expandía así sus dominios al este de Argelia y lograba, a través de la expansión colonial, recobrar un prestigio perdido tras la *débâcle* de 1870.

La ocupación francesa de Túnez frustró las ambiciones italianas. Recientemente unificado, el Reino de Italia aspiraba a tener su propio imperio colonial. En Túnez, próximo a sus costas, los comerciantes italianos tenían importantes intereses y la población italiana allí instalada constituía la colonia europea más numerosa. Pero la ocupación francesa de Túnez no solo enojó a los italianos, sino que también levantó las suspicacias de los británicos, quienes aumentaron su interés por Egipto. La pugna por el control de las tierras del Nilo era por entonces un motivo más de rivalidad entre ambas potencias de los muchos que mantuvieron por el reparto de África hasta la Entente de 1904.

Gran Bretaña y Francia tenían su mirada puesta en Egipto. Competían por lograr préstamos y concesiones de las que obtener sustanciosos beneficios. En 1857, los británicos inauguraron la línea de ferrocarril Alejandría-El Cairo, completada, dos años más tarde, por los franceses con el enlace El Cairo-Suez. De todos los proyectos, el principal fue el canal de Suez. Su construcción, obra del ingeniero Ferdinand de Lesseps, era fundamental para la conexión con Asia, donde los británicos tenían la perla de su Imperio: la India. Para su realización se constituyó la Compagnie Universelle du Canal Maritime de Suez, que obtuvo la concesión para construir el canal a cambio de 99 años de explotación. Después, pasaría a estar controlado por Egipto. Las obras se iniciaron en 1859 y en ellas trabajaron decenas de

miles de obreros en pésimas condiciones. Miles de ellos murieron víctimas del cólera, el agotamiento y la mala alimentación. Las cifras oficiales hablan de 20.000 muertos.

El canal de Suez se inauguró el 17 de noviembre de 1869 y su impacto sobre el comercio internacional fue decisivo, reduciendo el viaje entre Gran Bretaña y la India a poco más de un mes, cuando, con anterioridad a su construcción, era de unos cinco meses. Apenas habían pasado unos años cuando, en 1875, el endeudado Gobierno egipcio se vio obligado a vender sus acciones de la Compagnie Universelle du Canal Maritime de Suez. Gran Bretaña las compró y se convirtió en su principal accionista. La Convención de Constantinopla (1888) estableció la libertad de navegación, pero el control del canal estaba ya en manos británicas. Francia no ofreció más resistencia a la dominación británica sobre Egipto, que se convirtió en un objetivo prioritario de la política exterior de Londres.

Gran Bretaña hubiera preferido mantener un Gobierno egipcio afín y evitar una intervención directa, pero, ante la inestabilidad del Ejecutivo egipcio y las revueltas internas optó, en 1882, por la ocupación militar. Iba a ser una solución temporal. Una vez devuelta la estabilidad al país y asegurada la influencia británica, Egipto volvería al seno de las naciones independientes. Sin embargo, las dificultades se sucedieron y los británicos permanecieron en Egipto hasta 1951.

Por lo que se refiere al África Occidental, los europeos se habían instalado en sus costas. Holandeses y daneses se habían marchado, pero los portugueses, franceses y británicos permanecieron dedicados al comercio. El control de enclaves costeros estratégicos les aseguraba el comercio con los pueblos del interior, que se canalizaba a través de los grandes ríos que desembocaban en el océano Atlántico: el Senegal, el Níger y, más al sur, el Congo. Los pueblos africanos se vieron impotentes ante la llegada de los europeos:

Un día vieron un gran barco que surgía del gran océano. [...] Hombres blancos vinieron del agua y dijeron palabras que nadie entendió. Nuestros antepasados cogieron miedo; decían que eran vumbi, espíritus que volvían de entre los muertos. Los empujaron de vuelta al océano con salvas de flechas. Pero los vumbi escupieron fuego con un ruido de truenos. Muchos hombres murieron. Nuestros antepasados huyeron. Los jefes y los sabios dijeron que eran los antiguos poseedores de la tierra [...] Desde entonces hasta nuestros días, los blancos no han traído nada más que guerras y miserias. Mukunzo Kioko, historiador oral del pueblo Pende, 1963 (Hochschild, 1998).

Desiertos hostiles, selvas intrincadas, pueblos desconocidos y enfermedades tropicales no hacían atractiva la penetración en un territorio inmenso que se empezó a conocer gracias al sacrificio de esforzados exploradores. El irlandés Daniel Houghton fue uno de los pioneros. Falleció durante una expedición por el interior del África Occidental (1790-1791) que había patrocinado la African Association para explorar el río Níger y localizar la mítica ciudad de Tombuctú. Fue sustituido por el escocés Mungo Park, quien emprendió una expedición (1795-1797) que alcanzó el alto Níger. Park falleció durante su siguiente exploración al Níger (1806) y no será hasta 1828 cuando el francés René Caillié se convierta en el primer europeo en regresar de Tombuctú. Pocos años antes, Walter Oudney, Dixon Denham y Hugh Clapperton habían logrado atravesar el desierto del Sahara de norte a sur (1822-1823), siendo los primeros europeos en divisar el lago Chad. Estas fueron las principales expediciones en el occidente de un continente apenas conocido, donde se habían fundado varios estados que ofrecerán una notable resistencia a la ocupación europea. Pero, hasta finales del siglo XIX, los europeos se contentaron con comerciar con ellos.

En esta penetración, junto a exploradores, soldados y colonos, marcharon los misioneros. Protestantes y católicos

compitieron por convertir el alma de las poblaciones animistas y protagonizaron algunos de los principales avances hacia el interior del continente. Por poner solo dos ejemplos, referidos a la actividad de los misioneros protestantes, la London Missionary Society cruzaba, en 1859, el río Limpopo; y, años más tarde, en 1875, los presbiterianos escoceses llegaban hasta el lago Niasa, combinando su labor misionera con la colonizadora. La actitud de los líderes africanos hacia estos hombres de otra religión fue diversa. Hubo quienes, convencidos de la inutilidad de resistirse a los colonizadores, vieron en los misioneros un punto de apoyo en su alianza con los europeos frente a sus enemigos tradicionales. Otros, por el contrario, al igual que se opusieron militarmente a la expansión blanca, los rechazaron. Fue el caso de los zulúes, que no veían con buenos ojos a quienes venían a destruir sus creencias y costumbres.

Los portugueses, que ocupaban las islas de Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe, avanzaron hacia el interior desde las costas de Guinea, Angola y Mozambique. Los españoles habían establecido enclaves costeros frente a las islas Canarias, en las islas de Fernando Poo y Annobón y en la costa de Río Muni, pero estos territorios no fueron objeto de exploración y explotación hasta bien avanzado el siglo XIX. Frente a estos antiguos imperios europeos, los franceses habían extendido sus bases atlánticas a las costas de Guinea, Costa de Marfil, Dahomey y Gabón, y tenían su principal colonia en el Senegal, desde donde habían penetrado hacia el interior, conquistando la cuenca inferior del río Senegal. En estos territorios impusieron cultivos para la exportación y controlaron las actividades comerciales, estableciendo una política proteccionista que les permitió restringir el comercio con sus nuevas colonias a sus propios comerciantes y a las manufacturas metropolitanas. Por el contrario, los británicos, instalados en Gambia, Sierra Leona, Lagos y Costa de Oro,

aplicaron una política aduanera más abierta, de manera que los derechos aduaneros se cobraban a todos los comerciantes, también a los británicos. Estos ingresos permitieron cubrir los gastos de esta incipiente ocupación, uno de los principales objetivos del colonialismo que, desde un primer momento, buscó sufragar sus gastos con los ingresos obtenidos en los territorios explotados. Rodeada por franceses y británicos quedó Liberia, que surgió de la iniciativa de afincar en tierras africanas a antiguos esclavos norteamericanos. A partir de 1821, estos libertos llegaron a las costas de Cabo Mesurado, próximas a su actual capital, Monrovia. Allí se asentaron sobre una franja de terrero adquirida por la American Colonization Society por un precio ridículo y bajo presiones. Los afroamericanos prosiguieron la colonización del territorio y, en 1847, Liberia se convirtió en una república independiente.

En el sur del continente africano, la penetración europea había sido temprana. En 1652 los holandeses habían fundado El Cabo, una importante base en la ruta hacia las Indias Orientales Holandesas. Pronto comenzó la penetración hacia el interior, no con el deseo de comerciar con bosquimanos y hotentotes, sino con la intención de conquistar y colonizar sus tierras. Tras las guerras napoleónicas, El Cabo cayó en manos de los británicos, quienes también ocuparon Walvis Bay, en Namibia. Estas posiciones aseguraban la ruta hacia la India, clave en la estrategia británica.

Tras unas primeras décadas de cierto entendimiento con las nuevas autoridades, la llegada de colonos británicos y la abolición de la esclavitud llevaron a muchos bóeres —descendientes de los holandeses— a avanzar hacia el interior en busca de nuevas tierras lejos del dominio británico, donde dedicarse a la agricultura y la ganadería. Lo llamaron el *Great Trek* (1835-1840), un viaje hacia el norte siguiendo el recorrido del río Orange. En su avance chocaron con la nación zulú, que, bajo la dirección de su caudillo Shaka, se había expandido,

provocando grandes migraciones entre los pueblos vecinos. En *Blood River* (1838) los bóeres obtuvieron una decisiva victoria sobre los zulúes, que les permitió fundar, al año siguiente, la República de Natal. Gran Bretaña, que no podía permitir la creación de un estado rival en las costas índicas, se anexionó la joven república en 1843. Los bóeres iniciaron un nuevo éxodo, esta vez hacia el norte del río Orange, fundando las repúblicas del Estado Libre de Orange y de Transvaal.

Británicos y bóeres vencieron la resistencia de los basuto, xhosa, tswana, korana y otros pueblos africanos. El enfrentamiento más recordado es el que sostuvieron británicos y zulúes. La guerra anglo-zulú (1879) tenía como objetivo terminar con la amenaza militar que suponía el poderío bélico de este pueblo africano. El ejército británico invadió el territorio zulú, pero fue derrotado en la batalla de Isandhlwana, una de las escasas victorias de un ejército africano sobre los mejor equipados ejércitos europeos. Finalmente, la superioridad británica se impuso y, en la batalla de Ulundi, el poder zulú quedó destruido. La batalla de Isandhlwana y la posterior resistencia británica en Rorke's Drift, un enclave misionero en la frontera entre el reino zulú y Natal, han pasado a la historia por lo épico de ambos acontecimientos. A su mitificación contribuyó la producción de dos películas que, desde la óptica colonial, reprodujeron ambas batallas. *Zulu* (Cyril R. Endfield, 1963) se basó en la batalla de Rorke's Drift y *Zulu Dawn* (Douglas Hickox, 1979) en la de Isandhlwana.

Se consolidaron dos colonias británicas —El Cabo y Natal— y dos repúblicas bóeres —Orange y Transvaal—, mientras que los pueblos africanos se vieron reducidos a una serie de territorios que no tardaron en pasar también a ser controlados por los europeos. A mediados del siglo XIX, los colonos asentados en África del Sur eran unos 300.000, frente a una población autóctona que se situaba entre uno y

dos millones. El descubrimiento, en 1868, de yacimientos de diamantes al norte de la Colonia del Cabo, en la confluencia de los ríos Vaal y Orange, atrajo a más población e impulsó el desarrollo del territorio. El dinero que afluyó permitió construir una red ferroviaria y que la Colonia del Cabo asumiera, en 1872, su propio gobierno.

La división racial aumentó. La población negra se quedó con los trabajos no cualificados y peor remunerados, mientras que los mejores trabajos y salarios fueron para los blancos. La misma dinámica se desarrolló cuando, en 1886, se encontró oro en Witwatersrand, en el Transvaal. Fue así como el crecimiento económico de Sudáfrica incrementó las diferencias raciales en un territorio que no se consolidó políticamente hasta que una las dos comunidades colonizadoras se impuso por la fuerza de las armas. Esta fue la trágica particularidad del caso sudafricano. A los virulentos enfrentamientos entre europeos y africanos, se sumaron las dos guerras anglobóer (1880-1881 y 1899-1902), que tuvieron un elevado coste para ambos contendientes y concluyeron con la victoria británica. El primero de estos conflictos estalló cuando los británicos, que se habían anexionado la República de Transvaal (1877), hicieron frente a la rebelión de sus pobladores bóeres, quienes proclamaron nuevamente su independencia. Los británicos, incapaces de someter a los rebeldes, terminaron por reconocer el autogobierno de la república bóer. Pocos años más tarde estallará el segundo conflicto, de consecuencias mucho más dramáticas y transcendentales.

LAS RAZONES DE LA CARRERA POR ÁFRICA

En el último cuarto del siglo XIX, las potencias europeas estaban en condiciones de ocupar África. Los viajes de exploración promovidos por las sociedades geográficas

—Société de Géographie (París, 1821), Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin (1828) y Royal Geographical Society (Londres, 1830)— habían proporcionado un mejor conocimiento del continente. Estas exploraciones estuvieron dirigidas por aventureros cuyas hazañas abrieron las puertas del interior de África. A los nombres ya citados, se sumaron los de Samuel White Baker, naturalista británico que exploró el Nilo y descubrió el lago Alberto; Friedrich Gerhard Rohlfs, botánico y geógrafo alemán que exploró el Sahara y África Occidental; y Gustav Hermann Nachtigal, médico y botánico alemán que atravesó el desierto del Sahara y llegó al Sudán.

También fueron fundamentales los avances de la medicina, que redujeron la elevada mortalidad que las enfermedades tropicales causaban entre los europeos. El paludismo o malaria, la tripanosomiasis africana o enfermedad del sueño y la fiebre amarilla afectaban a la población africana, pero eran enfermedades ya endémicas y los africanos habían desarrollado cierta inmunidad hacia ellas. Sin embargo, los europeos, menos acostumbrados, estaban más expuestos y morían en gran número. En su viaje al corazón del Congo, el marino Charlie Marlow menciona la presencia de las enfermedades tropicales y sus mortales consecuencias: "Le entregamos sus cartas (me enteré de que los hombres en aquel barco solitario morían de fiebre a razón de tres por día) y proseguimos nuestra ruta" (Conrad, 1902).

Los progresos en medicina ayudaron a conocer mejor estas enfermedades y sus causas de transmisión, reduciendo sus tasas de mortalidad. En el caso del paludismo, el uso profiláctico de la quinina redujo drásticamente la mortalidad entre la población blanca. Este descenso permitió la conquista del interior del continente africano.

Esta fue posible también gracias a la gran superioridad del armamento europeo. Los ejércitos coloniales vencieron, salvo contadas ocasiones, a los ejércitos indígenas, más

numerosos, pero pertrechados con armas de fuego obsoletas, lanzas y escudos. Los fusiles de cerrojo —mejorados posteriormente por los de repetición—, el uso de la ametralladora Maxim y el empleo de artillería hacían casi invencibles a los ejércitos europeos. En Omdurman, el ejército anglo-egipcio causó a los sudaneses cerca de 11.000 muertos y un número similar de heridos. Los aliados contaron 49 bajas. Además, los europeos podían permitirse desplazar solo pequeños contingentes de fuerzas a sus posesiones africanas, delegando la mayor parte de las labores militares en tropas indígenas. Los ejércitos coloniales estaban formados por oficiales europeos que dirigían a mercenarios nativos, frecuentemente reclutados lejos del lugar de operaciones o entre los enemigos de los pueblos a los cuales había que combatir.

Todas las potencias coloniales reclutaron tropas indígenas. Estas lucharon al servicio de sus metrópolis, ya fuera en el propio continente o en el extranjero, sin que el país por cuya bandera combatieron les correspondiera adecuadamente. En *Tasuma, le feu* (Kollo Daniel Sanou, 2003), película de Burkina Faso, se narra la historia de Sogo Sanon —protagonizado por el actor Mamadou Zerbo—, un antiguo tirador senegalés. Combatiente en el ejército francés durante las guerras coloniales de Indochina y Argelia, el protagonista, ya sexagenario, parte hacia la ciudad con la esperanza de recibir la pensión militar de jubilación que el Gobierno francés le había prometido. Sin casi posibilidades de ascenso ni apenas reconocimientos, miles de africanos combatieron y murieron en las filas de los ejércitos europeos, especialmente en las dos guerras mundiales. *Indigènes* (Rachid Bouchareb, 2006) narra las vicisitudes de las tropas coloniales argelinas durante la Segunda Guerra Mundial, que deben combatir al enemigo, pero también a las discriminaciones raciales.

Además de poder, los europeos querían conquistar África. En un principio, sus gobiernos fueron reticentes a

emprender aventuras colonialistas de elevado coste y cuyos resultados no estaban asegurados. En Gran Bretaña, William E. Gladstone, político liberal y una de las principales figuras de la época victoriana, se mostró inicialmente reacio a la expansión del Imperio británico. En Francia, el *dreyfusard* Georges Clemenceau se opuso al colonialismo, convencido de que su gobierno debía centrarse en recuperar Alsacia y Lorena.

Sin embargo, en el último cuarto del siglo XIX, las potencias europeas ya no se contentaron con sus posesiones en la costa. ¿Qué había cambiado?, ¿cuáles fueron las razones que explican el inicio de la carrera por África? Varias circunstancias se conjugaron para hacer atractiva la conquista del interior del continente. Los argumentos económicos jugaron un papel determinante. Inicialmente, los intereses europeos se situaban en Argelia, Egipto, África del Sur y en el comercio desde las costas a través de la mediación con los comerciantes africanos, quienes controlaban las rutas del interior. Su conquista podía producir más problemas que ventajas. Pero la crisis internacional de 1873 cambió esta percepción. La Segunda Revolución Industrial y el fin de la guerra civil en los Estados Unidos incrementaron la producción industrial, y la agricultura y ganadería europeas se enfrentaron a la competencia de ultramar, favorecida por la revolución de los transportes. Los precios cayeron y aumentó el desempleo. Había que dar salida a la sobreproducción y un destino a millones de europeos obligados a emigrar.

Salvo en Gran Bretaña, que gozaba de condiciones ventajosas —industria competitiva, control sobre gran parte de las inversiones, formaciones políticas librecambistas, mejor flota y grandes negocios en los fletes marítimos—, el proteccionismo se convirtió en la política económica de los países europeos, que buscaron nuevos mercados para sus productos. La idea de que África podía proporcionar esos mercados

se abrió paso en la mente de empresarios y políticos, iniciándose una carrera por hacerse con ellos. Cada potencia temía que su competidor llegase antes e impusiera elevadas tarifas aduaneras. África se convirtió en el destino de parte de la producción y de los capitales europeos, que cada vez tenían más dificultades para encontrar negocios rentables. Esta argumentación económica como causa del colonialismo fue expuesta por John A. Hobson en *Imperialism: A Study* (1902). Hobson interpretó el imperialismo colonial como resultado del deseo por parte del capitalismo industrial de obtener nuevos mercados y espacios donde invertir el capital excedente, y destacó sus consecuencias negativas: coerción sobre las sociedades colonizadas y desigual reparto de la riqueza. Su obra influyó en las interpretaciones marxistas del capitalismo realizadas por Rudolf Hilferding, Rosa Luxemburgo (*La acumulación de capital*, 1913) y Vladimir Lenin, quien destacó cómo el capital y la producción se concentraban progresivamente en unas pocas manos, enriquecidas gracias al reparto y expolio de los territorios menos desarrollados (*Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, 1916).

El debate sobre el colonialismo había aparecido ya en el seno de la Segunda Internacional durante el Congreso de París (1900), cuando una mayoría se postuló en contra del mismo. En los años siguientes prosiguieron las discusiones entre quienes consideraban que, eliminando sus excesos, el colonialismo podía ser ventajoso, tanto para las metrópolis como para las colonias, y quienes opinaban que había que rechazarlo por suponer el expolio de unos pueblos por otros. En una época en la cual se comenzaba a conocer lo sucedido en el Estado Libre del Congo, se celebró el Congreso de Stuttgart (1907). Allí, el debate sobre el colonialismo centró las discusiones entre los internacionalistas. Van Kol, Bernstein, Vandervelde y Jaurès defendieron una política colonial "positiva". Por el contrario, Kautsky y Guesde

afirmaron que el colonialismo no era sino una forma de explotación imperialista. Entendían que la misión civilizadora no podía justificar la política capitalista en África y Asia. Esta última posición fue la que se impuso y la condena del colonialismo se convirtió en un punto esencial en el programa de la izquierda europea.

La explotación colonial fue posible gracias a la citada revolución en los transportes. Los barcos de vapor remontaron las vías fluviales africanas y el ferrocarril comunicó las plantaciones del interior con los puertos costeros. África se convirtió en el mercado donde colocar los productos europeos y en el territorio que proporcionaba materias primas y mano de obra, no ya esclava, pero sí forzada. Otro de los principales factores que explican el interés europeo por colonizar el continente africano fue el factor demográfico. La población europea experimentó un notable crecimiento en el siglo XIX. Entre el fin del periodo napoleónico y el inicio de la Primera Guerra Mundial, la población europea pasó de 190 millones de habitantes a 450, y, a lo largo de este periodo, unos 40 millones de europeos emigraron a otros continentes, reduciendo en sus países de origen las tensiones sociales originadas por el desempleo y la pobreza. Fueron quienes poblaron las costas del Magreb, administraron el África Occidental, colonizaron el África Oriental y se expandieron por el África Austral.

Junto a factores económicos y demográficos, el colonialismo debe también mucho al nacionalismo, sobre todo a su versión más exaltada, el jingoísmo. Su patriotismo expansionista llevó a las potencias europeas a enfrentarse a sus rivales en una reñida competencia. Alemania e Italia, recién unificadas, habían entrado en liza con retraso y tenían prisa por izar su bandera en el continente africano. Esta celeridad obligó a británicos y franceses a tomar unas decisiones que, tal vez, de no haber existido esta presión, no hubieran

tomado por no ser económicamente necesarias o, al menos, las habrían adoptado más tarde. Se anexionaban territorios para evitar que cayeran en manos de una potencia rival. Todo argumento para ocupar un territorio era bueno, y así lo difundió la prensa populista. Se pensaba que una empresa imperialista fortalecía al Estado y regeneraba a la sociedad que la emprendía, además de mostrar la verdad de su religión, que se transmitía a los pueblos colonizados por los misioneros, hombres de fe, pero también exploradores y comerciantes. El imperialismo elevaba el orgullo y el prestigio nacional, sobre todo en países como Francia, tan necesitada de estos atributos tras la derrota de 1870. Los gobiernos tenían que pensar no solo en rentabilidades económicas. Necesitaban obtener réditos políticos para mantener el favor de su opinión pública, y en este aspecto la empresa colonial resultó muy provechosa. Tampoco podemos olvidar que la diplomacia europea decidía por entonces los destinos del mundo y los territorios y riquezas del continente africano podían ser piezas muy útiles en la negociación internacional.

El economista Paul Leroy-Beaulieu publicó *De la colonisation chez les peuples modernes* (1874), una abierta defensa del colonialismo. Unos pocos años antes, el político Charles Dilke, en *Greater Britain* (1868), había loado las excelencias del Imperio británico. Pero el principal difusor del ideario colonialista fue Rudyard Kipling, británico nacido en la India y conocido como "el poeta del imperio". Premio Nobel de Literatura (1907), en sus relatos y poemas —*The Man Who Would Be King* (1888), *Gunga Din* (1892) e *If* (1895)—, Kipling defendió la superioridad moral británica, cuestión muy presente en su obra más conocida, *The Jungle Book* (1894), relatos del humano Mowgli y los animales de la selva que ofrecen una serie de enseñanzas sobre la naturaleza humana. Muchas de sus obras fueron llevadas al cine, popularizando la idea de la superioridad del colonizador blanco: *Gunga Din* (George

Stevens, 1939) y *The Man Who Would Be King* (John Huston, 1975). Estas películas popularizaron el cine de aventuras colonial, género al que pertenecen otras cintas clásicas como *The Lives of a Bengal Lancer* (Henry Hathaway, 1935), *Beau Geste* (William A. Wellman, 1939) o *The Charge of the Light Brigade* (Michael Curtiz, 1936). Pero si hubo un poema que popularizó el ideario colonial británico este fue *The White Man's Burden* (1899), escrito por Kipling con motivo de la ocupación estadounidense de las Islas Filipinas tras derrotar a España en 1898:

Llevad la carga del Hombre Blanco.
Enviad adelante a los mejores de entre vosotros;
Vamos, atad a vuestros hijos al exilio
Para servir a las necesidades de vuestros cautivos;
Para servir, con equipo de combate,
A naciones tumultuosas y salvajes;
Vuestros recién conquistados y descontentos pueblos,
Mitad demonios y mitad niños.

El colonialismo tuvo mucho que ver con la idea de la superioridad de la raza blanca que ensalzó Kipling. Las potencias europeas se atribuyeron la misión de llevar la civilización al continente africano, poblado por supuestas razas inferiores. El *Grand Dictionnaire Universel du XIXe siècle de Larousse*, en consonancia con las teorías de la craneometría de aquel entonces, que mantenían que una mayor capacidad craneal —la europea— garantizaba una inteligencia superior frente a otras razas —la negra— con un cráneo más pequeño, afirmaba: "Un hecho incontestable y que domina a los restantes es que ellos [la especie negra] tiene el cerebro más estrecho, más ligero y menos voluminoso que la especie blanca, y como, en toda la serie animal, la inteligencia está en relación directa con las dimensiones del cerebro, del

número y profundidad de las circunvalaciones, este hecho es suficiente para probar la superioridad de la especie blanca sobre la negra" (Larousse, 1866-1877).

No obstante, continuaba el reconocido diccionario, ello no justificaba la esclavitud. Pese a que los negros estuvieran en relación con "ciertas especies animales por sus formas anatómicas y por sus instintos cerriles", tenían otros aspectos que les aproximaban a la raza blanca, como estar dotados de la palabra. Por ello, se podían establecer con ellos relaciones intelectuales y morales para intentar aproximarlos a los europeos. El *Grand Dictionnaire* concluía con una visión paternalista: "Su inferioridad intelectual, lejos de conferirnos el derecho a abusar de su debilidad, nos impone el deber de ayudarles y protegerles" (Larousse, 1866-1877).

Esta superioridad blanca se basaba en el darwinismo social, que aplicaba a las sociedades humanas la teoría de la selección natural de las especies. Había razas superiores e inferiores, y las primeras, mejor preparadas, estarían en su derecho de dominar a las segundas, al tiempo que tenían la obligación de transmitirles su civilización superior. En un conocido discurso parlamentario, fechado el 28 de julio de 1885, el republicano Jules Ferry defendió la necesidad de un imperio colonial para la Tercera República Francesa y lo justificó en la necesidad de difundir la civilización europea: "Es preciso decir abiertamente que, en efecto, las razas superiores tienen un derecho sobre las razas inferiores. Repito que hay para las razas superiores un derecho porque existe un deber para ellas. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores" (Coquery-Vidrovitch, 2009).

Eran los inicios de la antropología, y la antropometría estudiaba las medidas del hombre con el fin de distinguir unas razas de otras. La eugenesia, difundida por autores como Georges Vacher de Lapouge, pretendía mejorar los rasgos hereditarios de la población a través de la selección y

la manipulación. Proponía fomentar la reproducción de los ejemplares sanos y limitar la de los discapacitados.

Estas teorías racistas habían cobrado un notable auge con la publicación de *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-1855), del diplomático francés Joseph Arthur de Gobineau. Esta obra, una historia de las civilizaciones desde un punto de vista racial, sostenía la superioridad de la raza aria y la "degeneración" de la mezcla de razas, responsables de la caída de las grandes civilizaciones. Solo los germanos —habitantes de Gran Bretaña, Alemania, Bélgica, Holanda y norte de Francia— habrían mantenido la pureza de la raza aria. Esta obra, que tuvo posteriormente una gran influencia en el nazismo, era fruto de una biología que justificaba la existencia de unas razas mejores que otras y de una lingüística que vinculaba a las civilizaciones superiores con un lenguaje originario que se denominó ario. Todo ello fomentó la diferenciación entre las razas: la inferioridad de los negros explicaba, y justificaba, la dominación europea.

Hubo quien se enfrentó a estas ideas. En oposición al título de Gobineau, Joseph Anténor Firmin, antropólogo haitiano, publicó *De l'égalité des races humaines* (1885), donde rebatió la jerarquización racial y las teorías que la sostenían, afirmando que se trataba de prejuicios que no tenían una base científica. Pero las teorías racistas siguieron imperando. En Alemania, el británico nacionalizado alemán Houston Stewart Chamberlain, pangermanista y un referente para el nazismo, publicó *Los fundamentos del siglo XIX* (1899), donde interpretó la formación del imperio colonial alemán como la consecuencia lógica de su superioridad como pueblo.

Entre la opinión pública europea se difundió la idea de que los pueblos africanos eran pueblos inferiores. Entre 1877 y 1912, en el Jardin d'acclimatation, ubicado en el Bois de Boulogne de París, se sucedieron las exhibiciones etnológicas. En ellas, junto a las plantas y animales exóticos, se

presentaban, como si de animales se tratara, a familias de diferentes pueblos indígenas, entre ellos africanos —zulúes, bosquimanos y nubios—. Se celebraron este tipo de espectáculos en las principales ciudades europeas. Se trataba de verdaderos zoos humanos, donde la pretendida superioridad blanca denigraba la condición humana de los colonizados. El gusto por el exotismo favoreció este tipo de exhibiciones. Tal vez uno de los ejemplos más miserables fueran las exhibiciones de "monstruos". Fue el caso de los negros albinos, quienes, además de sufrir entre su propia gente, eran exhibidos en Europa como una rareza.

Las exposiciones internacionales son un buen ejemplo de esta forma de exponer y valorar a los pueblos colonizados, al tiempo que contribuyeron a difundirla y a fortalecer un racismo de base popular. Para celebrar la Exposición Universal de Bruselas (1897), que promocionó la supuesta labor civilizadora en el Congo, se trasladó a la capital belga a 267 africanos. Estos fueron expuestos ante el millón de visitantes que recorrió la exposición. En ella se ofrecieron las supuestas excelencias de la colonización y se mostró la felicidad con la que los pueblos africanos desarrollarían su vida cotidiana. Los africanos fueron vistos como si se tratara de animales y se tuvo que advertir al público de que no había que echarles comida. De ello ya se encargaba la organización. Los alemanes mostraron en la Exposición Comercial de Berlín (1896) a cerca de un centenar de africanos procedentes de sus colonias. En Francia, al tiempo que se exhibían los avances de la humanidad y se conmemoraba el centenario de la Revolución francesa, la Exposición Universal de París (1889) recreó un *village nègre* en el cual 400 africanos reproducían una supuesta cotidianidad. Los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad quedaron desmentidos precisamente en la exposición que celebraba su aniversario. Pero el punto culminante de este exhibicionismo tuvo lugar con motivo de

las exposiciones coloniales, como las de Marsella de 1906 y 1922 y las de París de 1907 y 1931. Las victorias del ejército colonial francés, los avances de la misión civilizadora, las aldeas y la vida cotidiana de los pueblos colonizados se mostraron a millones de visitantes. La Exposición Colonial Internacional de 1931, respuesta francesa al éxito de la British Empire Exhibition (Londres, 1924), simbolizó el apogeo del imperio colonial francés. En esta exposición estuvieron presentes las principales potencias y tenía como objetivo causar en el visitante la impresión de viajar por las colonias. Recibió 33 millones de visitas, una cifra muy superior al número de visitantes que acudieron a las exposiciones organizadas por la izquierda francesa para desmentir esta visión positiva y paternalista del colonialismo europeo.

LA CONFERENCIA DE BERLÍN

Británicos, franceses, portugueses y españoles comerciaban en las costas que se extienden entre el monte Camerún y la desembocadura del río Congo, cuyo estuario era un punto neurálgico para el comercio con el interior del continente. Lo esperado hubiera sido que los europeos compitieran por establecer sus áreas de influencia en la cuenca del Congo, pero este proceso se vio interrumpido por la constitución de una colonia tan singular como extensa: el Estado Libre del Congo, posesión personal de Leopoldo II, rey de los belgas, que frustró las esperanzas de expansión de los franceses desde Gabón y de los portugueses desde Angola.

Todo comenzó con las exploraciones de Henry M. Stanley, célebre por haber localizado a uno de los grandes exploradores de África, David Livingstone. Entre 1874 y 1877, Stanley recorrió el desconocido e inmenso río Congo, del que Conrad, en *Heart of Darkness*, escribió:

Había en él especialmente un río [Congo], un caudaloso gran río, que uno podía ver en el mapa, como una inmensa serpiente enroscada con la cabeza en el mar, el cuerpo ondulante a lo largo de una amplia región y la cola perdida en las profundidades del territorio. [...] Remontar aquel río era como volver a los inicios de la creación cuando la vegetación dominaba la tierra y los grandes árboles eran los reyes. Una corriente vacía, un gran silencio, una selva impenetrable. [...] La larga extensión del cauce se perdía en la sombría distancia (Conrad, 1902).

Los viajes de Stanley cambiaron el rumbo de la colonización en esta parte del continente. Comprobó que, una vez superadas las cataratas del bajo Congo, la navegación del gigante africano era posible para los vapores europeos. Este era el plan de Stanley. Evitar los rápidos con la construcción de una vía de ferrocarril y, una vez superado este obstáculo, seguir río arriba y penetrar hasta el centro del continente.

Su proyecto no interesó al Gobierno británico, pero sí a Leopoldo II, quien llevaba tiempo buscando un territorio donde fundar un imperio colonial. Pero las ambiciones colonialistas de Leopoldo II no eran correspondidas ni por su Gobierno ni por sus súbditos. Bélgica era un país demasiado pequeño para hacer frente a los riesgos y gastos que generaban una colonia. Tampoco contaba con una flota capaz de mantener colonias en ultramar, ni quería intervenir en conflictos internacionales que pondrían en peligro su neutralidad. Por ello, fue Leopoldo quien, a título privado, decidió adquirir su propia colonia africana. El rey de los belgas jugó bien sus bazas. El 12 de septiembre de 1876 organizó la Conferencia Geográfica de Bruselas en la que, junto a científicos y exploradores, fueron invitadas las potencias coloniales. En este encuentro, Leopoldo II manifestó su intención de intervenir en África Central, pero solo con fines filantrópicos, para combatir el comercio de esclavos y abrir el

territorio a la civilización europea. En este encuentro se habló de establecer bases en la desembocadura del Congo y en Zanzíbar, de concretar las vías de acceso al interior del continente y de crear un comité internacional que llevase a cabo la labor civilizadora. Este comité fue la Association Internationale Africaine, que, bajo la dirección de Leopoldo II, tuvo su sede en Bruselas y contó con diferentes comités nacionales.

Sin embargo, pronto se advirtieron las intenciones reales del rey de los belgas. La asociación servía a sus intereses particulares y la filantropía dejó paso a las verdaderas motivaciones del monarca: adquirir y explotar una colonia en el Congo. Para ello fue fundamental la labor de Stanley, quien se puso al servicio de Leopoldo II. Para contar con el capital necesario se constituyó, en Bruselas, el 25 de noviembre de 1878, el Comité d'Études du Haut-Congo, que se convirtió en la Association Internationale du Congo. Su mayor accionista era Leopoldo II y, en sus estatutos, junto a fines científicos y filantrópicos, ya se entreveían sus objetivos industriales y comerciales.

Stanley llegó al Congo en el verano de 1879 para, a lo largo de cinco años, establecer diferentes bases a lo largo del río y firmar el mayor número posible de tratados con los jefes locales, que legitimaran las concesiones territoriales. En 1883, Stanley alcanzaba las cataratas Boyoma y fundaba Stanleyville, actual Kisangani. Fue entonces cuando la Association Internationale du Congo, un proyecto inicialmente privado y económico, se convirtió en una iniciativa política. Leopoldo II pasó a hablar de "Estado Libre" al referirse a una amplísima zona todavía sin delimitar que abarcaba los territorios sobre los cuales Stanley había comenzado a instalar bases comerciales y logrado la cesión de su soberanía. A esta firma de tratados y apropiación de territorios se sumó la creación de fuerzas militares al servicio del citado Estado Libre.

Al tiempo que Stanley exploraba el río Congo, se iniciaba otra gran aventura. En 1875, Pierre Savorgnan de Brazza remontaba el río Ogoué desde su desembocadura y, después de un viaje de tres años, comprobaba la existencia de una ruta fluvial que también permitía acceder a la región del Congo. Era una región rica en caucho y marfil, y ello alimentó las esperanzas de proporcionar un comercio rentable a la colonización. En 1880, Brazza volvió a explorar el territorio y firmó el Tratado Brazza-Makoko, por el que tomó posesión del territorio. Fue el comienzo de una ardua tarea, que puso las bases del Congo Francés. Había que fundar establecimientos comerciales y firmar con los jefes locales el mayor número posible de tratados. Pero Brazza no viajaba en nombre del Gobierno francés. Por ello, el explorador volvió a Europa en el verano de 1882 y recorrió Francia, difundiendo entre la opinión pública la importancia de crear una colonia en las tierras exploradas. Finalmente, obtuvo el apoyo del Gobierno francés y de su Parlamento. El Tratado Brazza-Makoko se ratificó el 22 de noviembre de ese mismo año y el territorio pasó a manos de Francia. En enero del año siguiente, Brazza regresó al Congo, esta vez en representación del Gobierno francés. Se firmaron nuevos tratados con las consiguientes anexiones de tierras, se establecieron asentamientos y se fijó el emplazamiento de Brazzaville, futura capital del África Ecuatorial Francesa.

La competencia entre ambos proyectos, el de la Association Internationale du Congo y el promovido por Francia, dio lugar a una carrera para firmar el máximo posible de tratados con los jefes locales, que, sin saber muy bien lo que suscribían, transferían, marcando sobre el papel con una simple cruz, su soberanía a los europeos. El gran proyecto del Estado Libre del Congo no solo ponía en jaque a los intereses franceses, sino que también hacía peligrar las

ambiciones de los portugueses, quienes, situados en la costa angoleña, aspiraban a controlar la desembocadura del río Congo.

Las colonias portuguesas proporcionaban un comercio protegido, suministraban materias primas y mano de obra, permitían difundir el catolicismo, reafirmaban el nacionalismo luso y servían de destino a sus delincuentes, que fueron, inicialmente, una parte importante de la población blanca de sus colonias. Las fronteras no estaban delimitadas y Portugal reclamaba la desembocadura del Congo y su área de influencia. Con este propósito logró la firma de un tratado con Gran Bretaña el 26 de febrero de 1884, por el cual los británicos reconocían la soberanía portuguesa sobre la desembocadura del Congo. Este apoyo británico se debía a la tradicional alianza con los portugueses y al interés por reducir la presencia francesa en África, pero la formación del Estado Libre alteró las pretensiones lusas.

Leopoldo II, Francia y Portugal se disputaban la desembocadura y la cuenca del río Congo, y las potencias europeas penetraban hacia el interior del continente africano. Fue entonces cuando, para resolver los litigios existentes y establecer unas reglas básicas para organizar el reparto de África, se convocó un encuentro internacional promovido por Bismarck, canciller de una Alemania unificada y nueva potencia, que deseaba evitar un conflicto que alterase el equilibrio europeo. A ello se sumaba el hecho de que Alemania ya tenía pretensiones concretas en África.

Hasta entonces, Alemania no había tenido intereses en el continente africano. Su canciller no era partidario de un imperio alemán en África, pero terminó cediendo. Una industria en auge, como la alemana, exigía materias primas, mano de obra y mercados, así como lugares donde invertir;

una demografía potente precisaba de nuevos territorios que poblar, y se necesitaba un proyecto exterior que aglutinase a los alemanes y les hiciera olvidar sus problemas internos. La creación de un imperio colonial daría respuesta a estas necesidades y proporcionaría prestigio e importantes bazas que jugar en el tablero de las relaciones internacionales. Rodeada al este por Rusia y al oeste por Francia, Alemania tenía que jugar bien sus bazas con los franceses, al tiempo que intentar debilitar a los británicos. Así fue como el Imperio alemán apoyó las aspiraciones de Francia en África, tanto en la cuestión del Congo como en los litigios surgidos en el África Occidental. Bismarck estaba convencido de que tener a los franceses ocupados en rivalidades por el reparto de África distraería su atención del propósito de recuperar Alsacia y Lorena. Esta misma estrategia explica que buscara sus territorios coloniales en competencia con los británicos y no con los franceses.

Por estas razones, Alemania se incorporó al reparto de África. Este proyecto se apoyó en la difusión de un discurso imperialista y colonialista. Al igual que en los casos británico y francés, detrás de la fundación del imperio colonial alemán estaba la actividad de sociedades colonialistas, como la Unión colonial alemana (1882), la Sociedad para la colonización alemana (1884) y la Liga Pangermana (1891), que contaron con el apoyo de amplios sectores de una opinión pública influida por la publicación de obras como *¿Necesita Alemania las colonias?* (1879), del pastor luterano Friedrich Fabri, defensor de la creación de colonias donde asentar a la creciente población alemana y obtener beneficios económicos; y *Colonización alemana* (1881) del abogado Wilhelm Hübbe-Schleiden, quien veía en la fundación de un imperio colonial un medio de difundir la cultura germana. Desde la Geografía Humana, Friedrich Ratzel reflexionó sobre las relaciones entre el territorio y la población. Testigo de la

marcha de miles de emigrantes alemanes, Ratzel planteó su teoría sobre el espacio vital —*Lebensraum*—, tristemente célebre por haber sido recogida por el nazismo y que, en la Alemania bismarckiana, sirvió para justificar el imperialismo colonial. Estos teóricos del colonialismo vieron satisfechos cómo, en unos pocos años, Alemania lograba una destacada posición entre las potenciales coloniales, máxime si pensamos que partía de cero. A mediados de los años ochenta, y de manera prácticamente paralela a la celebración de la Conferencia de Berlín, Alemania contaba con un imperio colonial formado por Togolandia, Camerún, África del Sudoeste y África Oriental.

La Conferencia de Berlín tuvo lugar entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885, y, aunque el peso de las decisiones recayó en Gran Bretaña, Francia, Alemania, Portugal y la Association Internationale du Congo, estuvieron también presentes representantes de Bélgica, España, Italia, Estados Unidos, Imperio austrohúngaro, Imperio otomano, Rusia, Suecia y Dinamarca. Cuantos más países firmasen, mayor legitimidad tendrían los acuerdos finales. Pero nadie representó a los principales afectados: los africanos.

Durante poco más de tres meses, las potencias coloniales discutieron sobre cómo repartirse África. Se trataba de asegurar la libre navegación y comercio en los grandes ríos africanos que desembocaban en el océano Atlántico —Níger y Congo—; fijar las normas básicas a la hora de legitimar la ocupación de un territorio y dar solución a la cuestión del Congo. Los otrora grandes imperios español y portugués se habían instalado primeramente en las costas africanas, pero, en el momento presente, y sobre todo en el caso español, se veían incapaces de penetrar en el interior o de hacerlo, en el caso portugués, con el mismo empuje que británicos y franceses. Por esta razón, para Portugal y España la mejor

solución era reservar los derechos sobre el interior a quienes ya contaran con posesiones en la costa. Evidentemente, esta no era la posición de las grandes potencias europeas contemporáneas. Gran Bretaña, Francia y Alemania eran partidarias de conceder la posesión a quien ocupara efectivamente el interior del territorio.

El encuentro se abrió con una intervención de Bismarck, quien ejerció la presidencia del encuentro. En su intervención, el Canciller de Hierro expuso los objetivos de la reunión y los beneficios que, para África, traerían la civilización y el comercio con Europa. La filantropía estuvo también en el centro de la intervención del representante de Gran Bretaña. Su embajador, Edward Malet, afirmó que había que proteger a los africanos, para lo cual propuso prohibir la exportación de armas de fuego y bebidas alcohólicas al continente africano. Pero, sobre todo, defendió la presencia británica en el Níger. Gran Bretaña no debía ser molestada en el Bajo Níger, como tampoco Francia en el Senegal. Su presencia en estos territorios estaba asentada y no había motivo para entrar en discusiones. Más controversias suscitó una de las principales cuestiones en litigo: el inmenso territorio de la cuenca del Congo. Franceses y portugueses ambicionaban extender sus dominios, Leopoldo quería obtener el reconocimiento de su Estado Libre y los británicos tenían interés en proteger, en la costa del océano Índico, las posiciones del Sultanato de Zanzíbar.

El día de la clausura de la Conferencia, los diplomáticos europeos firmaron el Acta General de la Conferencia de Berlín. Esta comenzaba con una invocación divina, propia de una época en la que el trono y la religión iban indisolublemente unidos. La exposición de motivos del documento establecía tanto los verdaderos motivos de su celebración como una serie de argumentos filantrópicos para justificar el reparto del continente africano. Comenzaba mencionando

el objetivo principal del encuentro: alcanzar el mutuo acuerdo entre las partes para evitar conflictos en la ocupación del territorio africano. Con este propósito se iban a regular "las condiciones más favorables para el desarrollo del comercio", así como "asegurar a todas las naciones las ventajas de la libre navegación de los dos principales ríos de África, que fluyen en el océano Atlántico". Se trataba de garantizar que los estados europeos, principalmente a través de empresas comerciales, pudieran penetrar y ocupar el interior de África. Y todo ello evitando "los malentendidos y las disputas que puedan surgir en el futuro a partir de nuevos hechos de la ocupación en la costa de África". Entremezcladas con estas ideas principales, venían las justificaciones europeas a la ocupación de las tierras de los africanos, argumentos cargados de prejuicios sobre su inferioridad. El desarrollo del comercio vendría acompañado de la imposición de la civilización europea para "fomentar la moral y el bienestar material de las poblaciones indígenas". Pero las consecuencias para la población africana de la conquista y explotación colonial estuvieron muy alejadas de estos altruistas objetivos. La esclavitud fue sustituida por el trabajo forzado, y la imposición de la civilización europea quebró las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales de los pueblos africanos.

El Acta General de la Conferencia de Berlín quedó dividida en siete capítulos y 38 artículos. Los capítulos primero, cuarto y quinto establecieron la libertad de navegación y comercio en las cuencas del Congo, cuyo amplísimo territorio —"la cuenca del Congo, sus bocas y regiones circundantes"— se delimitó en el artículo 1; y del Níger, con especial referencia al compromiso de Gran Bretaña y Francia, las dos potencias ya instaladas en sus aguas —se aceptó la penetración británica en el curso bajo del río y de los franceses en el alto—, de garantizar las citadas libertades de navegación y comercio.

Uno de los grandes beneficiados por estos acuerdos fue el rey Leopoldo II de Bélgica, quien, a pesar de las reticencias de británicos, franceses y portugueses, maniobró con habilidad para lograr que la Association Internationale du Congo fuera reconocida como el Estado Libre del Congo, con capital en Boma y salida al océano Atlántico por la desembocadura del Congo. Este inmenso territorio, que se extendía a lo largo de la cuenca del Congo —limitaba al norte con el río Ubangui, al sur con la desembocadura del río Logé, al oeste con el océano Atlántico y al este con los Grandes Lagos—, pasó a ser propiedad privada de Leopoldo II. Este jugó con la idea de que, en cuanto particular, no era un gran competidor y contó con la mediación de Bismarck. El canciller alemán apoyaba la creación del Estado Libre del Congo siempre que se fijaran sus fronteras y estas no abarcaran desde la costa atlántica a la índica, como, en un principio, deseaba Leopoldo II. Cuando se concretó su extensión y se desechó la idea de alcanzar las costas índicas, Alemania no dudó en reconocer, en noviembre de 1884, al nuevo Estado Libre.

Para ganarse la voluntad de los británicos, Leopoldo II se comprometió a garantizar el libre comercio en el Congo. Además, prometió a los comerciantes británicos la firma de sustanciosos contratos, promesa que llevó a la opinión pública británica a presionar sobre su Parlamento para que no ratificara el mencionado tratado anglo-portugués de febrero de 1884. Solo quedaba por vencer las resistencias de los dos países más reticentes a la constitución del Estado Libre del Congo, Francia y Portugal.

Francia, garantizada su expansión al norte, quedó convencida por otra hábil jugada de Leopoldo II: la concesión a Francia de un derecho preferencial sobre el Estado Libre en el caso de que este se hiciera ingobernable. Este compromiso fue del gusto de las autoridades francesas. Dudaban de que una iniciativa privada pudiera administrar tan inmenso

territorio y veían probable llegar a ejercer este derecho preferente de ocupación. Con esta decisión, Leopoldo II, aunque se ganaba la desconfianza de Gran Bretaña al favorecer a Francia, lograba el apoyo de Portugal. Si los portugueses no podían ocupar el territorio, siempre preferirían la presencia del Estado Libre del Congo que la de la poderosa Francia, razón por la cual apoyarían la consolidación de la colonia de Leopoldo II. Además, Portugal se aseguraba el control de Cabinda y de la orilla izquierda del Congo. Ya resignadas, Francia y Portugal firmaron, pocos días antes de la clausura de la Conferencia de Berlín, sendos tratados en los que reconocieron las fronteras del Estado Libre.

En los primeros años noventa, el Estado Libre del Congo culminará su expansión, frenando la penetración británica hacia Katanga y expulsando de la parte oriental del Congo a los comerciantes árabes y swahilis. Entre ellos, se encontraba Tippu Tip, un comerciante de esclavos swahili que comerciaba con marfil y esclavos y controlaba las rutas del Congo hacia Zanzíbar. Leopoldo II reconoció en un principio la autoridad de Tippu Tip sobre esta parte del Congo, pero entre 1891 y 1894 estalló la guerra entre ambos, que se saldó con el triunfo de las tropas del Estado Libre del Congo.

Partiendo de una sociedad con fines teóricamente filantrópicos, se impondrá en el Congo uno de los regímenes de explotación más brutales de la historia. Pero en Berlín se mantuvieron las formas y, en el discurso de clausura, el canciller alemán se felicitó por la creación del nuevo Estado Libre del Congo, "llamado a ser uno de los eminentes ejecutores de nuestros objetivos", en referencia a los compromisos asumidos con el desarrollo y bienestar de la población africana. El 1 de agosto de 1885, Leopoldo II aceptaba la plena soberanía sobre el Estado Libre y el Reino de Bélgica se eximía de cualquier responsabilidad.

Junto a la cuestión de la cuenca de los ríos Níger y Congo, la otra parte esencial de los acuerdos se recogieron en el capítulo VI, artículos 34 y 35, referido a los requisitos necesarios para el reconocimiento por las potencias europeas de las nuevas ocupaciones. Estos requisitos se basaban en el principio de efectividad. La potencia que tomara posesión de un nuevo territorio en la costa debía notificarlo a las demás potencias signatarias, de manera que quedara proclamado su derecho de soberanía. Esta notificación precisaba de un requisito fundamental: la ocupación efectiva del territorio reclamado. Fue por ello que las potencias se lanzaron con rapidez a la firma de tratados con los gobernantes africanos para que estos cediesen su soberanía, y, a continuación, ocupar y administrar estos nuevos territorios. El valor jurídico de estos tratados era muy dudoso. Es más, se sabía de los engaños a los que se sometía a los jefes africanos para que los firmaran, pero todas las potencias coloniales participaron en el juego. No les interesaba dudar de su alcance, por lo cual todos los acuerdos eran aceptados, salvo que existiera un conflicto entre ellas por un mismo territorio, en cuyo caso sí que se ponía en duda tanto el valor del tratado como la efectiva autoridad del jefe africano sobre el territorio en litigio.

No importaban los derechos históricos. Quien llegase primero y ocupase un territorio de manera efectiva, se quedaba con él. De esta forma, se impuso la voluntad de las principales potencias, con capacidad para explorar y ocupar extensos territorios del continente africano. Los acuerdos de la Conferencia de Berlín se referían a las costas, pero, ya ocupadas estas en su mayor parte, lo que se produjo en los años siguientes fue la anexión del interior. Fue una carrera en toda regla.

Con anterioridad a la Conferencia de Berlín, las potencias coloniales apenas controlaban el 10 por ciento del continente, pero, en apenas tres décadas, la mayor parte de

África cayó bajo su dominio. Incluso aquellos países que no habían penetrado en sus territorios africanos, como era el caso de España, vieron la necesidad de consolidar sus escasas posiciones. A finales de 1884, la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas, constituida un año antes, promovía la exploración y ocupación de puntos clave en el que será el Sahara Occidental una posición estratégica para la defensa de las islas Canarias.

Junto a las disposiciones que fijaron las reglas para el reparto del continente africano, en la Conferencia de Berlín se establecieron otras disposiciones que pretendían justificar su ocupación. Fueron las disposiciones relativas a la protección de sus habitantes. Las potencias europeas se comprometían a "velar por la preservación de las tribus nativas" y a "ayudar en la supresión de la esclavitud, y especialmente el comercio de esclavos". Conforme al derecho internacional, se declaró que los territorios africanos no podían servir "como un mercado o un medio de transporte para el comercio de esclavos, de cualquier raza que sean". Cada potencia firmante debía de "emplear todos los medios a su alcance para poner fin a este comercio y para castigar a quienes incurran en él". Además, las potencias europeas protegerían y favorecerían a las entidades cuyo objetivo fuera "instruir a los nativos y traer a estas tierras las bendiciones de la civilización", así como a "todas las instituciones religiosas, científicas o de beneficencia". Se garantizaba así la libertad de culto a extranjeros y nativos. En aplicación de este principio, se establecía "el ejercicio libre y público de todas las formas del culto divino" y "el derecho a construir edificios con fines religiosos".

La Conferencia de Berlín fue un encuentro importante, pero no decisivo. De ella surgieron las reglas básicas para proceder al reparto de África, pero no decidió la división del continente. Esta se hizo efectiva en las décadas siguientes, atendiendo no solo a las disposiciones allí establecidas, sino

a toda una serie de circunstancias económicas, políticas, militares y estratégicas que llevaron a la firma de nuevos acuerdos. Fue decisiva la estrategia internacional, así como la fuerza armada que cada Estado podía exhibir en la mesa de negociaciones. Los acuerdos evitaron muchos conflictos y aunque sí que hubo momentos en los cuales peligró la paz, finalmente, siempre se alcanzó un entendimiento pacífico, si exceptuamos las dos guerras entre británicos y bóeres. Además de los litigios más importantes resueltos por la vía pacífica, como la cuestión de Fachoda o el ultimátum británico a los portugueses por los territorios situados entre Angola y Mozambique, la historia del reparto de África está repleta de discusiones por diferentes territorios que se resolvieron por la vía diplomática. Los portugueses y británicos resolvieron sus diferencias en Gazaland, entre Mozambique y Rhodesia del Sur; los franceses y las autoridades del Estado Libre del Congo, las suyas en el Alto Ubangui; la región somalí de Transjuba, en manos británicas, se integró en la Somalia italiana en recompensa a la participación de Italia en la Gran Guerra; y la derrota alemana en este mismo conflicto permitió a Portugal anexionarse Kionga, incluida inicialmente en el África Oriental Alemana e incorporada a la colonia portuguesa de Mozambique.

CAPÍTULO 2

EL REPARTO DE ÁFRICA

DE FACHODA AL RIF

En África del Norte, Gran Bretaña aseguró su control sobre Egipto y el Sudán; Francia, que ya poseía Argelia y Túnez, estableció su protectorado sobre Marruecos, salvo una franja norte que quedó en manos de España, e Italia se apropió de Libia. Fue un reparto conflictivo, pero la diplomacia y la presión del más fuerte evitaron un enfrentamiento armado. El incidente más célebre tuvo lugar entre Gran Bretaña y Francia, en la localidad de Fachoda (1898), situada en el actual Sudán del Sur, en el Nilo Blanco. Un poco más tarde, a principios del siglo XX, la pugna entre franceses y alemanes por Marruecos estará, por dos veces, a punto de provocar una guerra europea.

El primero de estos incidentes, el de Fachoda, marcó un antes y un después en las relaciones franco-británicas. La ocupación de Egipto había significado la entrada de Sudán en la agenda de la política exterior británica. Gran Bretaña tenía claro que la seguridad de Egipto precisaba del control del Nilo, y ello suponía dominar también las tierras sudanesas y

las fuentes del Nilo. Conquistado por Egipto entre 1820 y 1842, Sudán había estado sometido a los impuestos y a la corrupción de los gobernantes egipcios hasta el estallido, en julio de 1881, de la rebelión de Muhammad Ahmed, proclamado el Mahdi. Este impondría el islam a los infieles y restablecería la fraternidad y la justicia entre los creyentes. Bajo su dirección mesiánica, los sudaneses declararon la guerra santa a los ocupantes egipcios y a los extranjeros cristianos que ocupaban importantes puestos de la Administración egipcia. La rebelión triunfó gracias al apoyo de gran parte de la población sudanesa, convencida de que se trataba del verdadero Mahdi y en la confianza de que terminaría con la impopular ocupación egipcia.

El Mahdi derrotó a los ejércitos egipcios y sitió la capital sudanesa, Jartum. El Gobierno británico no quería enviar un ejército a someter a los sudaneses. Su coste político y económico era demasiado elevado, pero tampoco podía eludir sus responsabilidades, pues Sudán había pertenecido a Egipto hasta el estallido de la insurrección. Se optó por una solución intermedia: enviar a Jartum a Charles George Gordon, gobernador general del Sudán entre 1877 y 1879. Sus órdenes eran evacuar la ciudad, pero decidió permanecer en ella y organizar la resistencia. Esta decisión puso en jaque al Gobierno británico que, presionado por la opinión pública, se vio obligado a enviar un ejército para salvar a Gordon. El ejército llegó tarde. La ciudad fue ocupada por los sudaneses el 26 de enero de 1885 y sus defensores murieron, incluido Gordon, quien pasó a representar el prototipo de héroe victoriano, inmortalizado por el actor Charlton Heston en *Kartum* (Basil Dearden, 1966) —el papel del Mahdi correspondió a Laurence Olivier—, obra clásica del cine histórico que difundió una visión positiva del británico "civilizador" frente al indígena "fanático". También se admiró, de manera ambigua, el valor de los

sudaneses. En su poema "Fuzzy-Wuzzy" (1890), Kipling inmortalizó, no sin paternalismo, la valentía de los sudaneses:

Peleamos contra muchos hombres allende los mares, y algunos eran valientes y otros no tanto:
el patán, el zulú y el birmano; pero, de entre todos, el fuzzy el mejor [...].
Es el único que no temería ¡a un regimiento de británica infantería!
Brindamos por ti, Fuzzy-Wuzzy, allá en el Sudán tu hogar.
Eres un pobre pagano atrasado, pero un soldado magnífico.
Y brindamos por ti, Fuzzy-Wuzzy, con tu melena como un pajar.
Por ti, negro saltarín canalla, ¡porque rompiste un cuadro británico!

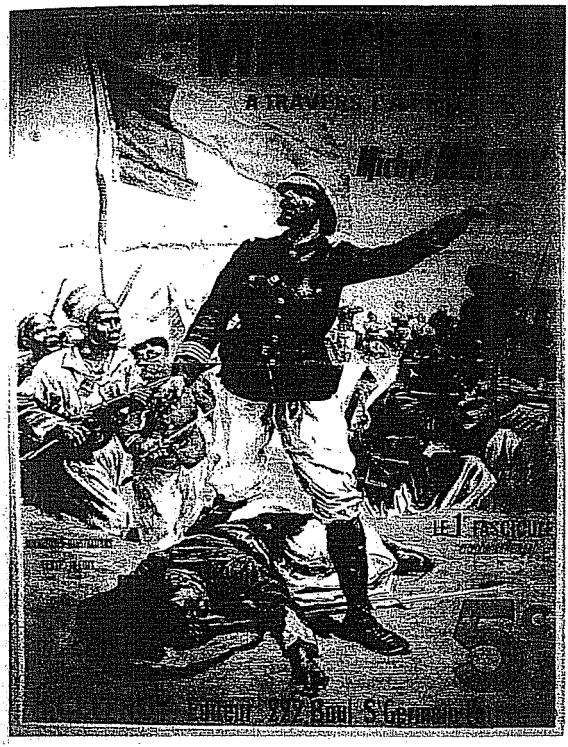
La toma de Jartum consolidó al Estado mahdista, que estableció su capital en Omdurman. El Mahdi murió poco después y su sucesor, el califa Abdullah el Taashi, expandió el nuevo estado teocrático hacia el este, derrotando a los etíopes, y hacia el oeste, conquistando la región de Darfur. Al sur chocaron con el Estado Libre del Congo, en pleno proceso de expansión. Fue entonces cuando la necesidad de controlar el conjunto del Nilo y el temor a que otra potencia europea llegara a tierras sudanesas —los italianos desde Eritrea o los franceses desde el Congo— impulsó a Gran Bretaña a reconquistar Sudán. Un ejército anglo-egipcio al mando del general Kitchener derrotó al sucesor del Mahdi en la batalla de Omdurmán (1898). *The Four Feathers* (Zoltan Korda, 1939), otro clásico del cine histórico y adaptación de la novela de A. E. W. Mason, narró las épicas aventuras de un oficial británico en la guerra del Sudán, ofreciendo nuevamente una visión colonialista que ensalzaba el valor de los británicos.

Gran Bretaña reconquistó el Sudán en el momento oportuno. Francia tenía el propósito de unir su imperio colonial de oeste a este, entre su África Occidental y la

Somalia francesa. Este objetivo chocaba frontalmente con los intereses de los círculos colonialistas británicos que, bajo el impulso de Cecil Rhodes, propugnaban un eje británico norte-sur, que uniera Egipto con la Colonia del Cabo. Para lograr sus intenciones, ambas potencias necesitaban, conforme a los acuerdos de la Conferencia de Berlín, ocupar efectivamente el territorio que ambicionaban. La primera en llegar fue la expedición francesa al mando de Jean-Baptiste Marchand. Había partido del Congo Francés, de la lejana localidad de Brazaville y, tras más de un año de viaje, había llegado a Fachoda en julio de 1898. Allí quedó a la espera de órdenes. Poco después, llegaban los británicos. Eran las tropas de Kitchener que, tras derrotar a los sudaneses, avanzaban a marchas forzadas al encuentro de los franceses. Ninguna de las dos expediciones se retiró. La tensión aumentó, agitada por el nacionalismo de sus respectivas opiniones públicas. Los británicos exigieron la retirada francesa. Francia no se atrevió a dar el paso de entrar en guerra y cedió. Los franceses arriaron la bandera y, al año siguiente, se firmó una convención franco-británica que estableció los límites entre las posesiones francesas y el Sudán anglo-egipeio. La crisis quedó resuelta en favor no de quien había llegado antes, sino de quien poseía una flota más poderosa para vencer en un hipotético enfrentamiento armado.

Egipto y el Sudán fueron dirigidas por un cónsul general británico, si bien, dado que el Imperio otomano era un aliado de Gran Bretaña, el soberano nominal siguió siendo el jedive de Egipto. Solo ante el auge del nacionalismo egipcio y cuando los turcos participen junto a las potencias centrales en la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña decidirá establecer un protectorado sobre Egipto en 1914. Durante su mandato, los británicos llevaron a cabo una política de modernización en Egipto y en el norte del Sudán, aumentando las diferencias con el sur. El principal logro de estos

avances, que supusieron un elevado coste para las endeudadas arcas egipcias, fue la presa Baja de Asuán o presa antigua. Concluida en 1902, redujo las crecidas del Nilo y la carencia de agua en épocas de sequía, evitando la pérdida de cosechas y las subsiguientes hambrunas.



COMANDANTE MARCHAND. OFICIAL AL MANDO DE LA EXPEDICIÓN FRANCESA EN FACHODA (1898). FUENTE: MUSEE DE L'ARMEE. PARÍS.

La resolución de la crisis de Fachoda y el recelo ante el poderío del Imperio alemán explican la nueva dirección que tomaron las relaciones franco-británicas. Ambos países dejaron atrás un largo periodo de enfrentamientos e iniciaron un nuevo periodo de entendimiento. La sustitución del nombre de Fachoda por el actual de Kodok, en 1904, simbolizaba este

deseo de olvidar un pasado de rivalidades. Ese mismo año se firmó la Entente Cordiale, acuerdo franco-británico que no se circunscribió únicamente al reparto de África, sino que se extendió al conjunto de la política mundial. A la Entente Cordiale se sumó el Imperio ruso. Los tres estados tenían un enemigo común: el Imperio alemán, unido al Imperio austro-húngaro y a Italia en la Triple Alianza (1882). Quedaban así formados los dos bloques que se enfrentarán en la Primera Guerra Mundial.

El nuevo clima de entendimiento franco-británico se concretó en la resolución pacífica de los litigios que ambas potencias tenían en el continente africano. Por lo que al norte de África se refiere, los franceses se resignaron a la presencia británica en Egipto y a su condominio sobre el Sudán, mientras que los británicos no se opusieron al establecimiento de un protectorado francés sobre Marruecos, si bien concediendo la franja norte del país a una potencia de segundo orden como era España.

Libia, donde mantenía su presencia un debilitado Imperio otomano, quedó en manos de Italia. Su rivalidad con Francia se había resuelto por el acuerdo franco-italiano de 1902, que aseguró la influencia italiana sobre Tripolitania y Cirenaica. A cambio, Italia reconoció el control de Francia sobre Marruecos. Ambos países acordaron también un pacto de no agresión, quebrando así el aislamiento al que Francia había quedado sometida desde la constitución de la Triple Alianza. Pocos años más tarde, en 1911, Italia invadía la provincia otomana de Trípoli y, un año más tarde, la de Cirenaica, además de ocupar la isla de Rodas y el archipiélago del Dodecaneso, frente a las mismas costas de Anatolia. Este conflicto fue un campo de pruebas para la Gran Guerra, en especial en el caso de la aviación, utilizada para el reconocimiento y el bombardeo.

La victoria italiana dio paso a la creación de la colonia de Libia, compuesta por las dos citadas provincias de Tripolitania

y Cirenaica, más la interior de Fezzan. El nombre de Libia provenía de tiempos de Diocleciano, decisión que simbolizaba el deseo italiano de restaurar el pasado glorioso del Mare Nostrum. El mayor problema de los italianos no fue el ejército turco, sino las tribus beduinas del interior, cuya resistencia coincidió con el inicio de la Primera Guerra Mundial. Italia redujo su presencia militar y concentró sus efectivos en la costa. Tras la Gran Guerra, la diplomacia italiana buscó una solución pacífica con las tribus del interior, pero tras la subida al poder de Mussolini, en 1922, Italia inició la "pacificación" de Libia. La reconquista italiana de su colonia fue costosa y lenta. Las tribus beduinas, pertenecientes a la orden de la Sanúsiyya —movimiento religioso que, frente a la ocupación italiana, adquirió un carácter nacionalista y militar—, ofrecieron una heroica resistencia. La guerra no se dio por terminada hasta 1931, cuando el líder libio, Omar Mukhtar, fue capturado, juzgado y ejecutado públicamente. En el largometraje *Lion of the Desert* (Moustafa Akkad, 1980), el gobernador fascista de Libia, Rodolfo Graziani —Oliver Reed en la película—, se enfrentaba al líder beduino. Interpretado por Anthony Quinn, Mukhtar era el héroe frente a un invasor que reunía la doble condición de colonialista y fascista. El filme contó con una generosa financiación del Gobierno libio de Muammar el Gadafi y fue bien recibido en los países musulmanes. Por el contrario, fue prohibido en Italia por el mal lugar en que dejaba a su ejército.

El coste humano de esta guerra fue muy elevado. Se calcula que murió cerca del 25 por ciento de los habitantes de Cirenaiea, por entonces, unas 225.000 personas. El ejército italiano usó armas químicas, bombardeó a la población, cometió ejecuciones sumarias y trasladó a 100.000 civiles a campos de internamiento —cerca de la mitad fallecieron durante su traslado o en los campos—. Estas

represalias favorecieron el establecimiento de colonos que, hacia 1940, ya eran ya unos 120.000, cerca del 15% de la población de Libia.

Solo Marruecos permanecía independiente del dominio europeo, y así se mantuvo hasta 1912, no gracias a la capacidad del sultán para zafarse del control europeo, sino a causa de las discusiones entre las potencias coloniales. Estas pugnas provocaron algunas de las crisis más graves que anteceden a la Primera Guerra Mundial. Francia tenía puestos sus ojos en Marruecos, pero sus ambiciones despertaban las inquietudes de Gran Bretaña y, sobre todo, de Alemania. Además, una potencia de segundo orden como España tenía esperanzas de recibir parte del territorio. En estas circunstancias surgió la primera crisis marroquí, cuyo detonante fue la visita, en marzo de 1905, del káiser Guillermo a Tánger. Allí defendió la independencia marroquí frente a la injerencia exterior. El clima de tensión obligó a celebrar la Conferencia Internacional de Algeciras (1906). El nuevo clima de entendimiento entre británicos y franceses favoreció las posiciones de estos últimos y, aunque se afirmó la libertad de comercio, el país se repartió en dos zonas de influencia para Francia y España, decisión que se confirmó en el Tratado de Fez (1912). El sultán permaneció al frente del país, pero convertido en un poder nominal. Francia obtuvo su protectorado sobre Marruecos, salvo una zona al norte que quedó en manos de España. La ocupación de Gibraltar permitía a los británicos controlar el estrecho y no estaban dispuestos a permitir que potencias de primer orden como Alemania o Francia dominaran su costa sur. Otra cosa bien diferente era si esta quedaba bajo control español. Alemania reaccionó ante el reparto de Marruecos con el envío de un barco de guerra al puerto de Agadir, provocando la segunda crisis marroquí (1911). Su objetivo era presionar para obtener también ganancias territoriales en Marruecos. Pero la firme posición de Francia, con el apoyo de Gran

Bretaña, le hizo desistir y aceptar el protectorado francés sobre Marruecos a cambio de la cesión de territorios en el Congo Francés.

España sumaba un nuevo territorio a su exiguo imperio colonial africano, pero su presencia en Marruecos se convertirá en un quebradero de cabeza por la resistencia de su población. Durante la guerra del Rif (1911-1927), el desastre de Annual (1921) desestabilizó gravemente a la política española y permitió al líder rifeño Abd el Krim proclamar la República del Rif (1921-1926). Constituyó un Gobierno y un Parlamento siguiendo el modelo europeo, y formó su propia administración educativa, sanitaria, económica y de justicia. La República del Rif rechazaba el protectorado como una medida impuesta por las potencias extranjeras y se legitimó como Estado, solicitando su entrada en la Sociedad de Naciones:

Nosotros, representantes debidamente acreditados del verdadero gobierno del Rif, les informamos de que hemos constituido un poder representativo debidamente elegido, compuesto de diputados de cuarenta y una tribus del Rif y Gomara. Entre los puntos más importantes acordados tenemos una asamblea representativa debidamente elegida que gobierna nuestro país en conformidad total con los objetivos de la Sociedad de Naciones; segundo, estamos dispuestos a garantizar los derechos de todas naciones en todos los ámbitos relacionados con el comercio, y no establecemos en ningún caso derechos más gravosos que los fijados en otras regiones de Marruecos; otro punto, estamos dispuestos a dar pruebas y garantías que demuestren que somos capaces de gobernar el país en interés de la paz y del comercio internacional (Carta dirigida por Abd el Krim a los embajadores de algunas potencias en Tánger y a la Sociedad de Naciones. 22 de septiembre de 1922. Madariaga, 2009).

Finalmente, la resistencia rifeña fue sometida tras el desembarco en Alhucemas (1925) del ejército español, con

apoyo francés —Francia había sido derrotada ese mismo año en Uarga y la guerra se había extendido a su protectorado—, y la acción conjunta de ambas fuerzas armadas en los meses siguientes. En estas acciones militares se denunció el uso de armas químicas no solo contra las fuerzas enemigas, sino también contra la población civil.

En su labor de conquista, los franceses también utilizaron las diferencias entre bereberes y árabes. Construyeron el mito de la superioridad racial de los bereberes autóctonos frente a los árabes invasores. Gobineau había afirmado, en *Des races dites berbères et de leur ethnologie* (1870), que los bereberes tenían un origen ario frente a la procedencia semita de los árabes. Estas ideas, difundidas por la Société d'anthropologie de París, fueron instrumentalizadas por la administración colonial francesa, privilegiando a los primeros sobre los segundos. Se trataba de aplicar la máxima latina *divide et impera*.

UNA CARRERA ENTRE FRANCESES Y BRITÁNICOS

Franceses y británicos compitieron en África Occidental por hacerse con el mayor número posible de territorios. Desde sus enclaves costeros, avanzaron hacia el interior estableciendo colonias de explotación. Desde las plantaciones, los barcos de vapor y los ferrocarriles transportaban la producción hasta los puertos. De allí marchaba a los mercados europeos. Francia logró la mayor parte de los territorios y creó el África Occidental Francesa, un inmenso territorio que ocupaba Mauritania, Senegal, Sudán francés —Malí—, Guinea francesa —Guinea—, Costa de Marfil, Níger, Alto Volta —Burkina Faso— y Dahomey —Benín—.

La ocupación de estos territorios se realizó a través de la cuenca del río Senegal y del Alto Níger. A diferencia de los

británicos, más dispuestos a entablar conversaciones con los jefes africanos, los franceses recurrieron a la conquista militar. Los tiradores senegaleses fueron su fuerza de choque. La principal resistencia a la ocupación francesa procedió del imperio Wassoulou (1878-1898), efímero Estado fundado por Samory Touré y situado entre las fuentes del río Níger y las cuencas altas del río Volta y sus afluentes. Este Estado se encontraba en proceso de expansión cuando tuvo que hacer frente a la penetración francesa. Logró varias victorias sobre las tropas coloniales, pero la superioridad del ejército francés se impuso. La resistencia del líder africano terminó con su captura y deportación a Gabón.

Tras vencer esta resistencia, y mientras que una segunda línea de avance procedente de Argelia ocupaba los oasis de Tuat y Tamanraset, la penetración francesa continuó por la cuenca del río Níger hacia el interior del continente. Allí se enfrentó a Rabih az-Zubayr, un mercenario instalado en Bornu. Este dirigía un estado esclavista que mantenía rutas comerciales con la Tripolitania y la Cirenaica. Derrotado y muerto Rabih en la batalla de Kousséri (22 abril de 1900), Francia ocupó el Chad. Allí sus fuerzas convergieron con una tercera línea de penetración procedente de Gabón.

La economía colonial se basó en la producción agrícola. Los colonizadores impusieron a los africanos aquellos cultivos que tenían mejor salida comercial —cacahuete, algodón, aceite de palma y cacao—, al tiempo que daban salida a las manufacturas metropolitanas en los mercados africanos. Este comercio generó unos beneficios que, junto a la tributación, hicieron rentables las colonias. Para su desarrollo se hizo necesaria la construcción de carreteras y ferrocarriles con el fin de conectar las regiones productoras con los puertos allí donde no era posible utilizar las vías fluviales. No fue una tarea fácil a causa del clima, el terreno, los costes económicos y un sinfín de dificultades.

Miles de trabajadores africanos, exhaustos por las largas jornadas laborales y las duras condiciones del trabajo, debilitados por una deficiente alimentación y víctimas de enfermedades tropicales, fallecieron durante la construcción de estas infraestructuras. El ferrocarril Congo-Océano, en el África Ecuatorial Francesa, fue uno de los trayectos que causó más víctimas. El río Congo, principal vía de penetración hacia el interior del continente, no era navegable entre Brazzaville y su desembocadura en el océano a causa de los rápidos y cataratas. Era necesario encontrar una solución para dar salida al marfil, caucho, madera y otros productos tropicales que hacían rentable la explotación del territorio. En 1921 los franceses iniciaron la construcción del ferrocarril Congo-Océano. Fue concluido en 1934 y conectó Brazaville con el puerto de Pointe-Noire. Para su construcción se emplearon cerca de 130.000 trabajadores, de los cuales fallecieron unos 20.000. A finales de 1928, el periodista francés Albert Londres publicaba, bajo el título genérico de "Quatre mois parmi nos Noirs d'Afrique", una serie de textos que se reunieron en *Terre d'ébène. La traite des Noirs* (Londres, 1929). Londres criticaba el racismo y el maltrato sufrido por la población africana, en especial durante la construcción del ferrocarril Congo-Océano. Sobre este mismo tema, escribió André Gide: "El ferrocarril Brazzaville-Océano es un atroz consumidor de vidas humanas. [...] La mortalidad ha superado las previsiones más pesimistas. ¿A cuántas nuevas muertes deberá la colonia su bienestar futuro?" (Gide, 1927).

La administración colonial francesa tuvo, inicialmente, un marcado carácter militar, hasta que, terminada la conquista, se estableció una administración civil. Las colonias francesas fueron organizados en dos grandes federaciones: el África Occidental y el África Ecuatorial. La primera de ellas había sido constituida a finales del siglo XIX, con capital

en Dakar. Sobre su modelo se constituyó, en 1910, el África Ecuatorial Francesa. Con capital en Brazzaville, era fruto de la federación de cuatro territorios: Gabón, Congo francés —República del Congo—, Oubangui-Chari —República Centroafricana— y Chad. Con la creación de estas extensas federaciones se quería compensar la pobreza de unas regiones con la riqueza de otras, creando así entidades autosuficientes y con unas mínimas infraestructuras. Esto no significó la integración de todo el territorio en el desarrollo colonial. Extensas regiones del interior, de escaso interés para el colonizador, quedaron marginadas.

Estas grandes federaciones estaban dirigidas desde París por el Ministerio de las Colonias. Ya en África, existía una Administración centralizada. Al frente de cada federación estaba el gobernador general, apoyado por un consejo de gobierno y una burocracia colonial que dirigía la defensa, la educación, la sanidad y la economía. Esta fue una de las principales características que distinguieron el sistema colonial francés del británico: la mayor implicación del Estado en la organización colonial francesa, aunque los franceses también acudieron a los poderes políticos y religiosos preexistentes para controlar sus colonias. En ambos casos, francés y británico, se establecieron dos sociedades paralelas, la europea y africana. Es cierto que se dio cabida a la asimilación y que los africanos podían alcanzar un estatus similar al de los europeos, siempre y cuando se adaptaran completamente a sus normas y estilo de vida, pero, frente a una inmensa mayoría, fueron casos minoritarios y propios de las regiones costeras, que llevaban más tiempo bajo dominio europeo.

El avance francés venció la resistencia de los estados africanos que encontró a su paso, pero se vio frenado por la presencia británica en diversas partes del África Occidental. Gran Bretaña tenía a sus colonias aisladas geográficamente y

no logró una expansión tan amplia como la francesa, pero sus territorios contaban con una población y riqueza superiores, además de disfrutar de un mejor acceso a la costa y de disponer de más cursos fluviales navegables.

Desde sus posesiones costeras, los británicos avanzaron hacia el interior, estableciendo colonias en Gambia —que Gran Bretaña logró mantener pese a estar complemente rodeada por el Senegal francés—, Sierra Leona, Costa de Oro y Nigeria. Esta última fue su principal colonia y la ocuparon penetrando hacia el interior desde Lagos y la región de los Oil Rivers. En su avance, los británicos intentaron llegar a acuerdos con los poderes africanos, pero estos no siempre estuvieron dispuestos a doblegarse sin resistencia. En Costa de Oro, tuvieron que hacer frente al poderoso Imperio asante, que fue derrotado tras sucesivas campañas militares desarrolladas a lo largo de todo el siglo XIX.

En estos territorios, y al igual que en sus vecinas colonias francesas, el sistema económico impuesto por los británicos se basó en la producción de similares cultivos comerciales, así como en la explotación maderera y minera, especialmente el oro en Costa de Oro. La rentabilidad de estos negocios, el pago de tributos y los ingresos por tasas aduaneras permitieron sufragar los gastos de la administración colonial y de la construcción de infraestructuras. En 1901, el primer ferrocarril conectaba, en la actual Ghana, la zona minera de Tarkwa con el puerto de Sekondi, ciudad que creció gracias a la exportación de los recursos minerales y madereros que llegaban por ferrocarril.

En un principio, la colonización de estos ricos territorios la realizaron compañías como la Royal Niger Company, que recibió de la Corona una serie de derechos y obligaciones para actuar en gran parte de Nigeria. A cambio de mantener el orden y de administrar la justicia, la compañía controló el comercio en las tierras concedidas. Y fue así hasta

que Nigeria se convirtió en un protectorado británico en los primeros años del siglo XX. La idea de complementar territorios económicamente deficitarios con otros más rentables, la oportunidad de rentabilizar la administración colonial y la necesidad de poner en común sus vías de comunicación explican que diferentes territorios se unificaran en el protectorado de Nigeria.

En 1900 se constituyó un protectorado británico en el norte y, cinco años más tarde, se establecía el protectorado de Nigeria Meridional, fruto de la unión de Lagos y los Oil Rivers. Poco antes de la Primera Guerra Mundial, ambos protectorados se unieron bajo la dirección de Frederick Lugard, gobernador de Nigeria (1912-1929), quien, en *The Dual Mandate in British Tropical Africa* (1922), expuso el *indirect rule*. Era un sistema de gobierno indirecto que delegaba gran parte de la administración en las instituciones africanas. Este modelo defendía el colonialismo siempre que llevara al autogobierno a los pueblos colonizados e introdujera sus economías en el mercado mundial. De esta forma, Gran Bretaña justificaba la explotación colonial, al tiempo que reducía sus gastos de administración colonial, encomendando gran parte de las funciones a las jefaturas locales o a otras nuevas si los líderes africanos se habían resistido a la conquista. Los jefes africanos continuaron ejerciendo su autoridad, manteniendo el orden, aplicando la justicia, desarrollando la economía y cobrando los impuestos. Por encima de ellos, la autoridad británica estuvo representada por el gobernador general y una exigua administración. En Nigeria, este sistema se aplicó especialmente en las regiones del norte. Allí, los británicos dejaron gobernar a los emires fula, dirigentes musulmanes que con anterioridad habían regido los destinos de estos territorios.

Una tercera potencia con presencia en África Occidental fue Alemania, que estableció dos colonias —Togolandia y

Camerún—, que, junto a Neukamerun —territorio del Congo Francés cedido a Alemania durante la segunda crisis marroquí—, constituyeron el África Occidental Alemana. Eran dos territorios aislados entre sí y separados del resto de las colonias alemanas, disgregación que alimentó el sueño de los grupos de presión colonialistas de crear *Mittelafrika*, un gran imperio colonial germano que uniría las costas del océano Atlántico y las del Índico. Se trataba de conectar Camerún con el África Oriental Alemana, pero también con el África del Sudoeste. Para ello era preciso ocupar el Estado Libre del Congo, el Congo Francés, los territorios británicos de Nyasalandia y las dos Rhodesias, y las colonias portuguesas de Angola y Mozambique. La lista de colonias a ocupar se hacía más larga aún si se quería llegar hasta Togolandia, pues entonces era preciso invadir la Nigeria británica y el Dahomey francés. Era un proyecto muy ambicioso que Alemania solo podía lograr venciendo en un gran enfrentamiento a sus competidores. Pero sucederá todo lo contrario. La derrota alemana en la Primera Guerra Mundial significó la pérdida de todo su imperio colonial que, en esta parte del continente africano, se repartió entre franceses y británicos en forma de mandatos de la Sociedad de Naciones.

Por su parte, España y Portugal tuvieron una escasa presencia en esta parte de África. Los españoles poseían Río de Oro —Sahara Occidental—, las islas de Fernando Poo y Annobón y Río Muni, mientras que los portugueses seguían asentados en Guinea y las islas de Cabo Verde, Puerto Príncipe y Santo Tomé. Apenas avanzaron más allá de sus zonas costeras y resolvieron por medios pacíficos los litigios que surgieron con sus poderosos vecinos. Cuando, en 1860, los británicos reclamaron la isla de Bolama, en la Guinea Portuguesa, como parte de la Sierra Leona británica, se convocó una comisión de arbitraje que, presidida por el

presidente de los Estados Unidos, Ulises S. Grant, concedió la isla en litigio a los portugueses en 1870.

El único territorio del África Occidental que se mantuvo independiente fue Liberia, que hizo frente a las apetencias de británicos y franceses. Los descendientes de los libertos monopolizaron el poder hasta bien avanzado el siglo XX, marginando a la población autóctona. Las diferencias entre ambas comunidades eran grandes, pues los nuevos dominadores contaban con las herramientas básicas traídas de los Estados Unidos —idioma inglés, religión protestante, costumbres y modo de vida—. Su procedencia quedó de manifiesto en su sistema de gobierno, que tomó como modelo el estadounidense; en la semejanza de su bandera con la de los Estados Unidos, y en el nombre de su capital, Monrovia, en recuerdo del presidente estadounidense James Monroe, quien había contribuido a la liberación de los esclavos.

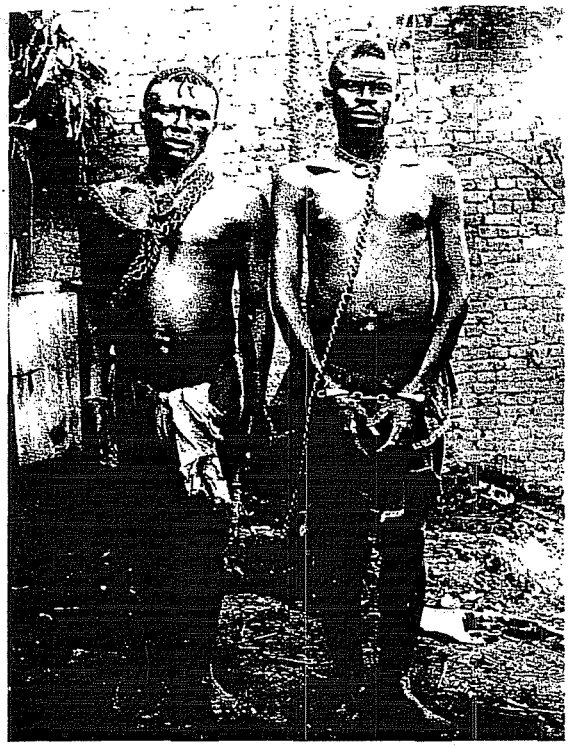
EL SAQUEO DEL CONGO

En el centro del continente se llevó a cabo uno de los principales expolios cometidos durante la colonización. Una parte de la explotación del inmenso territorio del Estado Libre del Congo quedó en manos del propio Leopoldo II y otra fue a parar a manos de compañías concesionarias que le entregaban parte de sus beneficios. Estas compañías recibieron miles de kilómetros cuadrados que explotaron en régimen de monopolio a cambio de invertir en la construcción de infraestructuras. Fue el caso de la Compagnie du Congo pour le Commerce et l'Industrie, que durante los años noventa emprendió la construcción del ferrocarril entre Leopoldville y Matadi, ya cerca de la desembocadura del Congo. Esta red ferroviaria evitaba los rápidos del bajo Congo, trayecto durante el cual el río no era navegable y era preciso

transportar las mercancías por tierra. Nuevos contratos permitieron la construcción de vías férreas en el interior del Estado Libre con el objetivo de asegurar la explotación colonial.

Al comercio del marfil se sumó el del caucho que, a partir de 1895, experimentó una gran demanda por el desarrollo de la industria automovilística. En el mercado internacional, el caucho adquirió unos precios desorbitados y los colonizadores del Congo se lanzaron a su obtención, sin importarles el coste humano. En los bosques de la cuenca del Congo abundaba el caucho silvestre y el Estado Libre del Congo se convirtió en su principal exportador. Este negocio produjo grandes beneficios a Leopoldo y a las compañías que explotaban el Congo: "No tuve ninguna dificultad en hallar las oficinas de la compañía. Era la más importante de la ciudad, y todo el mundo tenía algo que ver con ella. Iban a crear un imperio en ultramar y, gracias al comercio, hacer dinero a espuertas" (Conrad, 1902).

En la cuenca del Congo, la explotación adquirió un carácter brutal. Lo que se había planteado en las cancillerías europeas, como la creación de un Estado con fines filantrópicos, se convirtió en una verdadera pesadilla para sus habitantes. Los agentes de las compañías concesionarias obligaron a los habitantes del Congo a trabajar en unas condiciones inhumanas. *De iure*, se había prohibido la esclavitud, pero, *de facto*, la población africana se vio sometida al trabajo forzado y sin más retribución que una deficiente alimentación y baratijas europeas, entregadas a los africanos a unos precios muy superiores a los reales: "Hileras de negros sucios con los pies aplastados llegaban y volvían a marcharse; un flujo constante de productos manufacturados, prensa de pésima calidad, abalorios y alambres de cobre era enviado a lo más profundo de las tinieblas, y a cambio de eso la selva devolvía preciosos cargamentos de marfil" (Conrad, 1902).



HOMBRES ENCADENADOS EN CASTIGO POR NO PAGAR LOS IMPUESTOS. CONGO, C. 1904. FUENTE: PHOTO BY ALICE SEELEY HARRIS. COPYRIGHT ANTI-SLAVERY INTERNATIONAL AND AUTOGRAPH ABP (HTTP://AUTOGRAPH-ABP.CO.UK/EXHIBITIONS/CONGO-DIALOGUES).

El trabajo se realizó en pésimas condiciones y en horarios agotadores, que causaban la extenuación de los trabajadores:

Unas figuras negras gemían, inclinadas, tendidas o sentadas bajo los árboles, apoyadas sobre los troncos, pegadas a la tierra, parcialmente visibles, parcialmente ocultas por la luz mortecina, en todas las actitudes de dolor, abandono y desesperación que es posible imaginar. Explotó otro barreno en la roca, y a continuación sentí un ligero temblor de tierra bajo los pies. El trabajo continuaba. ¡El trabajo!

Morían lentamente... eso estaba claro. No eran enemigos, no eran criminales, no eran nada terrenal, solo sombras negras de

enfermedad y agotamiento, que yacían confusamente en aquella frondosa penumbra. Traídos de todos los lugares del interior, al amparo de legalidades contractuales, perdidos en aquel ambiente extraño, alimentados con una comida que no les resultaba familiar, enfermaban, se volvían inútiles, y entonces obtenían permiso para arrastrarse y descansar allí (Conrad, 1902).

Para reclutar la mano de obra se impuso un régimen de terror. Con el fin de asegurar que los hombres acudieran a trabajar, sus familias eran retenidas como rehenes y, en el caso de fugas, se sometía a las mujeres e hijos de los fugitivos a duros castigos físicos, cuando no eran asesinados. Las aldeas que se negaban a someterse sufrían las represalias de las tropas coloniales:

En una ocasión, me acuerdo muy bien, nos acercamos a un barco de guerra anclado en la costa. No había siquiera una cabaña, y sin embargo disparaba contra los matorrales. Según parece los franceses libraban allí una de sus guerras. [...] En la vacía inmensidad de la tierra, el cielo y el agua, aquella nave disparaba contra el continente. ¡Paf!, haría uno de sus pequeños cañones de seis pulgadas; aparecería una pequeña llama y se extinguiría; se esfumaría una ligera humareda blanca; un pequeño proyectil silbaría débilmente y nada habría ocurrido. Nada podría ocurrir. Había un aire de locura en aquella actividad; su contemplación producía una impresión de broma lúgubre. Y esa impresión no desapareció cuando alguien de a bordo me aseguró con toda seriedad que allí había un campamento de aborígenes (Conrad, 1902).

Los agentes de las compañías concesionarias cobraban incentivos si aumentaban el rendimiento, circunstancia que incrementó la presión. Los castigos iban desde los azotes hasta las torturas y mutilaciones. En ocasiones, si no se cubrían los objetivos de producción, los trabajadores eran

LA FORCE PUBLIQUE DEL ESTADO DEL CONGO (SIN FECHA).

asesinados y, para demostrar el cumplimiento de las órdenes, se les decapitaba o amputaba una mano. Para aplicar este régimen de terror se creó la Force Publique, formada por mercenarios de todo el mundo. Apenas llegaban a los 20.000 hombres, pero bien armados constituyeron el ejército privado de Leopoldo II, que le permitió controlar el territorio y sofocar las rebeliones de su atribulada población. Estas fuerzas armadas estaban dirigidas por oficiales europeos, mientras que las tropas se reclutaban, muchas veces también forzadas o con engaños, de entre otras poblaciones africanas:

Navegábamos a lo largo de la costa, nos deteníamos, desembarcábamos soldados, continuábamos, desembarcábamos empleados de aduana para recaudar impuestos en algo que parecía un páramo olvidado por Dios, con una casucha de lámina y un asta podrida sobre ella; desembarcábamos aún más soldados para cuidar de los empleados de aduana, supongo. Algunos, por lo que oí decir, se ahogaban en el rompiente, pero, fuera o no cierto, nadie parecía preocuparse demasiado. Eran arrojados a su destino y nosotros continuábamos nuestra marcha (Conrad, 1902).

PADRE OBSERVANDO LOS MIEMBROS AMPUTADOS DE SU HIJA. CONGO (1904).
FUENTE: THE HARRIS LANTERN SLIDE SHOW © ANTI-SLAVERY INTERNATIONAL. AUTOGRAPH ABP (HTTP://WWW.VICE.COM/EN_AU/READ/COLONIALISM-ON-CAMERA).

Las consecuencias fueron terribles. Amplias zonas del territorio quedaron vacías, bien por el reclutamiento forzado y represión de su población, bien por la huida de esta, que tenía pánico a la reacción del hombre blanco. El trabajo forzado, la violencia directa, las hambrunas y las enfermedades provocaron una cifra de víctimas difícil de calcular que, según las diferentes fuentes, se sitúa entre los 5 y los 15 millones de muertos. La diferencia entre ambas cifras es grande, pero, sea cual fuera la correcta, el dato es dantesco.

Se ofreció a la opinión pública una imagen que nada tenía que ver con la realidad de lo que estaba sucediendo en el corazón de África. Se afirmaba que el proyecto colonizador de la cuenca del río Congo tenía un carácter altruista, que iba a traer a los africanos las excelencias de la civilización y a poner fin al tráfico de esclavos: "Una enorme cantidad de esas tonterías corría en los periódicos y en las conversaciones de aquella época, y la excelente mujer se había visto

arrastrada por la corriente. Hablaba de 'liberar a millones de ignorantes de su horrible destino', hasta que, palabra, me hizo sentir verdaderamente incómodo. Traté de insinuar que lo que a la compañía le interesaba era su propio beneficio" (Conrad, 1902).

Pronto se vio que el pretendido altruismo era una falaz fachada que escondía una atroz realidad. El historiador, político y pastor protestante estadounidense George W. Williams denunció las atrocidades cometidas en el Congo. De raza negra, Williams, autor de *The History of the Negro Race in America 1619-1880* (1882), visitó el Congo en 1890. Fue autor de una carta a Leopoldo II que está considerada por muchos historiadores del derecho como la primera denuncia de crímenes contra la humanidad. En ella, Williams criticaba los abusos contra la población africana y solicitaba una comisión de investigación. Recogió información sobre los engaños y la entrega de ginebra a los jefes nativos para animarles a firmar tratados por los que cedían su soberanía. Afirmaba que en todo el territorio había únicamente tres cobertizos, en pésimas condiciones, para atender a los africanos que trabajaban para el gobierno colonial. Aunque en menor medida, la población blanca también padecía una escasa asistencia sanitaria. Los cirujanos no contaban ni con los establecimientos ni con los medios para actuar en unas condiciones mínimamente dignas. No se había realizado ningún esfuerzo educativo ni se había hecho nada por el desarrollo industrial del territorio. Además, los oficiales al mando eran, en muchas ocasiones, del propio ejército belga, lo que, además de considerarlo ilegal y contrario a la legislación belga, tenía graves efectos prácticos por su desconocimiento del territorio y de sus gentes. Pero lo peor de todo eran las atrocidades a las que se sometía a la población: "El Gobierno de Vuestra Majestad les ha embargado la tierra, quemado los poblados, robado sus propiedades, esclavizado

a sus mujeres y niños, y cometido otros crímenes, demasiado numerosos para mencionarlos en detalle. Es natural que en todas partes retrocedan horrorizados ante el 'amparo y la acogida' que el Gobierno de Vuestra Majestad les brinda con tanta avidez" (Williams, 1890).

Aunque Williams falleció en el viaje de regreso y su denuncia no fructificó, cada vez surgían más voces críticas como las de Henry G. Guinness, misionero protestante que había fundado la Congo-Balolo Mission (1889) para ayudar a la población africana; y las de William H. Sheppard, afroamericano como George W. Williams y misionero presbiteriano en el Congo (Sheppard, 1917). Pero Leopoldo seguía afirmando las bondades de su régimen en África y deslegitimando a todo aquel que lo criticaba.

El escándalo estalló definitivamente cuando el periodista británico Edmund D. Morel difundió con éxito al resto del mundo lo que estaba sucediendo en el Congo. Empleado de una compañía naviera inglesa que tenía contratado el transporte marítimo entre el Congo y Bélgica, Morel fue enviado, en 1898, a Amberes. Su trabajo consistía en comprobar el contenido de las cargas y descargas de los barcos que, procedentes del Congo, arribaban a puerto. Comprobó que, del Congo, procedían cargamentos de caucho y de marfil, de gran valor. En cambio, los barcos que partían hacia el Congo solo portaban armamento y munición. El negocio estaba claro y también quienes ganaban una fortuna con él. El Congo estaba siendo saqueado y, a juzgar por la carga de los barcos que marchaban a tierras africanas, de forma violenta. Morel tomó buena nota de estos cargamentos y contactó con quienes, desde el propio Congo, le podían proporcionar información fidedigna de lo que allí acontecía. Pudo así emprender una documentada campaña de denuncia. Impartió numerosas conferencias, fundó *The West African Mail* (1903-1907) y escribió *King Leopold's Rule in Africa*

(1904) y *Red Rubber. The Story of the Rubber Slave Trade Flourishing on the Congo* (1906). Morel fue también autor de una de las más conocidas respuestas al poema de Kipling *The White Man's Burden* (1899), *The Black Man's Burden* (1920), donde condenó el colonialismo y la esclavitud. La prensa europea se hizo eco de sus denuncias y la opinión pública, en especial la británica y la francesa, exigió a sus gobiernos que se conociera toda la verdad sobre lo que estaba pasando en el Congo.

Fundamentales fueron también las aportaciones de Roger Casement y de Joseph Conrad. En 1903, el Gobierno británico encomendó a Casement, cónsul británico en el Estado Libre del Congo, la tarea de informar sobre lo que allí sucedía. Casement redactó un detallado informe sobre el tratamiento inhumano al que se sometía a la población congoleña. El Gobierno británico protestó oficialmente por la comisión de estos crímenes y, en 1904, se fundaba la Congo Reform Association para difundir la información procedente del Congo y presionar sobre los gobiernos. El testimonio de Casement es hoy más conocido por la novela de Mario Vargas Llosa *El sueño del celta* (2010) y el conjunto de las atrocidades cometidas en el Congo gracias al éxito de ventas del relato de Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa* (1998).

Otro testigo directo de lo que acontecía en el Congo fue Joseph Conrad. Oficial de la marina mercante británica, Conrad llegó al Congo en 1890. El horror del que fue testigo lo recogió en *Heart of Darkness* a través del testimonio del marinero Charlie Marlow, quien narra su recorrido por el río en busca de Kurtz, un agente comercial que dirige una explotación de marfil.

El escándalo era ya imparable. En Estados Unidos, el novelista Mark Twain escribió *King Leopold's Soliloquy* (1905), donde exigió que Leopoldo II fuera sometido a la justicia

internacional por los crímenes cometidos en el Congo. Otro célebre escritor, Arthur Conan Doyle, creador del personaje de Sherlock Holmes, redactó una nueva denuncia, *The Crime of the Congo* (1909); y el poeta estadounidense Vachel Lindsay escribió el poema "The Congo" (1914): "Escucha el aullido del fantasma del Rey Leopoldo,/ardiendo en el Infierno por sus legiones de mancos".

Finalmente, en 1908, el Parlamento belga tomó el control del territorio. El rey de los belgas recibió una sustanciosa indemnización por una colonia que ya no era tan lucrativa, en cuanto que los precios del caucho en los mercados internacionales se habían reducido por la aparición de nuevos productores. Bélgica asumió la administración de tan extenso territorio con el nombre de Congo Belga, al que se sumaron Ruanda y Urundi cuando, tras la Primera Guerra Mundial, la Sociedad de Naciones otorgó a Bélgica un mandato sobre ambos territorios, anteriormente colonias alemanas.

Pero esta cruel explotación no se limitó al Estado Libre del Congo, sino que se practicó también en las vecinas colonias francesas. En ellas, Francia también recurrió a compañías concesionarias que disfrutaron del monopolio para obtener marfil, caucho y madera. A cambio, estas compañías pagaron al Gobierno francés una parte menor de sus ingresos, beneficios destinados a sufragar los gastos de ocupación.

La opinión pública francesa confiaba en el discurso de su Gobierno sobre la misión civilizadora de la colonización, muy alejado de la realidad de unos territorios administrados férreamente. Las dudas surgieron al difundirse por toda Europa el trato inhumano recibido por la población africana en el vecino Estado Libre del Congo y, sobre todo, por la repercusión del *affaire Gaud-Toqué* en Oubangui-Chari. En el verano de 1903, dos administradores coloniales, George Toqué y Fernand Gaud, habían ejecutado a un prisionero

llamado Patka de manera muy cruel: hicieron estallar un cartucho de dinamita en el recto de la víctima. Esta ejecución, justificada por sus autores por la necesidad de realizar un castigo ejemplar, terminó por conocerse en la metrópoli. El escándalo estalló en febrero de 1905, cuando la prensa se hizo eco de la noticia. En agosto de ese mismo año se inició un proceso judicial contra Gaud y Toqué. Fueron condenados a cinco años de prisión, pero ya se había sembrado la duda sobre la actuación de la administración colonial francesa.

Francia envío una comisión de investigación bajo la dirección de Pierre Savorgnan de Brazza con el fin de conocer de primera mano la situación en las colonias centroafricanas francesas. Se quería demostrar que la conducta francesa era irreprochable. Esta comisión recorrió los territorios franceses y sus integrantes fueron testigos de que, también allí, la población africana sufría vejaciones y trabajos forzados, y las familias eran tomadas como rehenes para asegurar el trabajo de los hombres. Todo ello con el silencio cómplice de las autoridades coloniales. Uno de los crímenes que la comisión documentó fue el secuestro, en las proximidades de Bangui, de un grupo de 58 mujeres y 10 niños con el objetivo de obligar a los hombres a recolectar caucho para la Compagnie des caoutchoucs y así pagar el impuesto al que estaban obligados. Retenidos como rehenes durante cinco semanas, sobrevivieron 13 mujeres y 8 niños. El resto falleció de hambre. El doctor Fulconis, miembro de la administración colonial, denunció estos hechos: "El estado en el que se encontraban estos individuos, secuestrados en un lugar insano, hace suponer que han muerto de inanición, después de haber sobrevivido un tiempo relativamente amplio por haber tomado, de vez en cuando, algún alimento. No me fue solicitado ningún informe de autopsia y se dice que los cadáveres fueron tirados al río" (Mission Pierre Savorgnan de Brazza, Commission Lanessan, 2014).

De regreso a la metrópoli, Brazza, enfermo de disentería, falleció en Dakar. Los testimonios que su misión había documentado fueron la base para la redacción de un informe del Ministerio de las Colonias, que se consideró mejor silenciar. No fue hasta 1965 cuando la historiadora francesa Catherine Coquery-Vidrovitch localizó, en los Archives Nationales d'Outre-Mer, una copia de este informe. Con prefacio de la propia Coquery-Vidrovitch, ha sido publicado recientemente y muestra la violencia que, a manos de los colonizadores, sufrió la población de las colonias francesas (Mission Pierre Savorgnan de Brazza, Commission Lanessan, 2014).

Tras la muerte de Brazza, Félicien Challaye, miembro de su comisión, siguió recorriendo las colonias. Este profesor de filosofía y periodista anticolonialista publicó, en 1906, en *Les Cahiers de la Quinzaine*, un dosier donde, bajo el título de "Le Congo français" —incluido en *Un livre noir du colonialisme. Souvenirs sur la colonisation* (1935)—, divulgaba las informaciones obtenidas durante sus viajes. Posteriormente, en *Voyage au Congo* (1927), obra a la que le seguirá *Le Retour du Tchad* (1928), André Gide relató su recorrido, en compañía del fotógrafo Marc Allegrat, por el río Congo entre julio de 1926 y mayo de 1927. En este viaje, Gide fue testigo de los malos tratos infligidos a los indígenas y de la asfixiante segregación racial que reinaba por todas partes. Las denuncias contra el colonialismo se sucedieron y, a comienzos de los años treinta, el controvertido novelista Louis-Ferdinand Céline publicaba *Voyage au bout de la nuit*, novela con tintes autobiográficos, donde su protagonista, Ferdinand Bardamu, dejaba atrás la crueldad de la Gran Guerra para marchar al África francesa. Ya en el continente, Céline narraba la explotación que padecían los africanos y los sinsabores de la administración colonial (Céline, 1932).

LOS POBLADORES EUROPEOS

En el Áfriea Oriental y Austral, desde Eritrea hasta Sudáfrica, con menor o mayor fortuna, italianos, británicos, alemanes, portugueses y bóeres se instalaron en las tierras de los africanos, creando sociedades paralelas que controlaron la vida política, económica y social, y que, llegado el momento, se resistieron a la descolonización.

Solo Etiopía se mantuvo independiente, después de derrotar un intento de invasión italiana. Italia había ocupado, en 1883, una parte de la costa de Eritrea, territorio que tenía como eje principal el puerto de Masawa y que se convirtió en colonia en 1890. Pero los italianos no se conformaban con la ocupación de Eritrea. Su objetivo era Etiopía. Francesco Crispi, jefe de gobierno e impulsor del colonialismo italiano, veía en la creación de un imperio colonial no solo un espacio donde ubicar a parte de la población emigrante y encontrar nuevas mercados y recursos, sino también un medio para dar cohesión al Reino de Italia. Concluida la unificación, se hacía preciso fortalecer la conciencia nacional. La política colonial desviaría la atención de una población acuciada por el desempleo y las tensiones sociales y proporcionaría un objetivo común a todos los habitantes de la península itálica.

La excusa para invadir tierras abisinias provino de la diferente redacción del Tratado de Wuchale (1889). El documento, que fijaba los límites entre Etiopía y la colonia italiana de Eritrea, estaba redactado en las dos lenguas de los países firmantes, pero los textos diferían. El italiano establecía que Menelik II tenía que tratar sus relaciones exteriores a través de las autoridades italianas. Por el contrario, la versión en amárico hacía referencia, tan solo, a la recomendación de consultarlas. La diferencia era importante, ya que, con base al texto italiano, Italia reclamó el protectorado

sobre Etiopía. La oposición etíope dio lugar a la primera guerra ítalo-etíope (1895-1896), que concluyó con la humillante derrota italiana en Adua (1896). Ese mismo año, el Tratado de Adís Abeba establecía los límites entre la colonia italiana de Eritrea y Etiopía. Frenada la expansión italiana, Menelik II se lanzó a la modernización del país. Cuarenta años más tarde vendrá la venganza italiana, cuando tras la segunda guerra ítalo-etíope (1935-1936), el régimen fascista, violando el derecho internacional, invada Etiopía. Frente a un ejército etíope mal armado y una Sociedad de Naciones poco decidida a sancionar con eficacia al régimen de Mussolini, Italia se anexionó Etiopía, que, junto a Eritrea y Somalia, constituyeron el Imperio italiano del África Oriental. Grandes eran las ambiciones del fascismo italiano, entre ellas, y a expensas del Sudán anglo-egipcio, conectar Libia y Etiopía para dar continuidad a su imperio colonial.

Italia fomentó la llegada de colonos para afianzar su dominio y rentabilizar su ocupación. Su presencia fue importante, sobre todo en Eritrea, donde la permanencia italiana fue mayor. Allí se construyeron infraestructuras, se desarrolló el comercio y la agricultura y surgió una incipiente industria. Al comenzar la Segunda Guerra Mundial, los colonos italianos suponían el 10 por ciento de su millón de habitantes. La presencia de colonos italianos fue menor en Somalia. Fueron unos 20.000 y se dedicaron, principalmente, a la agricultura. Y menor aún fue en Etiopía, donde apenas llegaron a 3.000 los colonos instalados en los escasos cinco años de ocupación italiana.

En Somalia, los italianos habían firmado diversos acuerdos con los sultanes y arrendado varios puertos, entre ellos el de Mogadiscio. Su presencia se limitaba a la costa y a las escasas zonas fértiles. Junto a los italianos, que ocuparon la mayor parte del territorio somalí, franceses y británicos se instalaron en las costas del golfo de Adén. La construcción

del Canal de Suez había dado una importancia estratégica de primer orden a la salida del mar Rojo. Los franceses ocuparon Yibuti y los británicos Somalilandia. Fue en el protectorado británico donde surgió la principal resistencia. Los pueblos nómadas se sublevaron bajo la dirección del líder religioso Maxamed Cabdille Xasan, quien, temeroso de la influencia del cristianismo, inició una guerra santa contra los europeos y los etíopes a finales de los años noventa. Tras sucesivas expediciones militares de etíopes, italianos y británicos, la revuelta concluyó con su muerte en 1920.

Al sur del Cuerno de África, se sitúan los actuales estados de Kenia, Uganda, Ruanda, Burundi, Malaui, Tanzania, Mozambique y, frente a las costas mozambiqueñas, la isla de Magadascar. En gran parte de estos territorios, los árabes ejercían una gran influencia, sobre todo a través de Zanzíbar. Su sultán controlaba gran parte de la costa oriental africana y las principales rutas comerciales del interior hasta la cuenca del Congo. El comercio de esclavos, las especias y el marfil eran los pilares de su economía. Los europeos se enfrentaron a estos comerciantes árabes y a sus intermediarios africanos, primero por el control de la costa y, pronto, por el de las rutas comerciales del interior.

Efectivamente, este floreciente comercio atrajo a los intereses alemanes, inquietando a los británicos, quienes comerciaban con estos territorios. Temían que el control alemán pusiera en peligro los negocios de las compañías británicas. Además, los puertos índicos de Zanzíbar y Mombasa eran vitales en la ruta británica hacia la India. Se hacía preciso llegar a un acuerdo que se concretó en el Tratado Heligoland-Zanzíbar (1890). La isla de Heligoland —en el mar del Norte— y la franja de Caprivi —Zambezi— pasaron a manos de Alemania, y ambas potencias se repartieron la costa oriental africana y el sultanato de Zanzíbar. Los alemanes adquirieron la costa de Dar es Salaam, desde

donde penetraron al interior de la actual Tanzania para, junto a Ruanda y Urundi, constituir el África Oriental Alemana. Los británicos vieron reconocidos sus derechos sobre el sultanato de Witulandia, vía de penetración hacia el interior de Kenia, así como su libertad de actuación en el Sultanato de Zanzíbar, que, en 1896, y tras una simbólica resistencia armada, se convirtió en un protectorado británico.

Esta área del África Oriental quedó, así, dividida en dos zonas de colonización: una situada al norte, por donde penetraron los británicos y que, además de Zanzíbar, ocupaba la costa keniana para avanzar hacia Uganda, punto neurálgico para controlar las fuentes del Nilo, y otra al sur, territorio alemán, que, desde las costas de Tanganyika, abarcó hasta Ruanda y Urundi. Este reparto anglo-alemán favoreció un entendimiento entre las dos potencias coloniales, que se concretó en nuevos acuerdos para fijar los límites entre el África Oriental Alemana y Rhodesia del Norte —Zambia— y entre el Camerún y Nigeria. En la zona alemana, actuó la Compañía Alemana del África Oriental hasta que vendió sus derechos al Gobierno alemán en 1890. En la británica, la Imperial British East Africa Company explotó el territorio hasta su conversión en protectorado británico cinco años más tarde.

Junto a la labor de las compañías comerciales, hay que destacar la actuación de los misioneros en territorios como Buganda, uno de los principales reinos que conformaban la actual Uganda. La ocupación británica de estas tierras se apoyó en el establecimiento de misiones y en el logro de un notable número de conversiones. Estos nuevos cristianos colaboraron en la expansión del dominio británico y fueron destacados aliados en la ocupación del Reino de Bunyoro (1894-1899), que puso fin a la resistencia musulmana.

Los alemanes encontraron una resistencia aún mayor. Entre 1888 y 1889, una revuelta encabezada por un comerciante mestizo llamado Abushiri mostró la oposición de los

comerciantes árabe-swahili a la penetración de la Compañía Alemana del África Oriental. Abushiri, que contaba con el apoyo de parte de la población africana, controló importantes zonas de la costa y del interior de Tanganyika, pero fue finalmente derrotado por el ejército alemán. Capturado, fue juzgado, sentenciado a muerte y ahorcado. La resistencia africana, una actuación ineficaz y la escasa rentabilidad económica provocaron el fracaso de los empresarios alemanes y el Reich alemán pasó a administrar el territorio. Esta decisión favoreció el avance militar alemán. En el interior, la resistencia más notable fue la del pueblo Hehe. Bajo el mando de Chief Mkwawa, los hehe resistieron a los alemanes entre 1891 y 1894. Su líder se suicidó antes de caer prisionero.

Una década más tarde estallaba la rebelión Maji Maji (1905-1907), la más importante de las resistencias africanas a la ocupación alemana. Estalló como consecuencia de la obligación impuesta a las aldeas de Tanganyika de cultivar algodón para la exportación. Alemania pretendía así rentabilizar su colonización. Los campesinos tuvieron que abandonar sus cultivos tradicionales y se convirtieron en mano de obra forzosa para satisfacer los intereses coloniales. A ello se sumó una sequía, que aumentó los problemas de subsistencia. La rebelión estalló en el sur de Tanganyika, donde se habían aplicado las imposiciones alemanas y su presencia militar era menor. Bajo la creencia mística en un brebaje que convertía las balas alemanas en agua, los rebeldes resistieron hasta que la llegada de refuerzos militares condujo a la victoria alemana. El número de víctimas osciló entre los 70.000 y los 300.000 muertos. La actuación alemana mostró la firmeza de su política colonial, resultado de una nueva estrategia que sustituyó a la *realpolitik* bismarckiana: la *weltpolitik*. Basada en una política agresiva, sus principales objetivos eran la creación de una gran flota y la formación de un imperio colonial.

A estos territorios llegaron colonos que se quedaron con las mejores tierras y contaron con mano de obra africana, obligada a trabajar en las plantaciones europeas para pagar sus necesidades básicas y tributos coloniales. En Kenia, pueblos como los kikuyu y los masái fueron algunos de los más perjudicados por este despojo al que se sumaron las expropiaciones para construir vías férreas —en 1901 se conecta Kisumu con Mombasa— con el fin de unir el interior con la costa índica.

La necesidad de dar salida a los excedentes de población europea hizo aún más atractiva esta emigración a las tierras de África Oriental y Austral. Esta emigración fue mucho mayor en el caso de África Austral, mientras que en el de África Oriental fue menor y paulatina. A comienzos del siglo XX, en las tierras situadas entre Kenia y Mozambique apenas había unos pocos miles de europeos, asentados principalmente en Rhodesia del Sur, donde vivían unos 10.000 colonos. En el resto de territorios se contabilizaban poco más de 5.000. Junto a ellos comenzaron a llegar los hindúes, muchos de ellos traídos para trabajar en la construcción del ferrocarril, que establecieron sus pequeños comercios y talleres. No obstante, las principales oleadas, tanto de colonos europeos como de hindúes, estaban por llegar.

Separada del continente africano por el canal de Mozambique, la isla de Magadascar era ambicionada por Francia, que presionaba sobre el reino de Merina. La primera guerra franco-malgache (1883-1885) culminó con la firma de un tratado de paz, que fue interpretado de manera diferente por cada uno de los contendientes. El reino de Merina entendía que no ponía en cuestión su independencia; sin embargo, a juicio de Francia, le permitía conducir las relaciones exteriores del reino malgache, interpretación que suponía la imposición del protectorado. El reconocimiento de Gran Bretaña de este tratado —a cambio de fijar con el

Gobierno francés las fronteras occidentales de Nigeria—fortaleció la posición de Francia, que, en 1894, envió una expedición militar a Magadascar. Al año siguiente, las fuerzas francesas entraban en Antananarivo, destituían al primer ministro y establecían el protectorado. Esta intervención provocó una revuelta en toda la isla. Los franceses respondieron con una campaña de "pacificación" y, en 1896, unificaron toda la isla bajo su mandato. La última reina, Ranavalona III, marchó al exilio. Se establecieron los funcionarios coloniales, se crearon las primeras escuelas laicas, comenzaron a llegar los colonos y se construyeron las primeras infraestructuras.

De retorno al continente, Gran Bretaña prosiguió su expansión desde el sur, ocupando Bechuanalandia, las dos Rhodesias y Nyasalandia. Por su parte, los portugueses, situados en Angola y Mozambique, intentaron crean un gran imperio africano uniendo las costas atlánticas e índicas, proyecto que se frustró, precisamente, por la citada presencia británica en las dos Rhodesias y Nyasalandia. A su vez, esta penetración británica hacia el norte se vio frenada por la incorporación de la región de Katanga al Estado Libre del Congo. Estábamos ante algunos de los principales episodios de la carrera por África.

En 1885, Gran Bretaña estableció su protectorado sobre Bechuanalandia —Botsuana—. Era su respuesta a la anexión alemana, un año antes, de África de Sudoeste —Namibia—. Los británicos temían una posible una alianza de Alemania con los bóeres, que pondría en peligro su expansión hacia el norte. El protectorado sobre Bechuanalandia eliminaba este riesgo y dejaba expedito el camino hacia lo que serán las dos Rhodesias. Esta penetración británica hacia el norte se debió a la iniciativa privada, personificada en Cecil Rhodes, quien soñaba con un Imperio británico de norte a sur, que se vertebraría por la construcción de una línea de ferrocarril entre

El Cairo y Ciudad del Cabo. Y aunque el proyecto, en cuanto trayecto ininterrumpido, quedó inconcluso, su diseño mostró la desmedida ambición de los más furibundos colonialistas. Fundador de De Beers Minning Company, que llegará a controlar la mayor parte del mercado mundial de diamantes, y de la British South Africa Company, Rhodes fue primer ministro de la Colonia del Cabo.

Esta doble condición de empresario y político le permitió impulsar la ocupación colonial. Las empresas por él fundadas representaron el modelo de colonialismo por iniciativa privada. De Beers logró importantes concesiones mineras y la British South Africa Company realizó una serie de campañas de conquista que permitieron el asentamiento de los colonos británicos más allá de Transvaal. Esta expansión hacia el norte fue posible por la concesión a la British South Africa Company, en 1889, de una carta real que la legitimaba para administrar y explotar un amplio territorio comprendido entre Bechuanalandia y el río Zambeze. Dos años más tarde, se autorizó a la compañía a extenderse al norte del Zambeze. Los derechos de la compañía británica estaban supeditados a la firma de tratados de sumisión con los jefes locales. Una vez obtenidos, llegaron los colonos, que se impusieron a la población africana. Así surgieron, en recuerdo a su promotor, Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur. Por su parte, el Gobierno británico declaró su protectorado sobre Nyasalandia —Malaui— en 1891.

La penetración británica tuvo que vencer la resistencia de poblaciones africanas. Especialmente violentas fueron las guerras contra los matabele (1893-1894 y 1896-1897). Una vez derrotados, los colonos se apropiaron de sus tierras, pastos y ganados. Pero los conflictos no estallaron solo a causa de la resistencia de los africanos. La competencia entre los europeos por el reparto de las tierras de los africanos estuvo

en el origen de dos litigios protagonizados por británicos, portugueses y el Estado Libre del Congo.

La colonización de las dos Rhodesias y de Nyasalandia por los británicos provocó las protestas portuguesas, que reivindicaban los territorios situados entre Angola y Mozambique. El *Mapa Cor-de-Rosa* (1885) representaba esta aspiración portuguesa de poseer un extenso imperio colonial que, partiendo de Angola, abarcaría hasta Mozambique. Portugal alegaba derechos históricos sobre estos territorios. Consideraba que la posesión de las costas le daba derecho a unir ambas colonias. Para dar mayor fuerza a sus argumentos, los portugueses, a través de la Sociedade de Geografia de Lisboa, emprendieron diversas expediciones y fundaron puestos avanzados en estos territorios. Tras la Conferencia de Berlín, intensificaron sus expediciones y la firma de tratados con jefes locales, al tiempo que desplegaron una intensa actividad diplomática para obtener el apoyo de Francia y Alemania, interesadas, respectivamente, por la Guinea Portuguesa y el sur de Angola. Además, Portugal esgrimió ante bóeres y alemanes el argumento de que la presencia lusa aliviaría la presión británica sobre el Transvaal y las colonias alemanas.

El Gobierno británico se opuso con firmeza a las pretensiones portuguesas, negando que Portugal hubiera logrado la efectiva ocupación del interior del continente, uno de los requisitos fijados por la Conferencia de Berlín. De consumarse el proyecto luso, el imperio colonial británico quedaría partido en dos. Por ello, el Gobierno británico envió al portugués un ultimátum a comienzos de 1890. Portugal tenía que retirarse del interior del continente y no avanzar más allá de sus colonias de Angola y Mozambique. Sin capacidad para enfrentarse a los británicos, ni interés en oponerse a un país tradicionalmente aliado, Portugal cedió ante Gran Bretaña. En agosto de 1890, el Tratado de Londres definía las

fronteras de Angola y Mozambique y ponía fin al sueño portugués de un gran imperio en África. Esta decisión provocó graves desórdenes en Portugal y la caída del ejecutivo luso. La monarquía, cercana a los británicos, fue acusada de perjudicar los intereses nacionales. Se reforzó el sentimiento republicano —en 1910 se proclama la Primera República— y el nacional, circunstancia que ayuda a explicar, décadas más tarde, la resistencia portuguesa a perder sus colonias.

Portugal prosiguió la colonización de Angola y Mozambique por medio de compañías privadas, formadas en parte por capital británico. Este hecho y las propias exigencias económicas explican las conexiones entre colonias portuguesas y británicas. Sus territorios quedaron conectados por vía ferroviaria para proporcionar a las producciones británicas una salida al mar por el puerto mozambiqueño de Lourenço Marques. A su vez, la población mozambiqueña suministró mano de obra a las plantaciones y minas británicas. A Mozambique y Angola comenzaron a llegar más colonos portugueses. Poseedores de grandes extensiones de terreno, actuaron como una prolongación del Estado, controlando el orden público, recaudando impuestos y administrando justicia.

La penetración británica hacia el norte colisionó también con el Estado Libre del Congo. La región en litigio fue la extensa y rica Katanga. Temeroso de perder este territorio, el rey Leopoldo se lanzó a su ocupación efectiva. A tal fin se creó en 1891 la Compagnie du Katanga, sociedad de explotación que, a cambio de la concesión de tierras y derechos de explotación, organizó diversas campañas para explotar el territorio. La labor no fue fácil. El reino de Yeke, principal entidad política de la región, controlaba importantes vías de comercio basadas en el marfil, el cobre, las armas de fuego y los esclavos. Quien quisiera ocupar Katanga tenía que firmar

un tratado de sumisión con el Msiri, rey de Yeke. Finalmente, y tras varias expediciones, el jefe africano fue ejecutado y su territorio quedó sometido al Estado Libre del Congo. Ocupada Katanga, la colonia de Leopoldo II alcanzó su máxima extensión, superior a los dos millones de kilómetros cuadrados, y los habitantes de Katanga comenzaron a recibir el mismo trato que el resto de los congoleños.

La violencia caracterizó también a la ocupación alemana del África del Sudoeste. Era un territorio semidesértico, pero contaba con amplias extensiones para la cría de ganado ocupadas por pueblos pastores, como los herero. Los colonos, que ya eran 10.000 poco antes de comenzar la Gran Guerra, se fueron haciendo con las tierras de pastoreo y los pozos de agua de los africanos, y estos se convirtieron en su mano de obra. En este contexto de expropiación y explotación, estalló, a comienzos de 1904, la sublevación de los herero. Se cometieron varias matanzas de colonos y el líder herero, Samuel Maherero, llevó la iniciativa hasta que la llegada de nuevas tropas permitió la contraofensiva alemana. El 11 de agosto los herero fueron derrotados en la batalla de Waterberg. En su retirada se internaron en el desierto de Omaheke, donde la mayoría de los ellos murió de hambre y sed. Los supervivientes alcanzaron Bechuanalandia, donde fueron acogidos por los británicos a cambio de deponer las armas. Pronto, el pueblo namaqua, que sufría las mismas condiciones de explotación, se sumó a la resistencia. Logró también unos éxitos iniciales, pero fue finalmente derrotado y corrió la misma suerte que los herero.

La actuación alemana contra ambos pueblos fue una campaña de exterminio. Los pozos de agua fueron envenenados, no se hizo prisioneros, se ejecutó a ancianos, mujeres y niños, y los supervivientes fueron internados en campos de concentración, donde fueron forzados a trabajar en la

construcción de infraestructuras. Allí, en pésimas condiciones, fallecieron miles de ellos. Especialmente crueles fueron las condiciones a las que fueron sometidos en el tristemente célebre campamento de Shark Island, donde se realizaron experimentos pseudocientíficos con los prisioneros. Cuando se comenzó a conocer en Europa lo que estaba sucediendo, las autoridades alemanas ordenaron detener esta política de exterminio. Pero, para entonces, ya era demasiado tarde. Se calcula que de una población de 80.000 hereros, el 80 por ciento fue exterminado. Igual suerte corrió la comunidad namaqua, que sufrió la pérdida de la mitad de sus 20.000 miembros.

En Alemania, los socialdemócratas condenaron la actuación de su ejército. August Bebel fue especialmente crítico y el rechazo de centristas y socialdemócratas a aprobar nuevos créditos para sufragar esta guerra dio lugar a la disolución del Parlamento a finales de 1906. En la campaña electoral, uno de los principales debates giró en torno a la represión en África. Fueron conocidas como las *Hottentottenwahl*, las elecciones de los hotentotes. La polémica surgió de nuevo en el contexto de la Primera Guerra Mundial, cuando un oficial británico, Thomas O'Reilly, recogió numerosos testimonios de las atrocidades cometidas por los alemanes. Su informe final, del que apenas se conserva una cuarta parte, recibió el nombre de "Blue Book" y fue enviado al Gobierno británico. Con base en este texto, el Parlamento británico redactó el "Report on the Natives of South-West Africa and Their Treatment by Germany" (1918). Este quedó en el olvido cuando los británicos decidieron no difundir esta información, temerosos de que, a su vez, los alemanes sacaran a la luz sus atrocidades en el continente africano. Un siglo más tarde, la novela *Blue Book* (Élise Fontenaille-N'Diaye, 2015) recuperó una parte del texto original.

La segunda guerra anglo-bóer (1899-1902), el conflicto más grave acontecido entre europeos durante el reparto de África, decidió la suerte del extremo meridional de África. El ejército británico, mucho más poderoso, alcanzó una victoria, pero su coste económico y humano fue elevado —frente a unas 6.000 bajas entre los bóeres, los británicos perdieron 22.000 hombres—. También sufrió su prestigio por lo mucho que le costó doblegar la resistencia de un ejército de agricultores y ganaderos mal armados. Pero las consecuencias fueron mucho peores para los bóeres. Para evitar que colaborasen con sus guerrillas, la población civil bóer y la africana afín fueron llevadas a campos de internamiento. Los bóeres encerrados fueron 120.000, cifra a las que sumaron otros tantos africanos. Un 25 por ciento de los primeros, en su mayor parte menores, falleció, porcentaje que se aproximó al 15 por ciento en el caso de los africanos.

CIVILES BÓERES EN UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN BRITÁNICO. C. 1901.
SEGUNDA GUERRA ANGLO-BÓER (1899-1902).
FUENTE: NATIONAL ARMY MUSEUM (LONDRES).

Terminada la guerra, la República de Transvaal y el Estado Libre de Orange se incorporaron, con cierto nivel de autogobierno, al Imperio británico. En 1910, las colonias del Cabo, Natal, Río Orange y Transvaal constituyeron la Unión

Sudafricana. Había llegado el momento de la reconciliación, objetivo que se vio favorecido por un periodo de desarrollo. El núcleo industrial y minero de Witwatersrand permitió la creación de un entramado financiero y el desarrollo de la ciudad de Johannesburgo que, después de El Cairo, se convirtió en la ciudad con mayor población de África.

Este crecimiento económico no benefició a todos. La segregación racial dejó a la población africana fuera del reparto. La tradición liberal británica, que con muchas restricciones aceptaba la condición de ciudadanos para aquellos escasos africanos que se adaptaran a las normas europeas, cedió ante el *baaskap*, sistema de segregación de los bóeres que marginaba a los negros, a los *coloureds* —mestizos— y a los hindúes. Estos últimos habían llegado para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar de Natal, así como en la construcción de infraestructuras y en la minería. Una vez finalizados sus contratos se instalaron y fundaron sus propios comercios. A comienzos del siglo XX, se calcula que eran ya 100.000 en Natal y 10.000 en Transvaal. Pero no eran blancos y suponían una competencia para la mano de obra y el comercio blanco por lo que se legisló para controlar su llegada y su presencia.

Aunque no al mismo nivel que los negros, los hindúes carecieron de muchos derechos y sufrieron discriminación racial. Contra ella luchó Mahatma Gandhi, quien vivió en Sudáfrica entre 1893 y 1915. Convencido de que si los hindúes querían tener derechos también debían asumir obligaciones, sirvió como sanitario en las filas del ejército británico durante la guerra anglo-bóer. En Sudáfrica padeció prisión y sufrió en sus propias carnes la violencia del sistema. Creó el Partido Indio del Congreso de Natal, fundó el *Indian Opinion* y desarrolló una intensa actividad basada en la desobediencia civil y en la protesta no violenta, que tanto hicieron por la independencia de la India.

Pero quienes más sufrieron la segregación racial fue la población negra, que tomó conciencia de vivir sometida en su propia tierra. En 1912 se fundaba el African National Congress, que comenzó su vida política luchando contra la Natives Land Act (1913), norma que prohibía a la población negra la compra de tierras más allá de sus asentamientos. Esto suponía apenas algo más del 10 por ciento del territorio total sudafricano, y ello a pesar de que la población negra venía a suponer el 75 por ciento del total.

CAPÍTULO 3

ÁFRICA INDEPENDIENTE

DEL PARTIDO ÚNICO A LA PRIMAVERA ÁRABE

La presencia de colonos europeos fue muy importante en Marruecos y Argelia, hasta el punto de consolidar su propia sociedad y ejercer ampliamente el poder sobre la mayoría musulmana, boicoteando, en el caso argelino, cualquier intento por consolidar una verdadera política de asimilación. En dirección contraria, la población magrebí comenzó a emigrar a Francia después de la Primera Guerra Mundial. De esta emigración surgió la Étoile Nord-Africaine (1926), organización que se sitúa en los orígenes del nacionalismo argelino. Seis años más tarde se creaba el Comité d'Action Marocaine, primer partido nacionalista marroquí. Desde entonces, las fuerzas nacionalistas se consolidaron en ambos países, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, que mostró al resto del mundo la debilidad de Francia para mantener un imperio mundial.

Marruecos —también su zona española— y Túnez alcanzaron la independencia en 1956. Argelia la obtuvo en 1962, tras una cruenta guerra (1954-1962). En *La Battaglia di Algeri*

(Gillo Pontecorvo, 1965), primera película del Gobierno argelino en colaboración con el cine social italiano, se mostró la violencia ejercida por las dos partes del conflicto —el ejército francés y los *pieds-noirs*, habitantes de la ciudad europea, frente a los argelinos, recluidos en la Casba—, decantándose por la causa de la independencia. Del nuevo estado argelino huyeron la mayor parte de los *pierds-noirs* y los *harkis*, argelinos que habían colaborado con la Administración francesa. Esta profunda herida permaneció abierta a ambos lados del Mediterráneo hasta que, a comienzos del siglo XXI, las políticas de reconciliación y los estudios históricos comenzaron a sacar a la luz la verdad de lo acontecido, primer paso para lograr una reconciliación que interesa sumamente a dos países que mantienen unas estrechas relaciones económicas.

La descolonización del Magreb dejó abiertos varios problemas territoriales a causa de la arbitraria delimitación de las fronteras coloniales, dificultando así las relaciones entre los estados magrebíes. Estos ambicionaban el control de los recursos naturales situados en los territorios cuya soberanía se discutía, y avivaron estos litigios para eludir sus problemas internos. En octubre de 1963, Marruecos y Argelia se enfrentaron en la guerra de las Arenas. En pos del Gran Marruecos, el reino alauita reivindicó Tinduf y Béchar, territorios que la Francia colonial había transferido a Argelia. El descubrimiento de recursos minerales hizo el resto. En un contexto de guerra fría, los Estados Unidos apoyaron a Marruecos, mientras que la Unión Soviética y Cuba proporcionaron armamento a Argelia. La guerra terminó por la mediación de la OUA sin que Marruecos lograra sus pretensiones.

La enemistad entre Marruecos y Argelia se volvió a poner de manifiesto con motivo de la descolonización del Sahara español. Marruecos, que había recuperado el territorio

de Ifni en 1969 y reivindicaba el Sahara como parte del Gran Marruecos, presionó sobre el Gobierno español y, en 1975, la "Marcha Verde", compuesta por 350.000 civiles marroquíes, invadió el Sahara. La dictadura franquista agonizaba y procedió a una rápida retirada del territorio, que quedó en manos de Marruecos y Mauritania. No se tuvo en cuenta la voluntad de los habitantes del Sahara, agrupados en el Frente Polisario. Esta organización proclamó la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) e inició con el apoyo de Argelia una guerra contra los ocupantes marroquíes y mauritanos. Estos últimos se retiraron en 1979, ocupando su zona el ejército marroquí. Este construyó una serie de muros defensivos para proteger el territorio ocupado por Marruecos, aislando en el exterior al Frente Polisario. Concluida la guerra, Marruecos ha mantenido su presencia en la antigua colonia española, promoviendo la emigración marroquí; la RASD mantiene a su población refugiada en los campos argelinos de Tinduf y exige la independencia, y la comunidad internacional está a la espera de organizar un referéndum que, de celebrarse, se encontraría con una población muy diferente de la que habría votado en 1975. Con este último objetivo, Naciones Unidas estableció, en 1991, la Minurso, misión que tiene como mandato organizar un referéndum para que la población del Sahara Occidental se pronuncie sobre su futuro.

En casi todos los estados magrebíes se instauraron regímenes de partido único, surgidos de la lucha por la independencia y sostenidos en el tiempo merced a un férreo autoritarismo. En Marruecos, no se constituyó un partido único, pero la dinastía alauita se ha mantenido frente a las presiones democratizadoras de la oposición. Sí surgieron partidos únicos en Argelia, el Front de Libération Nationale (FLN), y en Túnez, el Neo-Destour, cuya continuidad solo se vio alterada por un golpe de Estado incruento en 1987, que llevó al poder a Ben Ali, dirigente que será expulsado por la

Revolución de los Jazmines, versión tunecina de la Primavera Árabe. Desde entonces, Túnez ha iniciado una difícil transición hacia la democracia, que ha tenido su principal logro en la aprobación de una nueva Constitución en 2014.

Argelia ha sido el país con un recorrido más conflictivo. El país comenzó a andar de la mano del FLN, vencedor de los enfrentamientos internos en el independentismo argelino. Estableció un régimen de partido único que se mantuvo hasta la llegada del multipartidismo en los años noventa, si bien, junto al ejército, sigue jugando un papel fundamental en la vida política argelina. Fueron los militares quienes frustraron el Gobierno del Frente Islámico de Salvación (FIS), ganador de la primera vuelta en las elecciones de 1991. Se anularon los comicios y se ilegalizó al FIS, iniciándose una creciente agitación que derivó en una guerra civil entre el Gobierno y los islamistas. El conflicto se desarrolló entre 1991 y 2002, y provocó más de 150.000 víctimas. En la actualidad, el Gobierno argelino, dirigido con mano férrea por Abdelaziz Buteflika, se enfrenta a graves problemas. Su economía, en gran parte subsidiada, experimenta las consecuencias de la caída del precio del petróleo. Siendo un Estado que obtiene sus ingresos en un 95 por ciento de los hidrocarburos, preocupa un estallido social si la población, en gran parte desempleada, dejase de estar cubierta por ayudas públicas. A ello se suma la fuerza del fundamentalismo islámico y la edad de su anciano presidente, que concentra gran parte de su legitimidad en el hecho de haber pertenecido a la generación que conquistó la independencia.

En la actualidad, la mayor inestabilidad se encuentra en una Libia fragmentada. Expulsados los italianos, los británicos apoyaron la vuelta de Idris, heredero de la cofradía Sanúsiyya y legitimado por haber resistido a la ocupación italiana. En 1951 se proclamó la independencia del Reino de Libia con un régimen federal formado por tres territorios

autónomos: Tripolitania, Cirenaica y Fezzan. La diversidad libia también quedó reflejada en el establecimiento de dos capitales: Trípoli y Bengasi. En sus primeros años, sin apenas recursos y con graves deficiencias sanitarias y educativas, el país dependió de la ayuda occidental. Esta situación cambió cuando se descubrió petróleo. Fue entonces cuando se produjo el golpe de Estado de 1969 y Gadafi accedió al poder.

Durante más de cuatro décadas Gadafi estuvo al frente de Libia. En el interior reprimió a la oposición política, nacionalizó las empresas privadas y la riqueza petrolífera permitió desarrollar el país. En el exterior fue especialmente beligerante. Panarabista, intentó la unificación de Libia con Egipto y Siria a través de la creación de la Federación de Repúblicas Árabes, de efímera existencia; panislamista, defendió la expansión del islam y de las fuerzas políticas que lo representaban en África, y fue también un firme partidario del Movimiento de Países No Alineados, promoviendo la creación de la UA. Su estrategia se basó en desestabilizar a los gobiernos vecinos. Intervino en Uganda para apoyar al dictador Idi Amin en su enfrentamiento con Tanzania e invadió la estrecha franja chadiana de Auzú, donde se había descubierto uranio y las fronteras coloniales no estaban bien definidas. Gadafi se anexionó Auzú, siendo preciso el apoyo del ejército francés para expulsarle. Por último, es también recordado por su implicación en la organización de atentados contra intereses occidentales. Este apoyo al terrorismo internacional tuvo como respuesta la imposición de sanciones internacionales y el bombardeo estadounidense contra territorio libio.

En sus últimos años, Gadafi encauzó sus relaciones con las potencias occidentales en busca de estabilidad política y rentabilidad económica. Esta actitud se ejemplifica en la mejora de las relaciones con su antigua potencia colonial. En

los primeros momentos del Gobierno de Gadafi, los intereses económicos italianos habían sufrido la política de nacionalizaciones del Gobierno libio, pero en sus últimos años el acercamiento presidió las relaciones entre Italia y Libia, política que se consagró con la firma, en el verano de 2008, de un acuerdo de cooperación entre los gobiernos de Berlusconi y Gadafi: el Tratado de Amistad, Asociación y Cooperación de Bengasi. La memoria histórica, la política y la economía se dieron la mano en este acuerdo. Italia accedió a indemnizar a Libia con 5.000 millones de dólares por todos los daños infringidos en su antigua colonia. Esta reconciliación quedó sellada con la simbólica devolución de la *Venus de Cyrene*, escultura romana del siglo II d.C., descubierta por arqueólogos italianos y llevada a Italia durante la ocupación. Detrás de este propósito de Italia de limpiar su memoria histórica, estaban los intereses políticos y económicos de ambos países. Gadafi conseguía legitimidad internacional e inversiones, mientras que Berlusconi mejoraba las relaciones comerciales con Libia —gas y petróleo—, aumentaba su influencia sobre el país norteafricano y regulaba la inmigración ilegal. Italia aumentó el consumo de gas libio y entre ambos países se realizaron inversiones millonarias.

Tres años más tarde, Gadafi fue derrocado. En el contexto de la Primavera Árabe, se inició un enfrentamiento armado entre su Gobierno y las fuerzas de la oposición que, tras la intervención armada de una coalición internacional amparada en una resolución de Naciones Unidas, concluyó con su derrota y muerte. Desde entonces, se ha intentado recomponer el Estado libio. Naciones Unidas y la Unión Europea apoyan la consolidación de un gobierno de unidad, pero una sucesión de enfrentamientos civiles ha provocado la desintegración del país. En Libia conviven un Gobierno reconocido internacionalmente, pero que no controla el país; señores de la guerra que luchan por controlar

las riquezas del país; multinacionales que operan protegidas por diversas facciones, y el Estado Islámico (ISIS), que intenta expandirse por la región. La población libia, de cinco millones de habitantes, sufre esta violencia junto al 1,5 millón de emigrantes que aproximadamente viven en el país, víctimas de las mafias y a la espera de realizar la peligrosa travesía a Europa.

La inestabilidad es también el principal problema de Egipto. Independiente desde 1922, se convirtió en una monarquía. Esta fue derrocada en 1952 por un golpe de Estado dirigido por el Movimiento de Oficiales Libres, surgido del descontento por la situación económica del país, el desprestigio de la monarquía y la derrota en la guerra árabe-israelí de 1948. Se proclamó la República y, en 1954, Gamal Abdel Nasser se hizo con el poder, iniciando una política de apoyo a la descolonización que le granjeó la enemistad de las potencias occidentales. Nasser emprendió un gran proyecto, la presa de Asuán, que, una vez concluida en 1970, puso fin a las inundaciones periódicas del Nilo, suministró energía eléctrica a parte del país, aumentó la irrigación sobre grandes extensiones y desarrolló la pesca de agua dulce. Pero no todos fueron beneficios. Los quebrantos al medio ambiente han sido también importantes. Se ha dañado a la fauna y a la flora, y se ha salinizado el delta del Nilo por la entrada de las aguas del Mediterráneo en un río, ahora, menos caudaloso.

Para construir la gigantesca presa de Asuán, y ante la falta de ayuda financiera de los países occidentales, Nasser decidió nacionalizar el canal de Suez. Con el dinero obtenido de su explotación se financiaría la construcción de la presa. Esta medida provocó la intervención, con apoyo de Israel, de Gran Bretaña y Francia, principales accionistas del canal. Israel invadió el Sinaí y británicos y franceses intervinieron con el pretexto de asegurar el tránsito por el canal. Este episodio, conocido como la Crisis de Suez (1956), concluyó con

la retirada de las antiguas potencias coloniales, condenadas por Naciones Unidas y presionadas por los dos nuevos poderes: Estados Unidos y la Unión Soviética. La época de las potencias coloniales había pasado a la historia. El Egipto de Nasser, que apoyaba abiertamente a los nacionalistas argelinos que combatían a Francia, había vencido a británicos y franceses. Egipto se consolidó como potencia regional. Promovió una fracasada unión con Siria —la República Árabe Unida— y se convirtió en uno de los principales miembros del Movimiento de Países No Alineados.

Fallecido Nasser, Anawr el Sadat se acercó a Israel y a los Estados Unidos, firmando los Acuerdos de Paz de Camp David. Esta política prooccidental fue una traición para el nacionalismo egipcio. En 1981 Sadat fue asesinado y le sucedió Hosni Mubarak, quien dirigió el país con mano férrea hasta que, nuevamente, la oleada de protestas de la Primavera Árabe terminó con su autoritarismo. Las elecciones de 2012 dieron el poder al islamista Partido Libertad y Justicia de Mohamed Morsi, pero, un año más tarde, un golpe de Estado terminaba con una presidencia polémica por su proyecto de reforzar los poderes presidenciales. En la actualidad, el nuevo ejecutivo surgido de las elecciones de 2014, en las que no estuvo presente un ilegalizado Partido Libertad y Justicia, se enfrenta a una difícil situación económica. Al incremento del déficit público se suma la caída de las reservas de divisas, provocada por una drástica reducción del turismo y de las inversiones exteriores, que se han retirado de un país acuciado por la inestabilidad y la violencia política.

Al sur, el condominio anglo-egipcio sobre el Sudán, que no era tal, dado que el poder sobre las tierras sudanesas era ejercido por el gobernador general británico, concluyó en los primeros años cincuenta. Más poderoso y organizado, el norte se hizo con las riendas del país cuando este logró su independencia el 1 de enero de 1956. Los antiguos

traficantes de esclavos del norte y la población del sur, sus víctimas en el pasado, se vieron unidos en un único país por decisión británica.

Sin embargo, ya un año antes de la independencia, había comenzado una insurrección en el sur, que reclamaba mayor autonomía. El norte, árabe y musulmán, se enfrentó al sur, subsahariano y cristiano o animista. Finalmente, los Acuerdos de Adís Abeba (1972) pusieron fin a la rebelión. El sur logró un gobierno autónomo con capital en Juba. Pero la paz no duró demasiado y, cuando la compañía estadounidense Chevron descubrió petróleo en el sur, Jartum decidió suprimir su autonomía y estableció una administración militar. Estaba en juego el control de ricos depósitos de oro negro. Este incumplimiento de los acuerdos por parte del Gobierno de Jartum, que comenzó a aplicar la *sharia*, dio origen a una segunda guerra civil (1983-2005). Iniciado en el contexto de la guerra fría, este conflicto fue uno más en los que Estados Unidos y la Unión Soviética se implicaron para extender su influencia. El ejército de Jartum estuvo apoyado por los Estados Unidos, mientras que el Sudan People's Liberation Army (SPLA) recibió ayuda militar del bloque soviético. La caída del Muro de Berlín y un realineamiento de los Estados Unidos, cuando su opinión pública se decantó por los cristianos del sur, decidió el destino de la guerra. Los acuerdos de Nairobi (2005) fijaron la celebración de un referéndum de autodeterminación en 2011. En él, la población votó abrumadoramente a favor de la independencia, que se proclamó en julio de ese mismo año. Casi dos millones de muertos y cuatro y medio de desplazados fue el precio que sus habitantes tuvieron que pagar por el nacimiento de Sudán del Sur.

Desde entonces siguen abiertos diversos conflictos, impidiendo que el nuevo estado inicie su andadura con normalidad. Ya en 2012, Sudán y Sudán del Sur se enzarzaron en

nuevos combates por la zona petrolera de Heglig. Estos terminaron ese mismo año con un acuerdo que preveía la creación de una zona desmilitarizada en la frontera y el reparto de los ingresos del petróleo. Es este el principal problema a resolver: el reparto de la renta del petróleo entre los dos estados sudaneses. En el sur están los principales yacimientos, pero el norte posee los oleoductos que trasladan el petróleo hasta el mar Rojo. A este problema se suman otros como la nacionalidad de las poblaciones trashumantes para las cuales no existen fronteras, cómo repartir la deuda pública del Estado sudanés original y la necesidad de poner fin a los conflictos en Kordofán del sur, Abiyé, el Nilo Azul y Darfur.

En este último territorio, el régimen sudanés de Omar al Bashir alimenta un conflicto previo a la independencia del sur. Las tribus árabes del árido norte, los baggara, apoyadas por Jartum, pretenden expulsar a las poblaciones negras de los fur, los zaghawa y los masalit, que habitan las mejores tierras del sur. Es un enfrentamiento que ya no contempla la oposición entre musulmán y cristiano o animista. Los contendientes son mayoritariamente musulmanes. Es una guerra por las mejores tierras, por el agua y por el petróleo, que la padece, sobre todo, la población civil. Ha provocado decenas de miles de muertos y se calcula que dos millones de personas han abandonado Darfur y malviven en campos de refugiados en Chad. En 2009, la Corte Penal Internacional dictó orden de arresto contra Omar al Bashir, acusado de crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y genocidio en Darfur. Pero la situación sigue siendo crítica, pese a la actuación conjunta de Naciones Unidas, la UA y las ONG para proteger a los civiles. Los combates continúan, el hambre y las enfermedades hacen mella entre la población y el Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas advierte de la escasez de recursos para los refugiados.

Sudán del Sur también se enfrenta a un conflicto civil interno. Con la llegada de la independencia, el Sudan People's Liberation Movement (SPLM), que había tomado el poder en Juba, comenzó a gobernar en un ambiente de corrupción y administración deficiente, que impedía a un país con una gran riqueza petrolífera emprender la vía del progreso. Como en tantos países que habían accedido a la independencia, la dificultad radicaba en transitar desde las estructuras autoritarias de un movimiento guerrillero, tentado de consolidarse como partido único, al establecimiento de un sistema democrático. Se intentó establecer un gobierno de unidad nacional, pero la lucha por el poder entre diferentes facciones condujo a un nuevo enfrentamiento civil en el cual confluyeron motivos políticos y económicos, pero también étnicos —dinkas contra nuer—. El conflicto se inició 15 de diciembre de 2013 cuando un batallón dinka —el presidente Salva Kiir es dinka, etnia mayoritaria— de la Guardia Presidencial intentó desarmar un batallón nuer —etnia del antiguo vicepresidente, Riak Machar, quien fue acusado de promover un golpe de Estado—.

Ante el estallido del conflicto, Naciones Unidas reforzó su misión de paz para el Sudán del Sur (UNMISS) y se inició un proceso de presiones internacionales que culminaron, en el verano de 2015, con la firma de un alto el fuego y de un acuerdo para iniciar una transición hacia la normalidad democrática. Pese a ello, la violencia sigue presente, causando una honda preocupación entre los países inversores, especialmente China, que está realizando importantes inversiones en Sudán del Sur. La empresa china estatal National Petroleum Corporation controla la extracción de petróleo y le interesa una rápida resolución del conflicto. También la necesita Sudán del Sur. Sumido en un nuevo enfrentamiento civil, el país más joven del mundo sufre sequías y su población, mal alimentada, es víctima de epidemias. Además, se

calcula en más de dos millones los sursudaneses que se han refugiado en países vecinos o se encuentran desplazados en su propio estado. Esta situación supone un elemento más de desestabilización en una zona especialmente sensible del continente africano.

VIEJAS Y NUEVAS FRONTERAS

Más de dos tercios de las actuales fronteras africanas son herencia de la época colonial, y solo un tercio están claramente delimitadas. Es por ello que la UA está desarrollando un ambicioso programa para delimitar las fronteras africanas e intermediar en los conflictos fronterizos. Para ello se hace precisa la colaboración de las antiguas potencias coloniales, en cuyos archivos se guardan los tratados y mapas utilizados para el reparto de África. Esto es así porque, atendiendo al principio del derecho internacional *uti possidetis iuris* por el cual los estados que acceden a la independencia deben respetar las fronteras previas, el criterio consagrado en la Carta de la OUA (1963) y, posteriormente, en el Acta Constitutiva de la UA (2000) fue el de respetar las fronteras existentes en el momento de acceder a la independencia. Es mucho el trabajo pendiente, especialmente en el antiguo imperio colonial francés, donde las dos grandes entidades que lo componían —África Occidental y África Ecuatorial— tenían unas fronteras tan extensas como arbitrarias y permeables.

De Gaulle ofreció a las colonias optar entre el autogobierno dentro de la Comunidad Francesa o la independencia, en cuyo caso Francia rompería cualquier vínculo con ellas. En septiembre de 1958 se celebraron los referéndums y, salvo Guinea —Guinea-Conakry—, todas las colonias optaron por el autogobierno, pero cuando vieron que Guinea,

condenada al caos por su ruptura con la exmetrópoli, obtenía ayuda del bloque soviético y evitaba el colapso, otras colonias reconsideraron su posición y se inclinaron por la independencia. Inicialmente articularon organizaciones federales para fundar estados más viables. En 1959, Senegal y el Sudán francés constituyeron la Federación de Malí, que se dividió al año siguiente en Senegal y Malí. Ese mismo año se constituyó el Conseil de l'Entente, una organización plurinacional que tenía como objetivo la cooperación entre Costa de Marfil, Dahomey, Níger y Alto Volta, países que, junto a Mauritania, alcanzaron la independencia en 1960. En el África Ecuatorial se constituyó también una efímera entidad supranacional, la Unión de Repúblicas Centroafricanas, antes de que surgieran, ya como estados independientes, Chad, República Centroafricana, República del Congo y Gabón. El fracaso de estas entidades federales se debió a la negativa de los territorios más ricos —Costa de Marfil en el África Occidental y Gabón en el Ecuatorial— a compartir su destino con los más pobres. De esta manera, a finales de 1960, todos los territorios franceses del África Subsahariana, además de Magadascar, habían alcanzado la independencia, desvaneciéndose los proyectos de unidad propugnados por pensadores de la talla del poeta senegalés Léopold Sédar Senghor, francófilo y partidario de la unión franco-africana, y de Kwame Nkrumah, promotor de la independencia de Ghana y defensor de la unión africana.

Uno de los principales problemas al que tuvieron que hacer frente estos nuevos estados fue la fijación de sus fronteras. Como en el resto del continente, los límites del imperio colonial francés se habían diseñado en las cancillerías europeas, prescindiendo de la realidad africana. Los diplomáticos habían trazado unas líneas proporcionadas por los cursos fluviales, cuando no por criterios más arbitrarios como las latitudes y las longitudes. Cuando llegó la

independencia, se optó por la intangibilidad de estas fronteras. En absoluto eran las idóneas, pero se quería evitar enfrentamientos entre los nuevos estados y garantizar su estabilidad interna.

No obstante, no se pudieron evitar los litigios derivados de la organización territorial del África Occidental. Fue el caso del litigio sobre la franja de Agacher, territorio rico en gas y en otros recursos naturales, que enfrentó, en 1974 y 1985, a Burkina Faso y Malí. En 1986, la Corte Internacional de Justicia dictó sentencia dividiendo el territorio en partes iguales entre los dos países.

Estos conflictos afectan, con frecuencia, a más de un Estado y tienen un carácter político, étnico o religioso, aunque, como en el pasado, su verdadera razón reside, en numerosas ocasiones, en el control de las materias primas, extraídas por compañías extranjeras. Además, se ven favorecidos por la extensión y porosidad de las fronteras. Estados con escasos recursos deben proteger límites fronterizos de 1.200 kilómetros, que es la extensión de la frontera que separa a Malí de Argelia.

En el Sahel confluyen muchos de estos problemas. La cuestión del Sahara Occidental está estancada y el Frente Polisario se debate entre continuar la vía política o reiniciar la lucha armada. Esto último supondría un ingrediente más de inestabilidad en la región, donde diversos grupos armados se enfrentan a los diferentes gobiernos, burlando unas fronteras que no pueden ser defendidas adecuadamente. En el norte de Malí, varias organizaciones combaten por acceder al poder y controlar los recursos naturales. Es un conflicto que se extiende por toda la región, convirtiéndola en un polvorín. No solo afecta a Malí sino también a Mauritania, Burkina Faso, Argelia, Níger, Nigeria y Chad. El peligro se hizo mayor a partir del derrocamiento de Gadafi, cuando los tuaregs que servían en la Legión Islámica del dirigente libio

regresaron armados al norte de Malí. Uno de estos conflictos es la revuelta tuareg de 2012, protagonizada por el Movimiento Nacional de Liberación del Azawad (MNLA), que ha retomado las pretensiones independentistas por las que los tuaregs han venido luchando desde el pasado siglo XX. Reivindican la independencia de Azawad, que abarca todo el norte de Malí. Aunque solo afecta a un 10 por ciento de la población del país, cifrada en 15,3 millones, estamos hablando de una extensión superior a los 800.000 km cuadrados; es decir, un 65% del territorio de Malí. Los tuaregs argumentan razones políticas y económicas. Ya en el momento de la descolonización manifestaron su deseo de no unirse a un sur con el que no se identificaban y, desde la independencia, se han sentido marginados por Bamako, a cuyas autoridades acusan de no invertir en el norte.

A los tuaregs del MNLA se unieron Al-Qaida del Magreb Islámico (AQMI), Muyao y a Ançar Dine, aunando los deseos de independencia de los primeros con el proyecto de los segundos de instaurar un estado islámico. La incapacidad de Bamako para imponer su autoridad llevó a la intervención francesa a comienzos de 2013. Esta frenó el avance de las fuerzas tuaregs y de los islamistas hacia el sur, y les hizo retroceder al norte. Fue entonces cuando, en julio de ese mismo año, se estableció sobre el terreno la Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí (MINUSMA). En 2015, se alcanzó un acuerdo de paz con el MNLA, pero la actividad yihadista continúa, reforzada por la aparición del ISIS.

A la situación en el Sahel se suman otros conflictos más focalizados y también originados por el trazado de las fronteras. En la región senegalesa de Casamance, situada entre el sur de Gambia y el norte de Guinea Bissau, persiste un sentimiento separatista que tiene su origen en el hecho de que, aunque independizada como parte de Senegal, Casamance

había pertenecido a la Guinea Portuguesa —Guinea Bissau— y mantiene una cultura fruto de la mezcla entre elementos lúsos y africanos. La violencia, intermitente, ha persistido desde 1982, cuando Senegal se negó a conceder la independencia a la región. Desde entonces, el sentimiento independentista se mantiene en la región con el apoyo de la vecina Guinea Bissau. Otro conflicto civil es la guerra que sufrió, entre 2002 y 2011, Costa de Marfil. Las diferencias étnicas, las divisiones religiosas y las pugnas políticas por el poder estuvieron detrás de un enfrentamiento que ensangrentó al país y durante el cual la población inmigrante fue especialmente castigada.

En el África Occidental británica, Costa de Oro, con el nombre de Ghana, fue el primer territorio en obtener su independencia en 1957. Le siguieron el resto de las colonias. Gambia, con un estrecho territorio completamente rodeado por Senegal, que se corresponde con la cuenca del río Gambia y pasa por ser uno de los países más pobres del continente africano, la obtuvo en 1965. Nigeria fue independiente en 1960, pero ha sufrido las consecuencias de poseer unas fronteras que agrupan a pueblos de diferentes etnias y religión. Cuando llegó el momento de la independencia, se pensó que era aconsejable la constitución de un Estado federal. El norte estaba menos desarrollado y la conexión ferroviaria con la costa le era fundamental. Esta fue la decisión que se tomó y, en 1954, entró en vigor una constitución que atribuyó poderes al Gobierno federal, al tiempo que establecía el autogobierno de las regiones. Este modelo se puso en práctica en los momentos finales de la presencia británica y fue el aplicado al inicio de la andadura independiente de Nigeria.

Sin embargo, el sureste de Nigeria, habitado mayoritariamente por los ibos cristianos y también rico en petróleo, proclamó su independencia en 1967 con el nombre de Biafra, iniciándose una violenta guerra civil que tuvo como

trasfondo el control de sus riquezas energéticas. El conflicto concluyó con la victoria del ejército nigeriano, casi tres años más tarde. Hubo tres millones de refugiados y dos de muertos, sobre todo a causa del bloqueo de Biafra, cerco que provocó hambrunas y enfermedades entre la población civil. Las imágenes del drama dieron la vuelta al mundo y la conciencia de haber podido hacer más para evitar tanto sufrimiento y la necesidad de dar una mejor respuesta a las siguientes emergencias humanitarias dio lugar al nacimiento de la organización Médecins Sans Frontières.

En la actualidad, el Gobierno de Nigeria, el país más poblado de África con unos 170 millones de habitantes y donde convive un norte musulmán con un sur cristiano, tiene serias dificultades para vencer a Boko Haram, cuyo objetivo es terminar con la influencia occidental y establecer un estado islámico. La inestabilidad y los enfrentamientos armados se han extendido a Camerún, Chad y Níger, mostrando cómo la arbitrariedad y permeabilidad de las fronteras africanas, además de ser una de las causas de la extensión de los conflictos, ayudan a explicar la dificultad en solucionarlos.

Dos últimos países de la antigua África Occidental británica sufrieron cruentas guerras civiles, Sierra Leona y Liberia. En 1961, Sierra Leona obtuvo su independencia. Treinta años más tarde estallaba la guerra civil, originada por las diferencias étnicas y alimentada por la producción de diamantes. Este conflicto terminó en 2002 y fue especialmente dramático. No era una novedad en los conflictos africanos, pero las noticas sobre niños soldados y el secuestro de niñas para convertirlas en esclavas sexuales tuvieron una especial repercusión en la opinión pública occidental. Vecina de Sierra Leona, Liberia mantuvo cierta estabilidad hasta el golpe de Estado de 1980, que terminó con el dominio de la minoría descendiente de los afroamericanos. Se inició entonces una etapa turbulenta, que llevó a la primera guerra

civil liberiana (1989-1996). Tras este conflicto, alcanzó el poder Charles Taylor, cuyo gobierno mantuvo un alto grado de violencia e intervino en la guerra civil de Sierra Leona. La lucha por el poder en Liberia condujo a una segunda guerra civil (1999-2003), que concluyó con la intervención de Naciones Unidas y el exilio de Taylor. Tres años más tarde, fue detenido y acusado de crímenes de guerra y lesa humanidad. Juzgado en La Haya por un Tribunal Especial para Sierra Leona fue condenado a 50 años de cárcel en mayo de 2012.

Las antiguas colonias alemanas que, tras la Primera Guerra Mundial, se habían convertido en mandatos de la Sociedad de Naciones, quedaron bajo administración fiduciaria de Naciones Unidas. En el África Occidental, la parte occidental de Togo fue a parar a manos británicas y, tras un plebiscito, se incluyó en Ghana en 1957. Su parte oriental quedó en manos francesas y se independizó en 1960 con el nombre de Togo. Más complejo fue el caso de Camerún. En 1960, el Camerún francés obtuvo su independencia y, al año siguiente, se celebró un referéndum en el Camerún británico. El norte decidió unirse a Nigeria, mientras que el sur se manifestó mayoritariamente partidario de integrarse en el Camerún francófono conformando el actual Camerún. El principal conflicto en Camerún estalló cuando Francia ilegalizó la Union des Populations du Cameroun, organización que abogaba por el establecimiento de un estado socialista. El conflicto generó en una lucha armada que comenzó en 1955 y continuó tras la independencia de Camerún. Francia, interesada en mantener su influencia en la región, colaboró con el nuevo Gobierno en la represión de los insurgentes. En sus primeros años, este enfrentamiento pasó desapercibido para la opinión pública francesa al coincidir con la guerra de Argelia. No fue así para quienes lo padecieron. Entre 70.000 y 120.000 cameruneses perdieron la vida en este conflicto, que concluyó en 1971 con la victoria gubernamental.

Las fronteras coloniales heredadas por Nigeria y Camerún también han sido fuente de conflicto. El litigio se sitúa en la península de Bakassi, un territorio de apenas 1.000 kilómetros cuadrados e históricamente reivindicado por ambos países. Ya antes de la Gran Guerra, Reino Unido y Alemania se habían disputado este territorio, rico en pesca. En 1913 decidieron incluir la península en el Camerún, pero esta decisión no se llegó a aplicar. Por ello, en el momento de las independencias, Bakassi quedó bajo administración nigeriana. Las tensiones fueron continúas entre Nigeria y Camerún, que reclamaba la soberanía del territorio, sobre todo a partir del descubrimiento de yacimientos de hidrocarburos en el golfo de Guinea. Se sucedieron las discusiones y los incidentes fronterizos hasta que, a finales de 1993, la península fue ocupada por las tropas nigerianas. La OUA intentó arbitrar, pero su mediación fracasó. El Gobierno de Camerún llevó el caso ante la Corte Internacional de Justicia de la Haya, que, en 2002, dictó sentencia a favor de Camerún. Nigeria se negó a abandonar la península hasta que, por intermediación de Naciones Unidas, se acordó la progresiva retirada del ejército nigeriano y la entrega de Bakassi a Camerún, que se produjo en 2008. Se trataba de un acuerdo inserto en otro más amplio que delimitó la extensa frontera que, desde el lago Chad hasta el océano Atlántico, comparten Nigeria y Camerún. Nigeria, a cambio de ceder la soberanía de la península, obtuvo importantes concesiones, principalmente la libertad de circulación de los buques bajo bandera nigeriana, siempre que no fueran navíos de guerra, y el derecho a continuar sus explotaciones petrolíferas, pagando unos gravámenes al Gobierno camerunés.

Pero el problema no está completamente resuelto. Las tensiones continúan entre ambos países por la fijación de los límites marítimos, dado que es en el océano Atlántico donde se sitúan los recursos pesqueros y los principales

yacimientos petrolíferos. Por otra parte, se trata de una zona donde actúan grupos armados que extorsionan a las empresas allí establecidas y trafican con el petróleo del Delta del Níger, e independentistas que reclaman la autonomía de la península de Bakassi. Camerún, satisfecha con el nuevo *statu quo*, ha desplegado sus fuerzas en la península, al tiempo que intenta tranquilizar a la población nigeriana que permanece en Bakassi para evitar cualquier enfrentamiento con su poderoso vecino.

LAS GUERRAS DEL AGUA Y EL DRAMA DE LOS REFUGIADOS

El agua es un bien escaso y desigualmente repartido en gran parte del continente africano. A ello se suma la falta de agua potable, que obliga a parte de la población, generalmente mujeres, a trasladarse varios kilómetros diariamente para poder abastecerse. El problema de la falta de agua se ha complicado por el calentamiento global, que aumenta la evaporación y la desertificación. El Cuerno de África ha sufrido especialmente un incremento de las sequías. La disminución de las precipitaciones obliga a la sobreexplotación de las fuentes de agua y de los pastos que terminan por agotarse. El resultado es la muerte del ganado, que, además, no puede ser mantenido por el incremento del precio de los cereales. Los ganaderos y agricultores no pueden alimentar a sus familias y acceden a manantiales insalubres. Es todo un círculo vicioso que lleva al éxodo de la población y está detrás de numerosos conflictos entre comunidades. Entre los países más afectados por la sequía se encuentran Sudán, Sudán del Sur, Etiopía y Somalia.

Al aumento de las sequías, se suma el crecimiento de la población africana y las necesidades de las grandes urbes;

la contaminación de ríos y lagos, que, a falta de un correcto sistema de saneamiento, propaga enfermedades; las necesidades de una ganadería en crecimiento; el incremento de los grandes cultivos destinados a la exportación, y los usos de un sector industrial en expansión. Todo ello ha provocado que los estados ribereños, sus usuarios tradicionales y el capital internacional pugnen por este bien preciado. Los primeros para desarrollar sus países, los segundos para mantener sus actividades agrícolas y ganaderas y los terceros para poner en marcha cultivos a gran escala destinados a un mercado mundial donde se obtienen grandes beneficios.

Al igual que sucede con otros recursos, el agua es hoy motivo de conflicto. Las guerras del agua se suceden en el continente africano y se aventura que muchos de los próximos enfrentamientos estarán motivados por su control. Quien la posea, tendrá la llave del desarrollo. Quien la pierda, verá a su población condenada al hambre, a la pobreza, a la pugna entre comunidades y, en última instancia, a la emigración.

En la actualidad, el aprovechamiento de las aguas del Nilo es uno de los principales motivos de discordia. Está en juego el suministro de agua para más de 450 millones de personas. Los derechos históricos de Egipto se confrontan con las necesidades crecientes de los demás países ribereños, antes marginados del aprovechamiento de unos caudales que deben hacer frente a unas exigencias cada vez mayores. Se puede mejorar la irrigación y la gestión del agua, pero no lo suficiente como para satisfacer todos los usos que se prevén a medio plazo.

En este contexto, la construcción por Etiopía de una gran presa sobre el Nilo Azul es motivo de discusión entre los estados ribereños. Este proyecto es posible por los cambios políticos en esta parte del continente africano. Egipto, con un menor crecimiento y graves problemas internos, ya no

tiene la fuerza necesaria para imponer su voluntad; Sudán está dividido y sus dos estados no mantienen una postura rígida al respecto; Etiopía aspira a convertirse en una potencia regional, que afirma su derecho a desarrollarse para escapar de su situación de pobreza, y el resto de países por donde transcurre el Nilo no quieren dejar pasar la oportunidad de sacar rédito a la nueva situación.

El punto de partida de este litigio se sitúa en 1929, cuando los británicos decidieron que Egipto dispusiera de las aguas del Nilo, con derecho a vetar cualquier proyecto que le perjudicara. Con la llegada de la independencia, se estableció que a Egipto le correspondían 55.500 millones de metros cúbicos de agua anuales y 18.500 a Sudán. Nada se dejaba para los demás países ribereños, muchos de los cuales aún no habían obtenido su independencia. Se trataba de una cuestión vital para Egipto, que depende del Nilo para existir.

Sin embargo, este gran río nace a cientos de kilómetros, en países con los que los egipcios no tienen ni siquiera frontera. Por otra parte, el Nilo se nutre de dos grandes afluentes, que contribuyen a su caudal de manera muy desigual: el Nilo Blanco y el Nilo Azul, que se unen en Jartum. El primero de ellos, que en su largo recorrido atraviesa Burundi, Ruanda, Tanzania, la República Democrática del Congo, Uganda, Kenia, Sudán del Sur y Sudán, proporciona el 15 por ciento del caudal. El Nilo Azul, que nace en Etiopía, cerca de la frontera con Sudán, es el que suministra, junto a otros ríos procedentes de Etiopía, como el Tekezé, que hace frontera con Eritrea y conecta con el Nilo a través del Atbara, el 85 por ciento restante. En conjunto, son 11 los países por donde discurre el río y ello hace preciso un aprovechamiento consensuado de sus caudales si se quieren evitar conflictos. Con este propósito, se constituyó la Nile Basin Initiative (1999), una agrupación de estados ribereños del Nilo —Egipto, Sudán, Etiopia, Kenia, Burundi, Ruanda, Tanzania, Uganda,

República Democrática del Congo, y Eritrea como Estado observador— que sostenía el principio de la utilización compartida de las aguas, atendiendo a criterios de equidad y sostenibilidad. Se avanzó muy poco y, en 2010, Etiopía, Uganda, Ruanda y Tanzania firmaron la Nile River Basin Cooperative Network. Este tratado, apoyado también por Burundi, la República Democrática del Congo y Kenia, demandaba derechos de uso para otros países que no fueran Egipto y Sudán.

Es en este momento de reivindicación del uso de las aguas del Nilo donde se sitúa la construcción de la Gran Presa del Renacimiento de Etiopía. Este nombre no es inocente. Representa el deseo de Etiopía de afianzarse como potencia y se ha convertido en el símbolo de su desarrollo. Esta obra reforzará la posición del país como exportador de electricidad y de productos agrícolas, pero está por ver si beneficiará también a su población, en parte sin acceso al suministro eléctrico y afectada por continuas hambrunas.

La presa se inició en 2011. Sigue en fase de construcción y, según las estimaciones más realistas, su terminación está prevista en 2019. Construida por la empresa italiana Salini Costruttori, esta magna obra tiene un presupuesto aproximado de 4.500 millones de euros. Esta cantidad ha sido financiada en un 30 por ciento por capital chino y el resto lo aporta el Gobierno etíope mediante la emisión de deuda pública y través de aportaciones de su población. Se calcula que esta gigantesca obra hidráulica producirá 6.000 megavatios anuales. Respecto a la irrigación, la presa se sitúa a apenas 40 kilómetros de la frontera sudanesa. Por ello, la superficie irrigada tendrá que concentrarse en las proximidades del lago que, con una capacidad estimada de 63.000 millones de metros cúbicos, surgirá gracias a la presa.

El consenso parece abrirse paso y se aleja el peligro de una guerra. En marzo de 2015 se firmó un principio de acuerdo entre Egipto, Sudán y Etiopía. El compromiso etíope de no perjudicar los intereses hídricos egipcios y sudaneses ha reducido la tensión y ha permitido a los etíopes proseguir sus proyectos energéticos sobre el Nilo. La realización de obras hidráulicas aumenta la cantidad de agua y el aprovechamiento común de estos nuevos caudales puede beneficiar a todos. Evidentemente a Etiopía, pero también a los estados que se encuentran río abajo. Egipto y Sudán, además de negociar un ritmo de llenado de la presa pausado para evitar graves perjuicios, podrán obtener energía eléctrica a buen precio. Sudán adquiriría también, en tiempos de sequía, parte del agua embalsada, al tiempo que la presa evitará las inundaciones periódicas. Por último, sudaneses y etíopes podrían desarrollar proyectos agrícolas comunes. Los primeros cuentan con grandes extensiones más allá de la presa y los segundos con el agua. Es pues posible el entendimiento, siempre pendiente de una buena gestión del uso del agua y de que, en un momento de calentamiento global y aumento de las necesidades, el agua embalsada sea suficiente. Igualmente, es preciso consensuar los recursos hídricos procedentes del Nilo Blanco. Para ello es preciso contar también con la opinión de la República Democrática del Congo, Ruanda, Burundi, Tanzania, Kenia, Uganda y Sudán del Sur.

La carencia de agua es un problema recurrente en el continente africano y está en el origen de otros conflictos. El aprovechamiento del río Okavango es causa de disputas entre Botsuana y Namibia a causa del desvío que este último país hace de un porcentaje de sus aguas antes de que, durante su breve paso por Namibia, desemboque no en el mar, sino en Botsuana, en pleno desierto del Kalahari. Chad, Camerún, Níger y Nigeria litigan por las aguas del lago Chad. La reducción de su extensión pone en peligro el futuro de las

poblaciones que viven de él y, probablemente, el lago desaparezca a lo largo de este siglo a causa de la escasez de precipitaciones y el aumento del consumo. En Ghana, la construcción de la presa de Okasombo en el río Volta ha permitido la creación del lago Volta, el embalse más grande del mundo, que proporciona electricidad a Ghana para su consumo interno y para la exportación. Sin embargo, esta obra ha desplazado a la población y originado problemas medioambientales. El deterioro del medio ambiente, junto a las sequías y una utilización abusiva, están también complicando el futuro del río Níger, fundamental para el transporte y la alimentación en el África Occidental. Otras veces, en un continente de contrastes como es el africano, los litigios se originan por el exceso de agua. En 2000, el aumento del caudal del río Zambeze llevó al Gobierno de Zimbabue a desembalsar agua por la presa de Kariba, provocando graves inundaciones río abajo, en territorio de Mozambique, que protestó enérgicamente.

En ocasiones, los conflictos derivan directamente de las fronteras establecidas. Es el caso de los enfrentamientos por el disfrute de las aguas del lago Malaui, que baña tierras de Mozambique, Tanzania y Malaui. Aunque Tanzania tiene costa en el lago, no tiene derecho a sus aguas, dado que la frontera colonial británica se situó en la misma costa tanzana. No obstante, la legislación internacional fija el principio de que, en el caso de que las costas de dos países se encuentren enfrente una de otra, las aguas territoriales de cada estado no irán más allá de la mitad equidistante. En virtud de este principio, Tanzania exige que la línea fronteriza con Malaui se sitúe en el centro del lago, límite que además coincide con el que separaba a las colonias de Alemania y Gran Bretaña antes de que la primera perdiera Tanzania. Otras veces son conflictos internos que surgen por el enfrentamiento entre comunidades agrícolas y ganaderas que compiten por

el disfrute del agua. Entre 2012 y 2013, enfrentamientos interétnicos opusieron a agricultores pokomo —bantúes— contra pastores oromo —etíopes— por el control de las tierras y aguas del Delta del Tana, en Kenia. Enemigos tradicionales, las luchas entre ambas etnias causaron más de un centenar de muertos y miles de desplazados.

Al agua como bien escaso se suman otros factores ya vistos como la política, la etnia o la religión, pero, al igual que ocurre en los conflictos originados por el control de otros recursos naturales, no debe olvidarse su verdadero motivo. Así ocurre también con el acaparamiento de tierras por las grandes sociedades agrícolas, que compran a buen precio enormes extensiones de tierra para dedicarlas a la agricultura extensiva. Es un problema que sufren los países que están en situación más precaria, especialmente Sudán del Sur y los países del Cuerno de África, pero también otros con amplias extensiones cultivables como Kenia, Mozambique, Congo o Camerún. El origen de este acaparamiento reside en el incremento de los precios agrícolas en los mercados internacionales, un aumento motivado por el deseo de los gobiernos del primer mundo de garantizar sus necesidades alimentarias a buen precio. Por no hablar de China, que tiene que alimentar a casi 1.380 millones de habitantes. Y África es un buen lugar para invertir en la compra de tierras. Son abundantes y fértiles, y es habitual que las propiedades no estén escrituradas. Esto facilita que pasen a manos públicas y sean vendidas a inversores extranjeros. Una legislación laboral favorable a los propietarios, escasos impuestos a las grandes empresas y una mano de obra barata hacen aún más atractivo invertir en el continente africano.

Este acaparamiento de tierras tiene graves consecuencias. Pequeños y mediados agricultores y ganaderos son expulsados de sus tierras y se suman a la emigración. No olvidemos también que las pequeñas explotaciones generan

más empleo que los latifundios intensivos. La población africana debe hacer frente igualmente a la subida de los precios agrícolas, sufriendo la contradicción de pasar hambre mientras sus países se convierten en exportadores de productos agrícolas. El continente también sufre importantes impactos medioambientales en cuanto que, frente a la agricultura tradicional, la intensiva se caracteriza por el uso de la gran maquinaria, el aumento del consumo de agua y el uso abundante de fertilizantes químicos que contaminan tierras y acuíferos.

Todos estos conflictos que empobrecen y desangran a África han provocado innumerables desplazamientos. Sus víctimas, forzadas a huir por motivos de guerra o por sufrir persecución a causa de su etnia, nacionalidad, religión, pertenencia a un grupo social u opción política, se cuentan por millones. Entre tantos enfrentamientos, el más dramático de todos y que provocó uno de los éxodos más importantes de población africana fue el genocidio sufrido por los tutsis en Ruanda a manos de los hutus. Durante la ocupación alemana y con la administración belga se fomentó la hegemonía de los tutsis sobre los hutus. Esta división aumentó más la separación entre ambas poblaciones, que se siguieron enfrentando tras la independencia. En 1994, las milicias hutus del Interahamwe ejecutaron un organizado plan para asesinar a la población tutsi y a los hutus moderados. Ante la pasividad internacional, la mayor parte de la población tutsi ruandesa —800.000 personas— fue exterminada. A continuación, llegó la venganza tutsi y el conflicto se extendió al resto de la región de los Grandes Lagos, por donde se desplazaron cientos de miles de refugiados.

El país más afectado fue Zaire —anterior Congo Belga y actual República Democrática del Congo—. Su transición a la independencia había sido brusca y conflictiva. Tras una rápida salida de Bélgica, el primer ministro congoleño, Patrice

Lumumba, era partidario de un Congo unido, pero la diversidad de la excolonia belga era tan grande como su territorio, y existían importantes intereses internos e internacionales por controlar sus riquezas naturales. Aleccionada por los poderes económicos que querían seguir controlando sus riquezas mineras, Katanga proclamó su independencia. Naciones Unidas intervino para impedir una guerra civil y devolver la provincia a la soberanía congoleña, al tiempo que los Estados Unidos y la Unión Soviética pugnaban por controlar el nuevo estado. El caos y la violencia se adueñaron del país. Lumumba fue asesinado y Mobutu Sese Seko se convirtió en el nuevo hombre fuerte, iniciando un gobierno autoritario y corrupto. En 1996, los tutsis congoleños se levantaron contra Mobutu, quien permitía a los hutus actuar con total impunidad. Fue la primera guerra del Congo, que concluyó con la huida de Mobutu. Pero, dos años más tarde, estallaba la segunda guerra del Congo, una de cuyas causas fue la lucha por el control de los recursos naturales. En este nuevo conflicto se vieron involucrados, directa o indirectamente, gran parte de los estados africanos. Cuando esta guerra africana terminó en 2003, se calcula que habían muerto de 5 a 6 millones de personas y un número próximo a los 5,5 millones se había desplazado en busca de refugio en la misma República Democrática del Congo o en países vecinos.

A estos conflictos centroafricanos —también la excolonia francesa, República Centroafricana, sufre enfrentamientos civiles— se suman otros muchos que han convertido a África en el continente con mayor número de refugiados. El informe de Tendencias Globales de ACNUR, la agencia de Naciones Unidas para los refugiados, estima que el África Subsahariana acogía, en el primer trimestre de 2015, a 4,1 millones de refugiados. En los países del norte de África el número de refugiados era de 3 millones, cifra difícil de concretar por la complicada situación libia.

Los diversos conflictos que afectan a países como Nigeria, Malí, la República Democrática del Congo, la República Centroafricana, Burundi, Sudán del Sur o Somalia han hecho huir de sus países a millones de personas que se agolpan en campos ubicados en sus propios países o en países vecinos, normalmente tan pobres como los de procedencia. El gran número de refugiados somalíes, estimados en 1,1 millones de personas, convierte a Somalia en el primer país africano en número de refugiados y el tercero en el mundo. Esta población somalí se ubica en los campos de Kenia (418.900), Yemen (249.000) y Etiopía (247.300). Los sudaneses del sur eran, a finales de junio de 2015, 744.100 y estaban acogidos, principalmente, en Etiopía (275.400), Sudán (190.700) y Uganda (179.600). Otros países con un gran número de refugiados son la República Democrática del Congo (535.300), la República Centroafricana (470.600) y Eritrea (383.900). A ellos se suma Nigeria, donde el conflicto entre el ejército y Boko Haram ha provocado 300.000 refugiados, y Burundi, donde la violencia política se ha recrudecido en 2015 y principios de 2016, provocando el éxodo de más de 140.000 burundeses.

Entre los países receptores, Etiopía era el país africano que, a mediados de 2015, acogía a un mayor número de refugiados: 702.500, que procedían de Sudán del Sur (275.400), Somalia (247.300), Eritrea (139.300) y Sudán (36.500). Le seguía Kenia con 552.300, procedentes de Sudán y, sobre todo, de Somalia. La intensificación de los conflictos en el oeste de la República Democrática del Congo y en Sudán del Sur ha provocado nuevas oleadas de refugiados, obligando a Uganda a albergar a 428.400 refugiados. Otros países de acogida de refugiados, a mediados de 2015, eran Chad (420.800) y Sudán (356.200).

A los refugiados se suman cientos de miles de desplazados internos. Los más numerosos son los de Sudán (2,3 millones),

Sudán del Sur (1,5 millones), la República Democrática del Congo (1,5 millones) y Nigeria (1,4 millones). Tanto estas cifras de desplazados como las anteriores de refugiados varían en atención a la intensidad de los conflictos. Cuando estos tienden a solucionarse aumenta el número de retornados, pero el descenso en los últimos años de este número indica que la mayor parte de los conflictos actuales no llevan visos de resolverse.

Hemos visto cómo un gran número de estos refugiados son somalíes. Ello es el resultado de décadas de sequías y guerras. La conflictividad presente en el nacimiento de Sudán y de Eritrea —independiente desde 1993, mantiene conflictos fronterizos con Sudán y Etiopía, y está dirigida por un Gobierno acusado por Naciones Unidas de crímenes contra la humanidad— no fue una excepción en el caso de Somalia. La Somalia británica y la italiana adquirieron la independencia en 1960 y, en ese mismo año, sus respectivas asambleas legislativas se reunían en Mogadiscio y proclamaban la República de Somalia. Esta unificación se basó en la existencia de una identidad somalí. Con una misma etnia, lengua y cultura, la división entre clanes se compensó con un nacionalismo forjado en la lucha contra las potencias coloniales. Pero la vida del nuevo Estado somalí estuvo plagada de conflictos. Años antes de su independencia, en 1954, los británicos habían decidido que la región de Ogadén, por donde transitaban pueblos somalíes nómadas, pasara a manos de Etiopía, creando así un motivo de conflicto territorial entre este país y Somalia que derivó en la guerra de Ogadén (1977-1978). Eran tiempos de la guerra fría y esta parte del continente es estratégica por dar salida a los barcos que atraviesan el canal de Suez. Etiopía estuvo apoyada por la Unión Soviética y Cuba —Hailé Selassié había sido derrocado en 1974 por una Junta Militar que abrió un periodo de regímenes militares de corte comunista—, mientras que Somalia

solicitó la ayuda de los Estados Unidos. El conflicto terminó con victoria etíope.

El irredentismo somalí exigía la incorporación de todos demás territorios donde existiera población de esta procedencia. Con una estrella de cinco puntas, sobre fondo azul, la bandera somalí simbolizaba esta gran Somalia. Cada punto representaba uno de los cinco territorios somalíes que se ambicionaba unificar. Se trataba no solo de las dos antiguas Somalias, italiana y británica, y del Ogadén, sino también de la parte más oriental de Yibuti y del noreste de Kenia. El territorio francés de ultramar de los Afars e Issas, actual Yibuti, había obtenido su independencia en 1977, pero ya antes de convertirse en un único estado se había planteado una posible división, atendiendo al origen de sus dos principales etnias: la zona de mayoría afar pasaría a Etiopía y la issa a Somalia. Finalmente, se impuso el parecer de Naciones Unidas y de la OUA y se creó un único estado, Yibuti, que inició una difícil andadura marcada por las diferencias entre afars e issas, estos últimos somalíes y ubicados en la franja limítrofe con Somalia. En el caso de Kenia, se trató, nuevamente, de una decisión polémica. Gran Bretaña, potencia colonial, decidió que el noreste, habitado por población somalí, se mantendría dentro del nuevo Estado keniano. Esta situación ha sido un foco de inestabilidad para el Gobierno de Kenia que, desde los primeros momentos de su independencia, tuvo que hacer frente a guerrillas independentistas somalíes. Hoy en día este territorio es también campo de actuación de grupos armados islamistas que actúan desde Somalia.

La actual desestructuración del estado somalí es resultado de su reciente devenir histórico. La guerra, los conflictos internos y los problemas económicos han conducido a su desintegración. Tras la caída de Mohamed Siad Barre, en 1991, quien llevaba más de 20 años en el poder, la que había

sido Somalia británica se declaró independiente con el nombre de República de Somalilandia. Siete años más tarde, la parte más nororiental de Somalia proclamaba su separación del resto de Somalia con el nombre de Puntlandia. Desde entonces, la situación de Somalia no hizo sino complicarse por la guerra civil entre diferentes señores de la guerra que aspiraban a reunificar Somalia bajo su control. En los años noventa, las intervenciones de Naciones Unidas y de los Estados Unidos se saldaron con sendos fracasos y las organizaciones humanitarias tuvieron grandes problemas para ayudar a una población acuciada por las guerras y el hambre. La intervención del ejército etíope, con apoyo de los Estados Unidos, para expulsar de Mogadiscio a los Tribunales Islámicos tampoco solucionó el problema. En la actualidad, se ha constituido un Gobierno federal que combate al Al Shabaab, organización que pretende unificar Somalia bajo la ley islámica. La violencia no cesa y a ello se suman periódicas crisis alimentarias, fruto de la sequía y del conflicto. Cientos de miles de somalíes han salido del país. Muchos de ellos se han hacinado en el campo de refugiados de Daddab, el mayor del mundo. Gestionado por ACNUR, llegó a acoger a más de 300.000 refugiados. Al problema de los refugiados somalíes, Kenia suma la necesidad de hacer frente a la llegada de otros cientos de miles de sudaneses. Solo en el campo de Kakuma, situado al noroeste, junto a la frontera con Uganda y Sudán del Sur, se agolpan casi 200.000.

EL FIN DE LA HEGEMONÍA BLANCA

Los colonos establecidos en los territorios que abarcan desde la actual Uganda a Sudáfrica pretendían seguir ostentando el poder frente a las mayoritarias poblaciones negras. Su resistencia retrasó la descolonización, pero a comienzos

de los años noventa, con la independencia de Namibia y el fin del *apartheid* en Sudáfrica, terminaba más de un siglo de dominación de las minorías blancas en esta parte del continente africano.

Gran parte de estas colonias obtuvieron su independencia en los primeros años sesenta. En ellas, el caso más importante de violencia contra la presencia colonial se dio en Kenia, donde los kikuyu, agrupados en la organización Mau-Mau, iniciaron una revuelta en 1951. Las mejores tierras estaban en manos de los colonos y ello había obligado a muchos kikuyu a convertirse en asalariados. El resultado fue su empobrecimiento y, en muchos casos, la emigración a Nairobi, donde se multiplicó el problema del desempleo. A la violencia de los kikuyu, la administración colonial respondió con sangrientas represalias. Fue un difícil periodo de la historia keniana que Ngugi wa Thiong'o reflejó en *A Grain of Wheat* (1967). El enfrentamiento concluyó con la derrota insurgente. Pese a la victoria colonial, este conflicto favoreció el acceso a la independencia de Kenia en 1963 y confirmó a las autoridades británicas las dificultades con las que se podían encontrar si pretendían mantener por la fuerza a las minorías blancas al frente de sus colonias.

En 1961, Tanganyika alcanzó la independencia, nuevo estado al que se integrará la isla de Zanzíbar. Allí se había reconocido la autoridad del sultán y de su gobierno árabe, pero en 1964 la mayoría africana, marginada del poder, se sublevó. Miles de árabes e hindúes fueron asesinados y otros expulsados, y las nuevas autoridades unificaron la isla a Tanganyika, dotándola de una amplia autonomía. A la unidad del nuevo Estado, que pasó a denominarse Tanzania, ayudó el uso generalizado de la lengua swahili y el reforzamiento del sentimiento nacional, que ensalzó la resistencia a la dominación colonial, reconociendo como héroe nacional a Kinjikitile Ngwale, líder de la rebelión Maji Maji. Se

trataba, como en tantos casos, de una instrumentalización de la historia. La revuelta se produjo en el sur de Tanganyika, mientras que en el norte y en la zona costera el apoyo a la rebelión fue menor y el ejército colonial alemán reclutó a miles de askaris de entre su población.

Mientras que Ruanda y Urundi —con el nombre de Burundi— obtuvieron la independencia en 1962, iniciando un trágico recorrido a causa de los sucesivos enfrentamientos entre tutsis y hutus, en Uganda, la principal dificultad residió en la privilegiada posición del reino de Buganda, favorecido por el régimen colonial. Un acuerdo entre la monarquía bugandesa y el Uganda People´s Congress de Milton Obote permitió acceder a la independencia en 1963, pero Obote se hizo pronto con el poder, inaugurando un periodo de gobiernos autoritarios. Posteriormente, durante el gobierno de Idi Amin cientos de miles de ugandeses fueron asesinados y la minoría asiática fue expulsada, lo cual supuso un grave quebranto para la economía del país. Tras una inestable política exterior, quien fuera aliado de Gadafi fue derribado en 1979 por una ofensiva del ejército tanzano, apoyado por exiliados ugandeses.

Más al sur, los británicos unieron Nyasalandia, Rhodesia del Norte y Rhodesia del Sur en la Federation of Rhodesia and Nyasaland. Querían crear una entidad que complementase los recursos mineros e infraestructuras de las dos Rhodesias con la abundante mano de obra negra de Nyasalandia, y con la suficiente presencia blanca —la notable colonia de Rhodesia del Sur compensaba el reducido número de pobladores europeos instalados en los otros dos territorios— como para resistir la implantación de un sistema multirracial, donde el Parlamento estuviera formado por un número determinado de representantes de cada raza. De esta forma, se evitaba un verdadero sistema democrático que habría supuesto el acceso al poder de la mayoría negra, algo que el

Gobierno británico quería retrasar y los colonos blancos evitar a toda costa. Estos últimos pretendían la independencia de Gran Bretaña y constituir un Estado bajo su control.

Sin embargo, este proyecto fracasó y, una década más tarde, en 1963, la federación se disolvió. El nacionalismo africano triunfó en Nyasalandia —Malaui— y Rhodesia del Norte, y ambos países se independizaron en 1964. Dos años más tarde, el protectorado británico de Bechuanalandia obtenía su independencia e iniciaba una transición pacífica, sin inquietar al poder económico de la minoría blanca. Botsuana, aunque siempre condenó el *apartheid*, tenía a gran parte de su población trabajando en Sudáfrica y dependía de sus importaciones.

La minoría blanca de Rhodesia del Sur logró mantenerse en el poder unos años más gracias a su notable presencia. En los años sesenta eran 250.000, frente a una mayoría negra de algo más de cuatro millones. A finales de 1965 declaró unilateralmente su independencia sin más apoyo internacional que el de Portugal y Sudáfrica, interesadas en sostener un régimen blanco como los que los lusos mantenían en Angola y Mozambique y como lo era la propia Sudáfrica. El nuevo Gobierno de Rhodesia mantuvo un sistema de división racial que perpetuaba el régimen colonial. El poder político permaneció en manos de los blancos, poseedores de las mejores tierras, empresas y empleos. La población negra, asalariada o desempleada, mantuvo una condición social y económica precaria. Naciones Unidas impuso sanciones al régimen de Salisbury, pero el apoyo de Portugal y Sudáfrica le garantizó la llegada del petróleo necesario para su economía. Finalmente, la situación se hizo insostenible. A la actividad guerrillera de la oposición negra, apoyada por los países de la Línea del Frente —Angola, Botsuana, Mozambique, Tanzania, Zambia y Zimbabue—, se sumó el fin del interés portugués por un régimen blanco en Rhodesia a partir de la independencia de

Angola y Mozambique en 1975. Ante la inviabilidad del Gobierno blanco, Sudáfrica negoció una transición pacífica hacia la independencia democrática de Rhodesia. Los colonos blancos empezaron a dejar el país y la población negra accedió a los derechos políticos. En las elecciones de 1980 llegó al poder la Zimbabue African National Union de Robert Mugabe, quien desde entonces se ha mantenido al frente del país. Su reforma agraria expropió a los grandes propietarios coloniales, pero el proceso expropiatorio y la posterior adjudicación de tierras fueron objeto de numerosas polémicas. La represión de la oposición y las sospechas de manipulación electoral modificaron la imagen de un líder, Mugabe, que comenzó siendo un héroe de la independencia de Zimbabue.

Portugal mantuvo sus colonias de Angola y Mozambique hasta fecha tardía por la resistencia de su Gobierno a concederles la independencia. Sus razones residían en su peso económico, en la posibilidad de la dictadura de aplicar una política autoritaria y en la notable presencia de colonos. Poco antes de la independencia, el número de colonos era de 250.000 en Angola y 130.000 en Mozambique, frente a unas mayorías negras de cinco y ocho millones, respectivamente. Las colonias habían sido reconocidas como provincias de ultramar en 1951, pero esto no mejoró las condiciones de vida de los africanos, quienes vieron que la vía armada podía acelerar un proceso de independencia al que la metrópoli se oponía. El conflicto se inició en Angola. En 1961, varios miles de colonos portugueses y africanos afines fueron masacrados en una revuelta sofocada con igual brutalidad por las tropas llegadas de Portugal. La lucha armada se extendió a Guinea y Mozambique, mientras Naciones Unidas criticaba la decisión portuguesa de no emprender la descolonización de su imperio.

El agotamiento por la guerra colonial condujo a la Revolución de los Claveles del 25 de abril de 1974 y a la caída de la dictadura, abriendo el camino a la independencia. En

1974, la alcanzaba la Guinea Portuguesa y, al año siguiente, Angola y Mozambique. Pero la independencia no trajo la paz. Sendas guerras civiles comenzaron en las excolonias lusas entre los distintos movimientos independentistas, alimentadas por los intereses de Sudáfrica y de las grandes potencias de la guerra fría. La paz llegará finalmente a Mozambique a principios de los años noventa y una década más tarde a Angola, iniciando entonces ambos países un proceso de reconciliación y transición a regímenes democráticos.

Al mantener las fronteras coloniales, Angola y Mozambique heredaron su conflictiva configuración. En Angola, el enclave de Cabinda quedó bajo soberanía angoleña, aunque está separado del país por la República Democrática del Congo. Con un cuarto millón de habitantes y 7.200 kilómetros cuadrados de extensión, de Cabinda se extrae gran parte del petróleo angoleño. Sus habitantes manifiestan su disconformidad con el hecho de que, pese a ser una fuente de ingresos para Angola, su Gobierno apenas invierte en el territorio. Esta situación ha fomentado el nacionalismo del que fuera Congo Portugués. Los grupos nacionalistas reivindican la independencia argumentando que el Tratado de Simulambuco (1885), que estableció el protectorado sobre Cabinda, obligaba a los portugueses a mantener su integridad territorial. Además, cuando el Estado Libre del Congo logró su salida al mar a través de la desembocadura del Congo, Cabinda quedó aislada de Angola. Pese a ello, llegada la descolonización, Portugal la incluyó dentro del estado angoleño.

Frente a las costas de Mozambique, la isla de Magadascar obtuvo su independencia en 1960, tras haber sido sofocada una grave revuelta a finales de los años cuarenta. Próxima a Magadascar se sitúan las islas Comoras, que obtuvieron la independencia de Francia a mediados de los años setenta. En este archipiélago se sitúa la isla de Mayotte, con algo más de 218.000 habitantes y una extensión de apenas

376 kilómetros cuadrados. La cuestión de la soberanía de Mayotte enfrenta a Comoras con Francia, que, apoyada por la mayoría de sus habitantes, contrarios tanto a la independencia como a la integración en Comoras, y consciente de la importancia estratégica de la isla, mantiene para Mayotte el estatus de departamento de ultramar —condición que comparte con la isla de Reunión—, vínculo reforzado por la declaración, en 2014, de Mayotte como región ultraperiférica de la Unión Europea. Esta circunstancia es la causa de la gran diferencia existente entre las condiciones de vida en Mayotte y en el resto del archipiélago. Frente a frente se sitúan el primer y el tercer mundo. El Gobierno francés invierte en Mayotte para mantener un nivel de vida similar al metropolitano, mientras que Comoras es uno de los países más pobres del mundo. Este contraste explica la reproducción, a miles de kilómetros de Europa, del drama de la inmigración ilegal.

Comoras reivindica la soberanía de la isla y llevó la cuestión ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en 1976 y en 2004. Las resoluciones del Consejo fueron favorables a Comoras, pero que no fueron más allá por el derecho a veto de Francia. Naciones Unidas no hacía sino respetar el principio de la intangibilidad de las fronteras, que mantenía los límites coloniales a la hora de crear estados independientes y que, en el caso de Mayotte, respecto a Comoras, se habría incumplido. El Gobierno de Comoras cuenta también con el apoyo de la UA y de la Liga Árabe. Recordemos que Comoras es de mayoría musulmana y el componente árabe es fundamental entre su población. A la crítica internacional se suma el elevado coste económico que supone para la Administración francesa mantener su presencia, además de los problemas derivados de aplicar la legislación laica a una isla cuyos habitantes estuvieron gobernados por la *sharia*.

En el África más meridional, la hegemonía blanca se mantuvo hasta finales del siglo XX. Sudáfrica sostuvo un

sistema de segregación, que también aplicó en África del Sudoeste cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, pasó a administrarla directamente, negando la autoridad de Naciones Unidas sobre este territorio. De esta manera, una importante minoría blanca siguió al frente de África del Sudoeste. En los años sesenta, de su apenas millón de habitantes, un 10 por ciento eran blancos de origen alemán y afrikáner. Así sucedió hasta 1990, cuando alcanzó la independencia tras años de enfrentamientos entre el ejército sudafricano y la South-West African People's Organization (SWAPO). Esta organización ha dirigido desde entonces los destinos del nuevo Estado, que tomó el nombre de Namibia.

En relación con su pasado, Namibia tiene abiertos dos litigios. El primero afecta a sus límites territoriales, heredados igualmente del reparto colonial. Se trata del territorio de Caprivi, que constituye una estrecha franja territorial situada entre Angola, Zambia y Botsuana. Incorporada a la colonia alemana de África del Sudoeste en virtud del Tratado Heligoland-Zanzíbar, Caprivi fue integrada en Namibia, pero su población aspira a la independencia. El segundo conflicto está referido al reconocimiento del genocidio sufrido por los pueblos herero y namaqua a manos del ejército colonial alemán. La Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de Naciones Unidas (1948), ratificada por más de 140 países, entre ellos Alemania, entiende por tal los actos realizados "con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso". Posteriormente, el informe de Naciones Unidas sobre la Prevención y Sanción del Crimen de Genocidio (1985), al abordar el caso armenio, hizo referencia al propósito de Alemania de exterminar, unos pocos años antes, a hereros y namaquas.

Este genocidio está considerado como un precedente de los crímenes nazis. Algunos de sus protagonistas coinciden:

Franz Ritter von Epp participó en la represión de los herero y fue también un importante miembro del partido nazi. Eugen Fischer, uno de los teóricos nazis, desembarcó en África del Sudoeste Alemana para realizar una investigación que demostrara la inferioridad racial de los africanos. Fischer, cuya obra influyó en la redacción de *Mein Kampf* (Hitler, 1925), fue presidente del Kaiser Wilhelm Institute of Anthropology, Human Heredity, and Eugenics y apoyó investigaciones como la del criminal nazi Josef Mengele. Para llevar a cabo los experimentos, centenares de ojos, cráneos, penes y otras partes del cuerpo humano de víctimas africanas fueron enviados a Alemania.

En la actualidad, los descendientes de las víctimas intentan que se reconozca tal crimen y se les indemnice por el daño infligido. No es una tarea sencilla. Hereros y namaquas no tienen suficiente influencia en el Gobierno de Namibia, controlado por el grupo mayoritario, los owambos. A ello se suma el hecho de que Namibia es uno de los países más beneficiados por los programas de cooperación del Gobierno alemán. Es pues la falta de influencia de los descendientes y el deseo de las autoridades de Namibia de no enturbiar las relaciones con Alemania las que explican que haya sido precisa una iniciativa particular para exigir una petición de perdón por parte de Alemania, el reconocimiento del genocidio, el retorno de los restos humanos y el pago de las correspondientes indemnizaciones.

Alemania ha terminado por ceder. En 1990, el canciller Helmut Kohl, en su visita a Namibia, pidió disculpas y prometió ayuda financiera y cultural, pero mostró su rechazo a hablar de genocidio. Un primer paso se dio en 2004, cuando, con motivo del centenario de la batalla de Waterberg, Heidemarie Wieczorek-Zeul, ministra para la Cooperación Económica y el Desarrollo, reconoció la responsabilidad histórica y moral del Gobierno alemán, en cuanto heredero

del II Reich, en el exterminio de los pueblos herero y namaqua. Llegó a calificarlo de genocidio, pero el Ejecutivo alemán y el Bundestag siguieron sin reconocerlo. En 2011, el Gobierno alemán devolvió al namibio 20 cráneos de víctimas del exterminio. En el acto, la delegación de Namibia protestó cuando Cornelia Pieper, secretaria de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, evitó una disculpa oficial de su Gobierno por entender que la actuación alemana se había situado en un contexto de conquista colonial y no de genocidio. El exterminio había tenido lugar antes de la firma de la citada Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio de Naciones Unidas, por lo que no se le podía dar esa calificación. Cuatro años más tarde, con motivo del centenario del fin de la dominación alemana sobre Namibia, Norbert Lammert, presidente del Bundestag, reconoció que la actuación alemana se podía calificar de genocidio. Se trataba de un reconocimiento individual que pretendía acallar la mala conciencia alemana, pero no era aún la postura oficial del Gobierno alemán. Ester Utjiua Muinjangue, presidenta la fundación OvaHerero and Ovambanderu Genocide, reclamó las disculpas y el reconocimiento oficial del genocidio. Finalmente, ante la presión de los descendientes de las víctimas —quienes iniciaron un pleito contra el Gobierno alemán— y de la opinión pública alemana, el 10 de julio de 2015, el Gobierno de Angela Merkel calificaba, de manera oficial, las acciones militares alemanas como crímenes de guerra y hablaba de genocidio en referencia a la masacre sufrida por los pueblos herero y nanaqua. Quedaba pendiente la compleja tarea de cuantificar y abonar la indemnización.

La resistencia de los colonos en Namibia fue posible por el apoyo de Sudáfrica, donde el *apartheid* segregaba a la población en función del color de su piel, según fueran blancos, negros, *coloured* —mestizos— o hindúes. Sucesivas leyes concretaron esta política. Se prohibieron los matrimonios

mixtos, se condenaron las relaciones íntimas entre personas de diferentes razas, se obligó a la población negra a ir identificada, se establecieron los lugares en los que cada raza podía vivir y se dividieron todos los servicios y transportes públicos. Parte de la población negra se hacinó en las proximidades de las zonas reservadas a los blancos. Allí eran sus empleados, ya fuera en las granjas o en las ciudades, donde tenían mucho más presente el *apartheid* y vivían sometidos a condiciones de pobreza y desestructuración social. En *Trilogía de Z Town*, Achmat Dangor relata, a través de las experiencias de varias mujeres, cómo era la vida durante el *apartheid* en un barrio negro de Johanesburgo (Dangor, 1990). Gran parte de la población negra se concentró en bantustanes, mientras que Lesotho y Swazilandia alcanzaron su independencia en 1966 y 1968, respectivamente. Sin salida al mar y rodeados por Sudáfrica, estos dos pequeños estados han dependido completamente de la economía sudafricana para sobrevivir.

Pese a las sanciones internacionales, el Gobierno sobrevivió gracias al potencial económico sudafricano. Sus recursos naturales y la mano de obra barata permitieron un notable crecimiento, que solo se frenó a raíz de la crisis del petróleo de 1973. Este desarrolló económico llevó a muchas empresas occidentales a invertir en Sudáfrica, desoyendo las sanciones de Naciones Unidas. Frente al *apartheid*, el Congreso Nacional Africano organizó una campaña de resistencia. Fueron años violentos. Se podía decretar con facilidad el estado de emergencia, detener a los ciudadanos, retenerlos sin juicio previo y desterrarlos a zonas rurales. En 1962, Nelson Mandela fue procesado y condenado a cadena perpetua. Catorce años más tarde, los sucesos de Soweto provocaron la condena internacional del régimen de Pretoria. Las protestas derivaron en graves disturbios que causaron centenares de víctimas y las condenas internacionales

minaron la ya escasa legitimidad del Gobierno sudafricano. Por fin, a principios de 1990, el ejecutivo sudafricano cedió. Los partidos opositores fueron permitidos y Mandela liberado. Cuatro años más tarde juraba su cargo como primer presidente democrático de una nueva Sudáfrica, donde la adquisición de derechos políticos por la población negra no ha terminado con las graves desigualdades económicas del pasado.

Sudáfrica acude hoy a la memoria y a la historia para legitimarse. Tras unos primeros años en los que existió un pacto tácito de no entrar en una guerra de símbolos —los cambios fueron básicos, como la sustitución de la bandera, que recordaba la ocupación holandesa y británica—, Sudáfrica parece seguir los pasos de sus vecinas Zimbabue, Mozambique, Namibia y Botsuana. Las autoridades sudafricanas plantean el cambio de nombre de calles y espacios, sustituyendo a los protagonistas de la colonización por los luchadores contra el *apartheid*. En este proceso se inserta el debate sobre el cambio de nombre de Pretoria, capital administrativa. Su denominación procede de Andries Pretorius, uno de los líderes bóeres que participó en el *Great Trek* y en la fundación de las repúblicas de Transvaal y Natal. La población lo considera un símbolo de la ocupación blanca y prefiere el nombre de Tshawane, denominación de procedencia africana y que se utiliza para referirse al área metropolitana.

La historia se convierte así en un instrumento de legitimación de cada una de las comunidades. Pero el pasado también puede ser utilizado para reconciliar y consolidar una identidad sudafricana común. Pretorius comandaba a los bóeres que el 16 de diciembre de 1838 se enfrentaron a los zulúes en la batalla de Blood River. La estrategia y las armas de los bóeres vencieron a la aplastante superioridad numérica de los zulúes, que sufrieron miles de bajas. Este

enfrentamiento se convirtió en uno de los símbolos de la memoria afrikáner y consolidó su identidad. Conmemorado como el *Dingane's Day*, era celebrado todos los años por los bóeres. Posteriormente, en 1910, fue recogido por el Gobierno sudafricano como fiesta nacional. Así sucedió durante todo el periodo de hegemonía blanca. Llegado el fin del *apartheid*, se cambió el nombre de esta celebración y se transformó su significado. A partir de 1995 es el *Day of Reconciliation* y su propósito es sustituir el recuerdo del enfrentamiento por la idea de unidad.

CONCLUSIONES

Con anterioridad a 1880, los asentamientos europeos en África se limitaban a la costa. Sus enclaves eran bases en las rutas internacionales y puntos estratégicos para comerciar con el interior del continente. En el extremo más meridional, holandeses y británicos habían iniciado un proceso de colonización y, en el norte, los franceses habían invadido Argelia, primer paso para fundar el que será, después del británico, el mayor imperio colonial.

Sin embargo, una serie de circunstancias se conjugaron para que en unas pocas décadas británicos, franceses, alemanes, italianos, portugueses y la iniciativa privada del Leopoldo II de Bélgica se lanzaran a una frenética carrera por ocupar el continente africano. Los europeos estaban preparados. Poseían ejércitos más potentes, los avances médicos habían reducido las elevadas tasas de mortalidad que causaban las enfermedades tropicales, las sociedades geográficas habían organizado exploraciones que permitían conocer mejor el interior del continente y la revolución de los transportes habían favorecido enormemente las comunicaciones. Ya se podía invadir África y, además, a los europeos les

interesaba su conquista. En plena crisis económica de finales del siglo XIX, Europa necesitaba mercados en los que vender sus manufacturas y lugares donde invertir ventajosamente y obtener riquezas naturales y mano de obra barata, unos territorios donde instalar a una población en constante crecimiento y un proyecto exterior que unificara los sentimientos nacionales y distrajera de los problemas internos.

La ocupación y explotación colonial de África fue justificada por razones filantrópicas. Los europeos poseían una civilización más avanzada y estarían en la obligación de difundirla entre los pueblos africanos. Esta argumentación se basó en teorías racistas. La bilogía y, dentro de ella, la antropología —antropometría, craneometría y eugenesia— se instrumentalizaron para mostrar que la raza blanca sería superior a todas las demás. Las exhibiciones de africanos como si de animales se tratara fue una de las más lamentables representaciones de este racismo.

Pronto surgieron conflictos entre las potencias europeas que competían por ocupar el continente africano. Para resolverlos se acudió a la diplomacia. El equilibrio de fuerzas entre las potencias se trasladó al continente africano, e igual que estas se habían repartido Europa y el resto del mundo conocido en anteriores congresos, se organizó un nuevo encuentro para decidir cómo apropiarse del continente africano. Este fue la Conferencia de Berlín, un referente en la historia del colonialismo. En la capital del Imperio alemán, las principales potencias europeas se reunieron para resolver sus litigios y fijar las normas para el reparto de África. Ningún poder africano estuvo presente. En Berlín se garantizó a franceses y británicos sus respectivas áreas de expansión en el África Occidental, se fijó como regla básica para adquirir una colonia el establecimiento efectivo sobre el territorio y se dio carta de naturaleza al nacimiento del Estado Libre del Congo, propiedad privada de Leopoldo II

rey de los belgas, donde se practicó una salvaje explotación que contradecía el supuesto mensaje filantrópico de los colonizadores.

Pero la Conferencia de Berlín solo aportó una serie de reglas básicas para el reparto. Este se realizó en las tres décadas siguientes, atendiendo a la geopolítica europea. Los territorios africanos se convirtieron en monedas de cambio en las negociaciones que se realizaban en las cancillerías de Europa. La fuerza que podía ejercer cada potencia en las negociaciones era la que decidía quién se quedaba con extensos territorios. Así se resolvieron los principales litigios entre las potencias que aspiraban a la conquista de un imperio continuo. El imperialismo alemán, portugués, francés y británico tuvieron este mismo sueño. Incluso la Italia fascista soñó con unir Libia con Etiopía. Esta ambición fue foco de graves conflictos. Gran Bretaña, la gran potencia mundial, fue la que se impuso. Portugal se vio obligada a renunciar a unir sus posesiones de Angola y Mozambique y, en Fachoda, Francia renunció a su proyecto de unir, de oeste a este, su imperio colonial. La diplomacia se impuso en todos los conflictos que surgieron por el reparto de África, incluso durante las crisis de Tánger y Agadir por el reparto de Marruecos, consideradas antecedentes directos de la Primera Guerra Mundial. Tan solo en el extremo meridional, bóeres y británicos se enfrentaron en dos sangrientas guerras que decidieron el dominio de Sudáfrica a favor de los segundos.

La violencia caracterizó a la colonización europea de África. La generalización del trabajo forzado, el genocidio sufrido por pueblos como los herero y los namaqua, las campañas de "pacificación" en Libia o Magadascar, las guerras en Sudán o Etiopía fueron algunos de los principales episodios de violencia en la conquista europea, que se puede dar por terminada tras la Gran Guerra, con el reparto entre los

vencedores de las colonias alemanas. Solo Liberia y Etiopía se mantuvieron independientes. El resto de África quedó en manos de los europeos, quienes explotaron el continente en su beneficio, construyeron infraestructuras para mejorar esta explotación, establecieron una administración básica, introdujeron las herramientas básicas de la civilización —educación y sanidad— y se asentaron allí donde las condiciones eran más ventajosas.

Durante poco más de cuatro décadas, los europeos impusieron sus decisiones en suelo africano. Tras la Segunda Guerra Mundial, la pérdida de prestigio de las potencias coloniales, la contradicción entre las democracias europeas y la situación política en sus colonias, el proceso abierto por Naciones Unidas, la política exterior de los Estados Unidos y de la Unión Soviética en tiempos de la guerra fría y la toma de conciencia independentista por parte de los propios africanos dieron paso al proceso descolonizador. Llegados a comienzo de los años noventa, el fin del *apartheid* en Sudáfrica significó el fin de la hegemonía blanca.

Surgió un África independiente que avanzó con serias dificultades, algunas de ellas heredadas del periodo colonial. Mucho se ha debatido sobre esta cuestión, sobre las consecuencias positivas y negativas de la colonización. A la reducción de la mortalidad por las mejoras médicas, los avances en materia educativa, la construcción de infraestructuras o la creación de una Administración pública se opone la aculturación, los profundos cambios sociales, la segregación racial, la modificación de la producción para satisfacer las exportaciones coloniales, la constitución de mercados cautivos, la explotación de materias primas y mano de obra, el deterioro del medio ambiente o una urbanización descontrolada.

De entre todas estas consecuencias, una de las más importantes es la herencia de unas fronteras artificiales,

arbitrarias y tan extensas como permeables. Los estados africanos mantuvieron el principio de intangibilidad de las fronteras coloniales, convencidos de que, aunque no eran unos buenos límites, era la forma de evitar un sinfín de enfrentamientos territoriales. Así lo vio la OUA y, posteriormente, la UA. Se ha trabajado por delimitar con claridad las fronteras, se ha intermediado en los litigios y se ha hecho un esfuerzo por consolidar la identidad nacional de los nuevos estados para evitar fuerzas centrífugas. Banderas, historias nacionales que hablan de un pasado común, la mitificación de la resistencia a los colonizadores e, incluso, el recurso a su lengua para superar la diversidad lingüística son algunos de los principales instrumentos unificadores utilizados por los estados africanos.

Sin embargo, en la historia de África han surgido numerosos conflictos a causa de unas fronteras que nada tenían que ver con los límites que separaban a las poblaciones africanas antes de la llegada de los europeos. Muchas etnias se vieron separadas y pasaron a vivir en países diferentes. Otras, por el contrario, pasaron a convivir en un mismo Estado, cuando nada tenían que ver unas con otras, ni su pasado, ni su cultura, ni su economía ni su religión. Las rivalidades entre ellas aumentaron cuando las potencias europeas las instrumentalizaron para favorecer la colonización. Tampoco los estados africanos han estado en condiciones de consolidar procesos de nacionalización, de manera que gran parte de africanos siguen, en la actualidad, definiéndose no por su pertenencia a un Estado, sino a un pueblo. Se es tuareg, ibo, tutsi, hutu o masái con independencia de que se habite en Argelia, Níger, Malí, Nigeria, Camerún, Guinea Ecuatorial, Ruanda, Burundi, Kenia o Tanzania.

Hubo excepciones en la aplicación del principio de intangibilidad de las fronteras. En algunos casos, como Katanga y Biafra, los intentos de separación no triunfaron.

En otros, como Cabinda y Casamance, el problema sigue latente. Por el contrario, en Eritrea y en Sudán del Sur sí surgieron nuevos estados, si bien es cierto que en estos casos se habían incumplido unos compromisos previos por parte de Adís Abeba y Jartum de conceder una amplia autonomía a ambos territorios. Eritrea ya había sido una entidad separada de Etiopía en tiempos coloniales y Sudán del Sur fue incorporada al norte en contra de su voluntad. La desintegración de Somalia también partía de la existencia previa de una Somalia italiana y otra británica. Otros problemas han quedado estancados. Es el caso de la descolonización del antiguo Sahara español.

Estas conflictivas fronteras son una fuente de inestabilidad y el origen de litigios territoriales que se convierten en crisis regionales. Los conflictos en el Sahel, Nigeria, Liberia, Sierra Leona, República Democrática del Congo o Sudán del Sur, por citar solo algunos de los más importantes, se originan por motivos políticos, étnicos, religiosos e, incluso, nacionalistas. Pero, con frecuencia, el verdadero motivo de estos enfrentamientos es el deseo de controlar los recursos naturales que se encuentran en territorios mal delimitados y que ambicionan los intereses extranjeros. Estos recursos ya no se limitan tan solo al gas, el petróleo o el uranio, sino que, en una época caracterizada por el calentamiento global y el crecimiento de la población mundial, se amplían a los recursos hídricos y a las tierras fértiles. Las potencias europeas perdieron el control político, pero han mantenido el económico. A este neocolonialismo se sumaron nuevas potencias —Estados Unidos y la URSS— durante la guerra fría y, ya en el siglo XXI, las potencias emergentes, especialmente China.

En el camino quedan las víctimas de las guerras causadas por los conflictos. Millones de africanos han fallecido en genocidios, masacres y hambrunas, otros han visto violados

sus derechos humanos, y se siguen produciendo masivos y desesperados éxodos y desplazamientos internos. En estas circunstancias, muchos países africanos se presentan como estados fallidos y sus economías no pueden salir adelante, pese a contar con importantes riquezas naturales. Es así como el pasado colonial sigue lastrando la historia de África. La herencia de unas fronteras arbitrarias y frágiles, fruto de un reparto que atendió a los intereses de las potencias europeas y nunca al de los africanos, ha sido y es un factor de desestabilización del continente africano.

Las fronteras africanas establecidas a finales del siglo XIX destacan no solo por ser "artificiales", sino sobre todo porque su creación es anterior a la de los estados que delimitan. Las potencias coloniales europeas invadieron el continente y acordaron repartírselo en la Conferencia de Berlín (1884-1885), pero lo que no deja de sorprender es que aquellas fronteras que nada tenían que ver con las etnias africanas anteriores se mantuvieran tras la descolonización. La explotación de los recursos naturales (diamantes, oro, petróleo, coltán...) y los conflictos que alimenta también se han mantenido; son conocidas sus consecuencias en países como Angola, Liberia, Sierra Leona, Sudán del Sur, Nigeria o la República Democrática del Congo. Ante el pesado lastre de la herencia colonial, junto con otros factores, cobra relevancia la idea que Mbuyi Kabunda recuerda en el prólogo: "África debe abandonar la lógica de economías rentistas o extractivas que ayer justificaron la colonización y hoy el acaparamiento de sus tierras para empezar a producir para África y para los africanos".

IBIC: HBJH
9 788490 972113
15 € ISBN: 978-84-9097-211-3